MVNDO HISPANICO

FIESTAS DE PRIMAVERA EN ANDALUCIA

GIBRALTAR Y GIBRALTARES

VIAJE A LAS TIERRAS DE ADAN

UN FABULOSO VUELO POR AMERICA

CLAVELES DE ESPAÑA

LA MODA

N.° 74

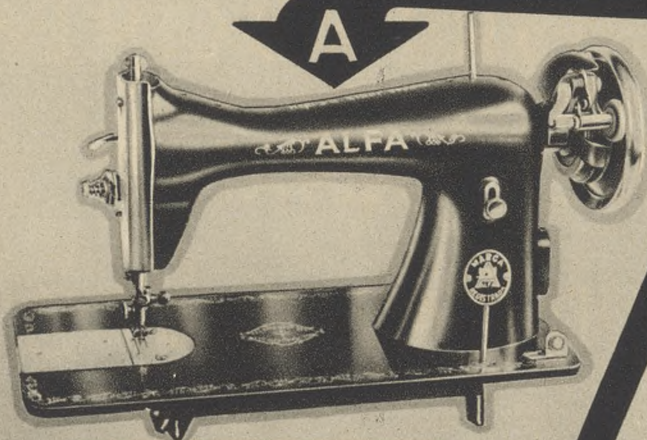
15 PESETAS





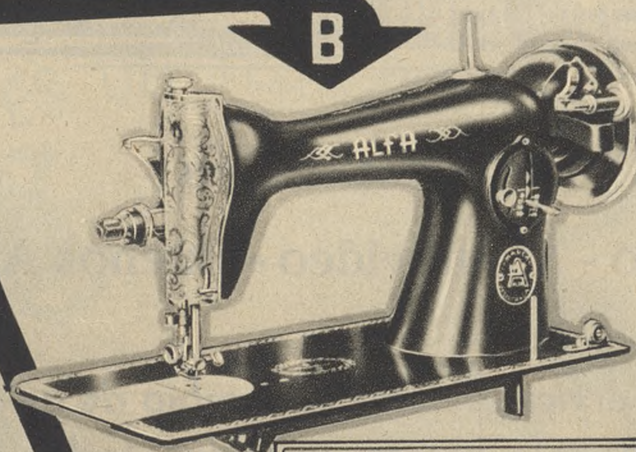
MODELOS

A



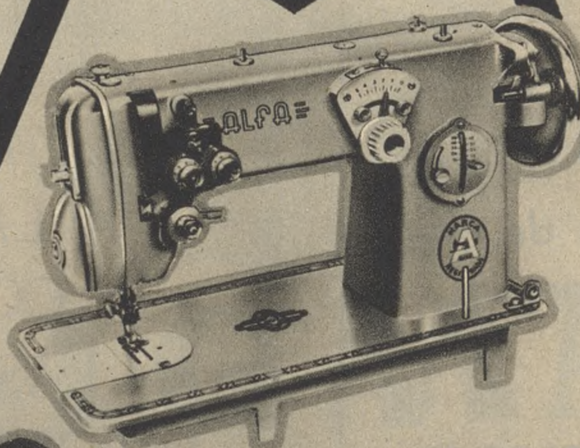
Doméstica, de bobina central.
Avance de la tela hacia adelante.

B



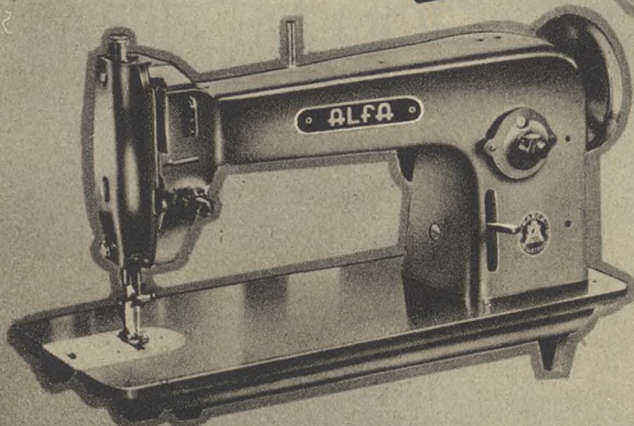
Doméstica, de bobina central.
Avance de la tela reversible, es decir, cose hacia adelante y hacia atrás.

D



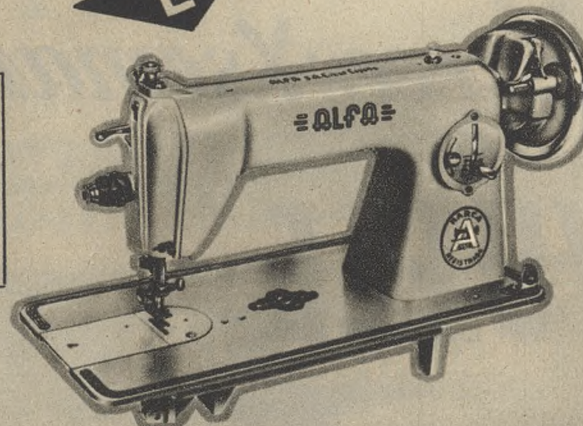
Universal, rápida para costura recta y en zig-zag. Lanzadera rotativa y freno del hilo articulado.

C



Industrial, rotativa doble-rápida.
Freno del hilo articulado.

E



Doméstica, de bobina central.
Avance de la tela reversible. Especialmente concebida para maletín (portátil).

ALFA

EIBAR · MAQUINAS DE COSER · ESPAÑA

FILATELIA

Por JOSE MARIA FRANCES

LA COLECCION POR TEMAS

II

Nos referíamos en nuestro número anterior al hecho de que uno de los motivos de preferencia por las colecciones de sellos de tema



era la profesión de coleccionista.

Y es natural que ésta influya, al menos inicialmente, en muchos coleccionistas de sellos.

Conocemos muchos médicos que tienen una cuidada colección de sellos con retratos de médicos de todo el mundo. Otros que añaden a estos sellos de retratos los de operaciones o escenas relacionadas con la Medicina.

No faltan los ingenieros que coleccionan sellos con reproducciones de obras de ingeniería, de puentes, etc.

¿Es esto la filatelia clásica? Es evidente que no, ya que es algo en absoluto distinto. Pero que es también filatelia, ¿quién lo puede dudar?

Y que esta variedad del coleccionismo de sellos está dando un considerable incremento a la filatelia es cosa que no puede desconocerse.

Con lo que llevamos escrito, ¿pretendemos mostrar una preferencia? No. Nada de eso. Queremos señalar una realidad actual, que ni puede desconocerse ni menospreciarse.

Esta modalidad de la colección de tema, ¿habrá de ser duradera? Ello es cosa que resulta difícil de pronosticar, sobre todo porque tal clase de colecciones tiene un inconveniente, que nace de lo personalísimas que resultan.

Hemos visto una colección de sellos, a la que ya anteriormente nos referimos, de retratos de médicos famosos, y junto a cada sello



el médico filatelista que formó aquélla había puesto una breve biografía del personaje que en el sello figuraba.

Es indudable que esta colección tiene un interés formidable, pero casi exclusivamente para el que la formó. Y que el día en que éste quiera desprenderse de



ella, no encontrará tan buenas condiciones y tantas facilidades para venderla como encontraría si se tratara de sellos de un solo país.

Pero, en cambio, es también indiscutible que el coste de una colección de sellos de tema no es extraordinariamente elevado.

Por todas estas razones en pro y en contra de la filatelia temática, creemos que lo ideal sería que los partidarios de la colección clásica, es decir, por países, convencieran a los coleccionistas de tema para que, empezando y desarrollando una colección temática, iniciaran también la completa de un país.

Ambas colecciones formarían un bello conjunto y se complementarían perfectamente, logrando una variedad magnífica y sugestiva.

LA RADIO DEL ESTADO EN LA ARGENTINA Y LOS SELLOS

Hemos recibido el núm. 1 de «Album Filatélico», una publicación editada por el Ministerio de Comunicaciones de la República Argentina, y en la que se insertan diversos trabajos relacionados con la emisión que sobre filatelia se transmite todos los sábados, a las 14,30, por la Red Oficial de Radiofusión de aquel país.

Publica un interesante juicio del general Perón sobre la filatelia, además de otros curiosos trabajos. La audición «Album Filatélico», en la que colaboran destacados filatelistas, comenzó el año 1950 y se divide en tres partes: información y comentarios sobre sellos, preguntas y respuestas y, por último, un resumen de publicaciones filatélicas recibidas, reproduciendo juicios y teorías en aquéllas expuestos.

La acogida que los filatelistas argentinos dispensaron a «Album Filatélico», audición y revista, fué desde el primer momento verdaderamente extraordinaria.

RELACIONES FILATELICAS

Continuamos la publicación de nombres y señas de sociedades filatélicas de España y de los países de América.

ESPAÑA.—Los Aficionados Filatélicos. Bruch, 72, 3.°, Barcelona.

Agrupación Filatélica Murciana. Apartado 58, Murcia.

Círculo Filatélico. Vara de Rey, 1, Ibiza (Baleares).

ARGENTINA. — Sociedad Filatélica y Numismática Tucumán (75 socios, fundada en 1932. Veinticuatro de Septiembre, 890, Tucumán.

Institución Filatélica Argentina del Oeste (100 socios), fundada en 1938. Lavalle, 346, Mendoza.

Asociación Filatélica de Bahía Blanca (150 socios). O'Higgins, 32, Bahía Blanca.

Centro Filatélico de Neuquen y Río Negro (75 socios). Avda. Argentina, 330, Neuquen.

NIÑOS EN LOS SELLOS DE GUINEA ESPAÑOLA Y ESCENAS DEPORTIVAS EN LOS DE IFNI Y EL SAHARA ESPAÑOL

La fecha del 1 de junio próximo se señaló para la puesta en servicio de los nuevos sellos de Ifni, Sáhara y Guinea.

Estos sellos, cuatro para cada territorio, ostentarán dibujos representando escenas de deportes de Ifni y Sáhara, en los de estos territorios, y niños de la Guinea española en los de este territorio.

Los valores de estos sellos son 5 más 5 céntimos, 10 más 5 céntimos, 15 y 60 céntimos, iguales para los tres territorios.

Es decir, que el valor total de cada serie es de una peseta.



Uno de los grandes atractivos que el coleccionismo de sellos encierra es el de establecer cambios de sellos con otros filatelistas del extranjero. El hecho de recibir una carta de otro país conteniendo sellos o tarjetas destinados a engrosar nuestra colección y acompañados aquéllos de una carta en que se nos explican datos y particularidades de las emisiones de aquel país, constituye un motivo de singular satisfacción, que justifica el envío por nuestra parte de cartas y sellos.

Claro está que es conveniente asegurarse de la seriedad de nuestros corresponsales antes de hacerles unos envíos de valor.

Con frecuencia se reciben en MVNDO HISPANICO peticiones de cambio de sellos. Para facilitar a nuestros lectores la posibilidad de establecer unas cordiales relaciones de cambio con otros coleccionistas, y aunque ya anteriormente señalamos las ventajas de efectuar los cambios a través de sociedades filatélicas, de las que venimos publicando sus direcciones, vamos a establecer una pequeña sección, que titularemos «Buzón», y en la que daremos en forma breve los nombres, señas y deseos de cambio que se nos envíen. Estas peticiones deben dirigirse a estas señas: «MVNDO HISPANICO. Filatelia. Avenida Reyes Católicos (Ciudad Universitaria), Madrid.» Inútil nos parece decir a nuestros lectores que la publicación de esos deseos de cambio no implica recomendación ni garantía por nuestra parte.

I GRAN SALON DE FOTOGRAFIA «MVNDO HISPANICO»

COMBINADO CON NUESTRO

CONCURSO DE REPORTAJES GRAFICOS

y

CONCURSO DE FOTOGRAFIAS SUELTAS

MVNDO HISPANICO amplía sus concursos de Reportajes y Fotografías, mejorando los premios establecidos y combinando los certámenes con una gran exposición de los trabajos elegidos. Este PRIMER GRAN SALON DE FOTOGRAFIA DE MVNDO HISPANICO será inaugurado en el mes de octubre de 1954 en el Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid. Será la primera vez que se conjunte una exhibición de este tipo, donde las mejores muestras del arte fotográfico concurrirán para optar a los premios establecidos y a otros muchos más que se darán a conocer en las fechas de la exposición.

Las bases para ambos concursos, combinados con el PRIMER GRAN SALON DE FOTOGRAFIA, quedan redactadas de la siguiente manera:

CONCURSO DE REPORTAJES GRAFICOS

BASES

1.ª Podrán concurrir a este certamen todos los fotógrafos profesionales o aficionados españoles, hispanoamericanos o filipinos.

2.ª Los reportajes constarán de un número de fotografías que no sea menor de cinco.

3.ª Estarán referidos a cualquier clase de temas, valorándose principalmente su calidad fotográfica, su acento humano y su actualidad, dentro siempre del sentido periodístico.

4.ª Las fotografías no deben tener una medida inferior a 18 × 24 centímetros.

5.ª Las fotografías habrán de ser rigurosamente inéditas y traerán al dorso una pequeña leyenda explicativa del tema a que se refieran, lugar en que han sido tomadas, etc., así como el nombre y la dirección del autor.

6.ª El plazo de admisión de los reportajes se cerrará el día 30 de septiembre de 1954, y los envíos se harán a MVNDO HISPANICO, Apartado postal número 245. Madrid, especificando en el sobre: «Para el Concurso de Reportajes Gráficos».

7.ª MVNDO HISPANICO publicará aquellos reportajes que estime como mejores entre los recibidos y abonará a cada autor la cantidad de 1.000 pesetas por cada uno de los publicados.

8.ª Entre los reportajes publicados y los que se expongan en su día en el SALON DE FOTOGRAFIA, con asesoramiento de los lectores y visitantes, y a juicio de un competente Jurado, que será nombrado al efecto, se concederán un

PRIMER PREMIO, DE 10.000 PESETAS,

y un

SEGUNDO PREMIO DE 5.000 PESETAS

9.ª Con cada envío se remitirá una carta o nota, en la que conste el nombre del autor y su habitual residencia: y en caso de ser publicado o expuesto el reportaje, se hará constar este nombre o el seudónimo que el autor designe previamente.

10. El fallo del Jurado será inapelable.

11. Los premios no podrán ser declarados desiertos.

CONCURSO DE FOTOGRAFIAS SUELTAS

BASES

1.ª La misma que para el Concurso de Reportajes.

2.ª Los concursantes podrán enviar una o varias fotografías, pero con independencia cada una para optar al premio, publicación y exhibición.

3.ª, 4.ª, 5.ª Las mismas que para el Concurso de Reportajes.

6.ª La misma que para el Concurso de Reportajes, aunque la leyenda del sobre que contenga la fotografía o fotografías deberá decir: «Para el Concurso de Fotografías Sueltas.»

7.ª MVNDO HISPANICO publicará aquellas fotografía que estime como mejores, y abonará al autor la cantidad de 200 pesetas por cada una de las publicadas.

8.ª Entre las fotografías publicadas y las expuestas en el SALON DE FOTOGRAFIA, con asesoramiento de los lectores y visitantes, y a juicio de un competente Jurado, que será nombrado en su día, se concederá un

PRIMER PREMIO, DE 2.500 PESETAS

y un

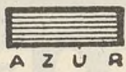
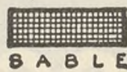
SEGUNDO PREMIO, DE 1.000 PESETAS

9.ª, 10 y 11. Las mismas que para el Concurso de Reportajes.

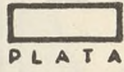
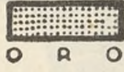
NOTA ADICIONAL PARA AMBOS CONCURSOS.—El hecho de presentarse a cualquiera de estos dos concursos supone que el autor presta su conformidad a que sean exhibidos sus trabajos en el PRIMER GRAN SALON DE FOTOGRAFIA DE MVNDO HISPANICO, que se inaugurará en el mes de octubre de 1954 en el Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid.

IMPORTANTE.—Aparte de los premios señalados, que otorga MVNDO HISPANICO, se otorgarán otros. Muchos, algunos de ellos valiosos, que concederán diversos organismos y entidades españoles e hispanoamericanos.

Heráldica Hispanoamericana


GULES

AZUR

SABLE

SINOPLE

PURPURA

PLATA

ORO



Respondiendo de nuevo a algunas preguntas relacionadas con las pruebas de ingreso en el Santo Oficio, en sus diversos cargos, que generalmente se consideran nobiliarias, ha de repetirse que tales probanzas se limitaban a testimoniar de la legitimidad y «limpieza de sangre» del pretendiente, y, de ser éste casado, se extendía dicha información a su mujer. Cualquier sospecha sobre el último extremo motivaba una meticulosa búsqueda de antecedentes, quedando sin efecto, en caso adverso, la concesión solicitada. En ocasiones el aspirante a ingreso en el Santo Oficio aportaba documentación nobiliaria, o las características hidalgas de que pudiese gozar quedaban referidas por los testigos; pero nunca era exigida semejante prueba, careciendo, pues, de base, a efectos nobiliarios, la mera circunstancia de haber pertenecido a aquel Santo Tribunal.

Recaredo Pérez de la Guardia. Mérida. — Desearía saber en qué forma patentizaban antiguamente su nobleza los procedentes de un país extranjero residentes en España.

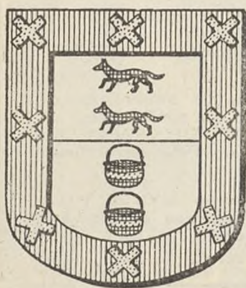
En principio bastaba «la suplicatoria» que por algún juez competente se despachase a los tribunales de la nación en virtud de una información testifical que declarase la nobleza del pretendiente y su familia, citando los «actos positivos» que pudiesen tener unos y otros. Posteriormente, y con carácter definitivo, se exigió que toda providencia al caso fuera acompañada, cualquiera que ella fuese, de la prueba documental, apreciada esta última teniendo en consideración la organización nobiliaria del correspondiente país y los diferentes organismos o funcionarios para dar patente testimonio de aquellos instrumentos. (Vid. la obrita «Apuntamientos sobre la Hidalguía y Colección de fórmulas para todos los Recursos de esta naturaleza», escrita por el abogado de los Reales Consejos don Antonio Orejón y Haro [Málaga, 1795], y concretamente sus págs. 43-50.)

J. Roca.—Barcelona.—Desearía conocer nombres y otros extremos del príncipe de Murat en 1879.

Por tales épocas era jefe de esta familia José-Joaquín Napoleón, príncipe de Murat, de Clèves y de Berg, nacido el 24 de julio de 1834, general del Ejército francés, hijo del príncipe Luciano Murat, príncipe real de Nápoles, de Clèves y de Ponte-Corvo, y de la princesa Carolina, nacida Fraser. Sucedió a su progenitor el 10 de abril de 1878, casándose en las Tullerías, el 23 de marzo de 1854, con doña Malcy-Luisa-Carolina-Federica-Guillermina, princesa de Wagran. Con descendencia. (Esta información y algunas noticias más puede hallarlas en el «Almanach de Gotha», el célebre anuario genealógico, diplomático y estadístico, de 1880, págs. 290-291.)

José Antonio Carrillo.—La Habana.—Me interesa mucho conocer el escudo de armas que tienen los apellidos de BOO, en la Montaña.

Según Escagedo, «escudo verde con una muralla de plata, rota por dos partes; sobre ella, un águila volante picoteada de negro y coronada de oro», añadiendo existir dos expedientes de hidalguía, de don Alejandro y don Francisco (1743), de Cueto, y los de don Joaquín, don José, don Juan, don Manuel y doña María (1772). (Mateo Escagedo Salmón: «Solares Montañeses», II. Santoña, 1926, pág. 35.)



R. L. G.—Buenos Aires.—En el «Diccionario de Apellidos», del señor Atienza (Madrid, Aguilar, 1948), se describen las armas del apellido «Lezama»: Escudo cortado: 1.°, en campo plata, dos lobos sable, pasantes y puestos en palo, y 2.°, de plata, dos calderas sable, fajadas de oro, y la bordura, con ocho aspas de oro. Quisiera saber cómo se dibujan.

Vea el diseño que margina esta nota, atenido a la expresada descripción.

Ricardo de Gregorio.—Baracaldo. — Quisiera se me informase sobre un gran maestre de la Orden de Malta, del XVIII, llamado Despuich (sic).

Sin duda se refiere a don Raimundo Despuig de Montenegro, elegido en 1736, fallecido en Malta el 15 de enero de 1741. Era mallorquín y traía escudo de gules, montaña de oro surmontada de una lis del mismo metal y en medio de la montaña una estrella de gules. Así las describe el marqués de Rafal en su obra «Grandes Maestres de la Orden de Malta» (discurso de ingreso en la R. A. de la Historia, Madrid, 1932, págs. 69-71), a las cuales se aportan algunos datos más sobre tal personaje, «de tranquilo y pacífico gobierno», teniendo a raya a los corsarios.

T. R.—Madrid.—Desearía saber a quién fué otorgado el título pontificio de marqués de González.

A don Ramón González Gutiérrez y Zavala, caballero de la Orden de Carlos III, en 27 de febrero de 1877. (Existe título del reino con esa inicial denominación, pero completamente ajeno al citado dignatario pontificio.)

J. J. Rojas.—Ciudad de Guatemala.—Quisiera conocer la filiación materna del marino de la Real Armada don Juan García del Postigo y Bulnes, ingresado en dicha Armada en 1806.

Este marino (bautizado en Cartagena el 31-III-1794) era hijo del también marino don Isidoro García del Postigo y de su mujer, doña Manuela Bulnes y Quevedo (natural de La Concepción), y nieto legítimo de don Alonso Bulnes, natural de Potes (Santander), y de doña Manuela Quevedo y Ovando (natural de La Concepción). Hermano del citado don Juan fué don Isidoro García del Postigo, asimismo individuo de la referida Real Armada. Sus respectivos expedientes de ingreso en la citada corporación se conservan en el Archivo Central del Ministerio de Marina.

L. de T.—Almería.—Quisiera saber si hay alguna ejecutoria del apellido Sofraga en la Chancillería de Granada.

No existiendo catálogo alguno impreso, según en otras ocasiones se ha indicado, de dicho centro, habrá de dirigirse a la dirección del mismo en solicitud de datos tales, que, sin duda, dada su gentileza y competencia, le serán facilitados, caso de existir.

estafeta

MANUEL BERMEJO CASTRO. Carretera de Sevilla, 735, Huelva (España). Ayudante de ingeniero de minas y profesor mercantil, desea correspondencia con jóvenes norteamericanos, en español, francés, inglés, portugués o italiano, para intercambio de ideas y revistas técnicas.

AUGUSTO FERNANDO BALLESTER MEDINA. Avenida de José Antonio, 14, Játiva (Valencia). — Desea correspondencia con muchachas jóvenes de España o sus posesiones, con preferencia estudiantes.

MAURO FERNANDEZ ZAVARCE. Calle Lora, 81, Mérida (Venezuela). — Estudiante de Medicina, que continuará estudios en España, desea correspondencia con chicas de Santiago de Compostela, Salamanca, Valencia, Valladolid, Cádiz o Madrid, para intercambio cultural.

MANFRED GLÜCKHER. Sprolistrasse, 35, II, Rottenburg a. N. (Alemania Occidental). — De veinte años, aprendiz mercantil y jefe de un grupo de exploradores, desea correspondencia con exploradores del mundo hispánico y portugués.

DEGRUSAN ALAIN. 193, rue Nationale, Lille, Nord (France).—Desea correspondencia con señoritas españolas de quince a veinte años para intercambio cultural.

MARIA TERESA CASTRO SOTO. Salta, 1.043, 4.°, 1, Buenos Aires (Argentina). — Desea correspondencia con jóvenes hispanoamericanos para intercambio de revistas, postales, etc.

MAITE VILLEGAS. Guzmán el Bueno, 73, Madrid (España). — Desea correspondencia en español con muchachos americanos, de dieciocho a veinticinco años, preferible de Puerto Rico y Estados Unidos, sobre temas generales.

MARCIAL PINILLA SANTIAGO. Calle Quintana, 41, Alicante (España). Desea correspondencia con muchachas españolas e hispanoamericanas.

ANNE DYAS. The Hollies, Nort Street, Uppingham, Rutland (England). De diecisiete años, alumna de comercio, desea cambiar ideas con española de la misma edad.

ENRIQUE ARANDA, JIM FLEMING y MIGUEL DENILL. Sanatorio de El Sabinal, Las Palmas de Gran Canaria. — Solicitan madrina.

BEATRIZ TORRES PALAU. Apartado aéreo 780, Medellín (Colombia).—Desea correspondencia con españoles de veinticinco a treinta y cinco años para canje de sellos, revistas, postales, etc.

PABLO KECHICHIAM. Rivadavia, 6118, Buenos Aires (R. Argentina).—Desea intercambio de revistas, diarios, correspondencia, etc., con lectores de MVNDO HISPÁNICO.

MARIA DE LOS REYES ATIENZA y MARIA VICTORIA AGUILAR. Plaza de Monassor, 1, Murcia (España).—Desean correspondencia con lectores de MVNDO HISPÁNICO de veintiocho a treinta años, estudiantes o graduados universitarios, en francés, inglés o español.

MANUEL PAJARES GALLEGO. Alonso de Mendoza, 6, Don Benito (Badajoz). — Desea amistad con jóvenes de uno y otro sexo. Advierte que contestará a todas las cartas.

JULY SUAREZ PALACIO. Uribe Gómez y Compañía, calle 51, 51-54, Apartado aéreo 895, Medellín (Colombia).—Desea conexión con personas de España para intercambio de ideas, revistas, postales, etc.

MYRIAM ARBELAIZ CEBALLOS. Almacenes Croydon, Apartado 895, Medellín (Colombia).—Desea correspondencia con españoles, preferentemente de Bilbao o Zaragoza, para intercambio de ideas, revistas, sellos de correos, etcétera.

GUILLERMO GARCIA. Magdalena, 42, Avilés (Asturias).—Desea correspondencia con jóvenes españoles e hispanoamericanos.

SYLVIO S. PEREIRA. Rua Benjamin Constance, número 594, Niterói, E. do Rio (Brasil).—Desea correspondencia con jóvenes españoles y sudamericanos para cambio de revistas, sellos, libros, postales, etc.

EMILIO VIVAS VELOSO. Obispo Nieto, 56, Zamora (España). — Desea correspondencia con joven francesa de quince a diecicho años.

MIREYA MEJIA B. Banco de Bogotá, Medellín (Colombia).—Desea correspondencia con caballero español de veinticinco a treinta y cinco años.

MARIA HILDA PEÑA OTEGUI y MARGARITA PEÑA OTEGUI. B. Silveira, 683, Minas (Uruguay). Desean correspondencia, la primera, en español o inglés, y la segunda, solamente en español, con jóvenes de cualquier parte del mundo.

MVNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

NUMERO 74 :-: MAYO, 1954 :-: AÑO VII :-: 15 PESETAS

SUMARIO

Colaboración artística de J. Fco. Aguirre y Daniel del Solar.

DIRECCION Y REDACCION: AVENIDA DE LOS REYES CATOLICOS (CIUDAD UNIVERSITARIA) - TELEFONO 24-87-91 - MADRID

ADMINISTRACION: ALCALA GALIANO, 4 - DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS: APARTADO DE CORREOS NUM. 245

EMPRESA DISTRIBUIDORA: EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.) PIZARRO, 17, MADRID

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION: MAGISTERIO ESPAÑOL, S. A. (MADRID) HUECOGRABADO Y OFFSET: HERACLIO FOURNIER, S. A. (VITORIA)

Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares). Suscripción por dos años: 270 pesetas (8,50 dólares)

NUESTRA PORTADA



De nuevo salta a la portada de nuestra revista una pareja de baile español. Como la antorcha del triunfo, que de mano en mano se pasaba en las disputas olímpicas, las nuevas generaciones han sabido recoger la llama viva de la clásica y difícil danza española. Mari Martin y Paco Torres son hoy una de las parejas que mejor mantienen esta tradición.

HISPANOAMERICA DEFIENDE EL IDIOMA

En las reuniones de la X Conferencia Interamericana, celebrada en Caracas, las Delegaciones hispanoamericanas trataron un tema propio y común: la defensa del español, que es su idioma oficial, su lengua culta y el habla individual de ciento diez millones de americanos. Por un momento, en el areópago panamericano, fueron superados el espejismo del mapa y la mera proximidad geográfica, y la asamblea se ciñó a una proximidad más íntima y familiar. Las líneas generales del debate sobre tan apasionante tema fueron protagonizadas: por el colombiano Silvio Villegas, al proponer la creación de un Instituto Interamericano para la centralización de las investigaciones lingüísticas hispanoamericanas, con representación oficial de cada uno de los Gobiernos interesados; por el venezolano Silva Uzcátegui, que refutó el sentido y alcance de algunos de los fundamentos de la propuesta, y por el ecuatoriano José Vicente Trujillo, que el 30 de marzo, en nombre de todos los delegados de habla española, sintetizó la cuestión diciendo que la Conferencia se había preocupado por salvar el tesoro del idioma castellano y rendía homenaje a las doctas corporaciones académicas que velan por su pureza y belleza, aspirando a que éstas se hagan permeables a la incorporación de americanismos que la enriquezcan.

Los hispanoamericanos se plantean el problema de la defensa de su idioma. ¿En qué consiste esa defensa? ¿De qué y contra qué tienen que defenderlo? ¿Cuáles son los medios conducentes y eficaces para su defensa?

Los enemigos del idioma español—de su unidad y de su vigencia—son múltiples, pero pueden concretarse en cuatro: anarquía, anquilosamiento, falta de expansión y riesgos de suplantación.

El español, que adquirió forma en España, se ha expandido por un enorme ámbito geográfico, pero especialmente en América. Nace y crece paralelamente a la obra centralizadora y unificadora de Castilla dentro de España, y se desarrolla, obediente a los dictados de un espíritu lógico y de raíz humanista, dentro de un país densamente poblado, que produce una abundante literatura, sometida a una crítica depuradora e inmediata. Al fijarse en América, donde la población tiene poca densidad y los núcleos habitados están separados entre sí por grandes espacios, se enriquece con un cúmulo de expresiones nuevas, resultantes de las experiencias de vida que el anónimo aporta al bagaje de la lengua; se fija preferentemente en el lenguaje oral, debido a la gran proporción de analfabetos; se aísla de los procesos lógicos que determinan su peculiar arquitectura y se resiente por la falta de una vigilancia crítica de tipo colectivo. Neologismos y americanismos son los duendes que inquietan la ortodoxia del idioma, a la vez que lo vivifican y enriquecen con elementos genuinos, pero también con los barbarismos y vicios de construcción aportados por las corrientes migratorias extrahispánicas y sus correspondientes literaturas. De ahí la necesidad de una autoridad ordenadora, que legisle con tanta amplitud como rigor científico, libre de prejuicios nacionalistas, cuya autoridad resida en la aceptación unánime de su jerarquía. Pero esa función, encomendada a las Academias, no podía quedar al margen de las consecuencias de la separación tajante entre los miembros de la comunidad hispánica, del aislamiento en que hemos vivido durante cien años los hispanoamericanos de cada nación con respecto a los de las otras y los de todas con relación a España. Las Academias se han regionalizado, perdiendo porosidad para el lenguaje de la generalidad, y aun la Real Academia de la Lengua Española padeció la enfermedad del mal entendido casticismo. Aquí se presenta el segundo enemigo: el anquilosamiento. Un idioma que quede expuesto a la oposición anarquía-anquilosamiento, y no concilie esos extremos, deja de expandirse, se corrompe y atrae magnéticamente a los que, por su propia dinámica, tratan de suplantarlo.

El incremento de la vida de relación internacional ha operado para darnos conciencia de que el idioma español no puede disgregarse en lenguas regionales y nacionales. El impulso separatista, de cuño romántico o antiintelectualista, ha quedado proscripto desde el momento en que, en las organizaciones mundiales, todos los representantes de los países de habla española han solicitado y obtenido de consuno que su idioma español sea reconocido como expresión oficial, argumentando que es el medio de expresión de sus ciudadanos y el habla de doscientos veinticinco millones de seres humanos, instalados en todos los continentes.

Ahora bien, ese idioma español, ¿puede ser organizado y disciplinado en beneméritas Academias y nobles Institutos de exclusiva jurisdicción americana? ¿Renunciaremos los hispanoamericanos a integrarnos con los otros ciento quince millones de hombres que también hablan español? ¿Vamos a intentar el absurdo de separarnos del hontanar de nuestra propia lengua, que está en la raíz española de la misma?

Los brotes pintorescos y aislados del separatismo idiomático se agostan pronto. Del debate, elogio y homenaje a la lengua española que tuvieron lugar en Caracas, de lo que en esa ocasión se dijo explícita o implícitamente, debe quedar: que se fomente y estimule la creación y funcionamiento de institutos de investigación lingüística en todas nuestras naciones; que las Academias nacionales identifiquen su intercomunicación y respalden con la autoridad, emanada de su labor crítica, los modos y usos del lenguaje de sus escritores y sus pueblos; que la Academia Española, por su equidistancia de las nacionales, por su tradición y arraigo y por la suma de autoridades de que es depositaria, sea de derecho, como lo es de hecho, el senado del idioma; que la Academia Española acepte e incorpore al acervo oficial de la lengua el vivo caudal de americanismos y neologismos que circula por todos los miembros del mundo hispánico, y que, dando otra forma a la iniciativa de Silvio Villegas, los Gobiernos hispanoamericanos acrediten ante la Academia Española representantes oficiales, la cual los aceptaría para enlazar con las corporaciones nacionales.

Esperemos que se llegue a estas fórmulas, no sea que haya que recurrir a las tristezas de un "español básico" para defender nuestro idioma.

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

PUBLICADA BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCION DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

DECLARADA DE INTERES NACIONAL POR EL INSTITUTO DEL LIBRO ESPAÑOL

I. SAGRADAS ESCRITURAS
II. TEOLOGIA Y CANONES
III. SANTOS PADRES
IV. ASCETICA Y MISTICA



V. HISTORIA Y HAGIOGRAFIA
VI. FILOSOFIA Y APOLOGETICA
VII. PENSAMIENTO SOCIAL Y POLITICO CRISTIANO
VIII. LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

LA COLECCION CATOLICA DE LIBROS MAS IMPORTANTE DEL MUNDO EN LA ACTUALIDAD

«Una serie orgánica, varia y selecta de obras que abarca las principales ciencias del espíritu.» «Con verdadera alegría hemos visto cómo sus diversas secciones—SAGRADA ESCRITURA, TEOLOGIA, PATRISTICA, HISTORIA y otras más—han ofrecido al público, uno tras otro, libros interesantísimos en los que el amante del saber encuentra valiosos instrumentos para su mejor formación intelectual cristiana.» «Ingente e importante labor.» «Estamos ciertos de que seguiréis trabajando en este plan con creciente empeño para aumentar los frutos conseguidos.»

Las frases anteriores pertenecen a la carta dirigida y firmada personalmente por Su Santidad el Papa Pío XII al director de la B. A. C. en 1953.

Repetidamente ha sido calificada como el pan de la cultura cristiana para los pueblos de habla española y como la colección católica de libros más importante del mundo en la actualidad.

CATALOGO GENERAL

1.—SAGRADA BIBLIA, de Nácar-Colunga, 5.ª edición.
2.—SUMA POETICA, por José María Pemán y M. Herrero García, 2.ª edición.
3.—OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON.
4.—SAN FRANCISCO DE ASIS: *Escritos completos*, las *Biografías* de sus contemporáneos y las *Florecillas*.
5.—HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por Ribadeneyra, S. I.
6.—OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo I.
7.—CODIGO DE DERECHO CANONICO.
8.—TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA.
9.—OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo II.
10.—OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo I.
11.—OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo II.
12 y 13.—OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES.
14.—BIBLIA VULGATA LATINA.
15.—VIDA Y OBRAS COMPLETAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ.
16.—TEOLOGIA DE SAN PABLO, del Padre Bover, S. I.
17 y 18.—TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL. Tomo I: *Autos sacramentales*.
19.—OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo III.
20.—OBRA SELECTA DE FRAY LUIS DE GRANADA.
21.—OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo III.
22.—SANTO DOMINGO DE GUZMAN.
23.—OBRAS DE SAN BERNARDO. Selección.
24.—OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Tomo I.
25 y 26.—SAGRADA BIBLIA, de Bover-Cantera.
27.—LA ASUNCION DE MARIA, de José María Bover, S. I.
28.—OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo IV.
29.—SUMA TEOLOGICA DE SANTO TOMAS DE AQUINO. Tomo I.
30.—OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IV.
31.—OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL.
32.—VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por Andrés Fernández, S. I.
33.—OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo I: *Biografía y Epistolario*.
34.—LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo I.
35.—MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del padre Francisco Suárez, S. I. Tomo I.
36.—OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo V.
37.—OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo II: *Filosofía fundamental*.
38.—MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I.
39.—OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo V.
40.—NUEVO TESTAMENTO, de Nácar-Colunga.
41.—SUMA TEOLOGICA DE SANTO TOMAS DE AQUINO. Tomo II.
42.—OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo III: *Filosofía elemental* y *El Criterio*.
43.—NUEVO TESTAMENTO, de Bover, S. I.
44.—MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II.
45.—LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA.
46.—MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo III, y último.
47.—LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo III.
48.—OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo IV: *El protestantismo*.
49.—OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo VI, y último.
50.—OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VI.
51.—OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo V: *Estudios apologéticos, Cartas a un escéptico, Estudios sociales, Del clero católico, De Cataluña*.
52.—OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VI: *Escritos políticos*.
53.—OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VII.
54.—HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo I: *Edad Antigua* (1-681).
55.—MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del padre Francisco Suárez, S. I. Volumen II, y último.
56.—SUMA TEOLOGICA DE SANTO TOMAS DE AQUINO. Tomo III.
57.—OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VII: *Escritos políticos*.
58.—OBRAS COMPLETAS DE AURELIO PRUDENCIO. Edición en latín y castellano.
59.—COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. Juan de Maldonado, S. I. Tomo I: *Evangelio de San Mateo*.
60.—CURSUS PHILOSOPHICUS. Tomo V: *Theologia Naturalis*, por el P. José Hellín, S. I.
61.—SACRAE THEOLOGIAE SUMMA. Tomo I: *Introductio in Theologiam, De revelatione christiana, De Ecclesia Christi, De Sacra Scriptura*.
62.—SACRAE THEOLOGIAE SUMMA. Tomo III: *De Verbo incarnato, Mariología, De gratia Christi, De virtutibus infusis*.
63.—SAN VICENTE DE PAUL: *Biografía y escritos*.
64.—LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo II.
65.—PADRES APOSTOLICOS.
66.—OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VIII, y último: *Biografías, Miscelánea*.
67.—ETIMOLOGIAS, de San Isidoro de Sevilla.
68.—EL SACRIFICIO DE LA MISA. Tratado histórico-litúrgico, del P. Jungmann, S. I.
69.—OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VIII.
70.—COMENTARIO AL SERMON DE LA CENA, por José M. Bover, S. I.
71.—TRATADO DE LA SANTISIMA EUCARISTIA, por Alastruey.
72.—COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, de Maldonado, S. I. Tomo II: *Evangelios de San Marcos y San Lucas*.
73.—SACRAE THEOLOGIAE SUMMA. Tomo IV: *De sacramentis, De novissimis*.
74.—OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS.
75.—ACTAS DE LOS MARTIRES. Edición bilingüe.
76.—HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo IV: *Edad Moderna*.
77.—SUMMA THEOLOGICA Sancti Thomae Aquinatis. Volumen I: *Prima pars*.
78.—OBRAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. Tomo I.
79.—OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IX.
80.—SUMMA THEOLOGICA. Volumen II: *Prima secundae*.
81.—SUMMA THEOLOGICA. Volumen III: *Secunda secundae*.
82.—OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo I.
83.—SUMMA THEOLOGICA. Volumen IV: *Tertia pars*.
84.—LA EVOLUCION HOMOGENEA DEL DOGMA CATOLICO, por Marín-Sola, O. P.
85.—EL CUERPO MISTICO DE CRISTO, por Emilio Sauras, O. P.
86.—OBRAS COMPLETAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Edición crítica.
87.—SUMMA THEOLOGICA. Volumen V: *Supplementum, Indices*.
88.—TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Edición bilingüe. Tomo I: *Hasta fines del siglo IV*.
89.—OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. Tomo I.
90.—SACRAE THEOLOGIAE SUMMA. Tomo II: *De Deo uno et trino, De Deo creante et elevante, De peccatis*.
91.—LA EVOLUCION MISTICA, por Arintero.
92.—PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA. Tomo III: *Theodicea, Ethica*.
93.—THEOLOGIAE MORALIS SUMMA. Tomo I: *Theologia moralis fundamentalis, Tractatus de virtutibus theologicis*.
94.—SUMA CONTRA LOS GENTILES. Tomo I: Libros I y II.
95.—OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo X.
96.—OBRAS DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA.
97.—LA PALABRA DE CRISTO, de Mons. Angel Herrera Oria. Tomo I.
98.—PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA. Tomo I: *Introductio in Philosophiam, Lógica, Crítica, Metaphysica generalis*.
99.—OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XI.
100.—OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo II, y último.
101.—CARTAS Y ESCRITOS DE SAN FRANCISCO JAVIER.
102.—SUMA CONTRA LOS GENTILES. Tomo II: Libros III y IV.
103.—OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA.
104.—HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo II: *Edad Media*.
105.—CIENCIA MODERNA Y FILOSOFIA, por José María Riaza, S. I.
106.—THEOLOGIAE MORALIS SUMMA. Tomo II: *Theologia moralis specialis, De mandatis Dei et Ecclesiae*.
107.—LA PALABRA DE CRISTO, de Mons. Angel Herrera Oria. Tomo VIII.
108.—TEOLOGIA DE SAN JOSE, por Bonifacio Llamera, O. P.
109.—OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. Tomo I.
110.—OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. Tomo I.
111.—OBRAS DE SAN LUIS MARIA GRIGNION DE MONTFORT.
112.—COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, de Maldonado. Tomo III, y último: *Evangelio de San Juan*.
113.—OBRAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. Tomo II y último.

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. - ALFONSO XI, 4 - MADRID

Sinfonía de Primavera



Bajo el sol luminoso de esta tarde de mayo,
dulce tarde serena,
he mirado con ansias las montañas azules,
y el lejano horizonte que se pierde en la niebla,
y ese cielo infinito que parece que ríe,
y esos aires dorados que parece que tiemblan.
Y he aspirado con ansias ese aliento divino
de pujanza y de vida que parece que hubiera
difundido en los cielos y los aires, tan claros,
y en los campos tan verdes,
y en la brisa, tan fresca.

¡Oh ese aliento de vida;
ese aliento campestre, que parece que mezcla
acre olor de resinas, y fragancias de savia,
y perfumes de flores, y frescura de yerbas!

¡Y el bullir incansable de las verdes cigarras,
y el zumbar penetrante de las dulces abejas,
y el batir de las alas de las brisas que corren
y parece que dicen, al pasar, «Primavera!»

. . . .

Y al arrullo encantado del rumor de las brisas
que al pasar van peinando las espigas enhiestas,
he soñado en la joven sencillez adorable
de una edad primitiva...
Era el cielo de Grecia.
La gloriosa sonrisa de su azul luminoso
alumbraba los campos. Con sus alas ligeras
arrastraban los vientos algazara de esquilas,
y rumores de fuentes que ocultaban las selvas,
y sonar de zampoñas que alegraban las danzas,
y quejidos de flautas que lloraban cadencias.

Y al conjuro imperioso de esas notas aladas
se poblaban los campos. En los bosques y selvas,
al redor de un estanque, se entregaban las ninfas
a una danza armoniosa, tan divina y ligera,
que sus plantas desnudas no marcaban sus rastros
en los tréboles verdes ni en las húmedas yerbas...

Más allá, en los arroyos circundados de jaras,
dando al viento alaridos de salvaje fiereza
y tronchando las flores con sus rudas pezuñas,
asustaban los faunos a las blancas nereidas.

Y allá abajo, en los verdes y floridos oteros,
bajo el sol que era vida, y era ardor, y era fuerza,
reventaba en un ritmo de jocunda algazara
el fecundo y campestre trajinar de la brega,
y atronaban los aires con alegres chirridos,
rebosando gavillas, las pesadas carretas,
y los rudos boyeros, con los torsos desnudos,
alegraban los aires con cantares de siega,
y llevaban los bueyes en sus rubias testuces
campanillas azules y moradas violetas...

. . . .

Despertė...
Por los bosques se esquivaron las ninfas,
y callaron las danzas, y el trajín de la brega,
y el cantar armonioso de la flauta escondida
se quebró en un sollozo, como un tallo, en la selva.
Era un sueño. ¡Qué triste despertar a esta vida
tan igual, tan cansada, tan vulgar, tan rastrera!
Pero no; yo no quiero renunciar a mi sueño.
Si la vida es cansada, corazón: ama y sueña...
¡Bebe el cálido ambiente, y el aroma divino,
y las plácidas brisas de esta tarde serena;
toma el polen de vida que satura el ambiente,
como el cáliz abierto de una rosa sangrienta!...

Y así guarda en ti siempre, cual tu esencia escondida,
este ritmo armonioso de sencilla belleza;
este ritmo sereno de la tarde de mayo,
tan fecunda, tan dulce, tan alegre, tan bella...
Corazón, no te arrastres por la vida mezquina
ni se manchen tus alas al rozar en la tierra.

Corazón, bebe el fuego de esta tarde de mayo,
y este cálido ambiente, y esta alegre belleza,
y en el ritmo armonioso de tus fuertes latidos
canta tú, cual las brisas al pasar, «¡¡Primavera!!»

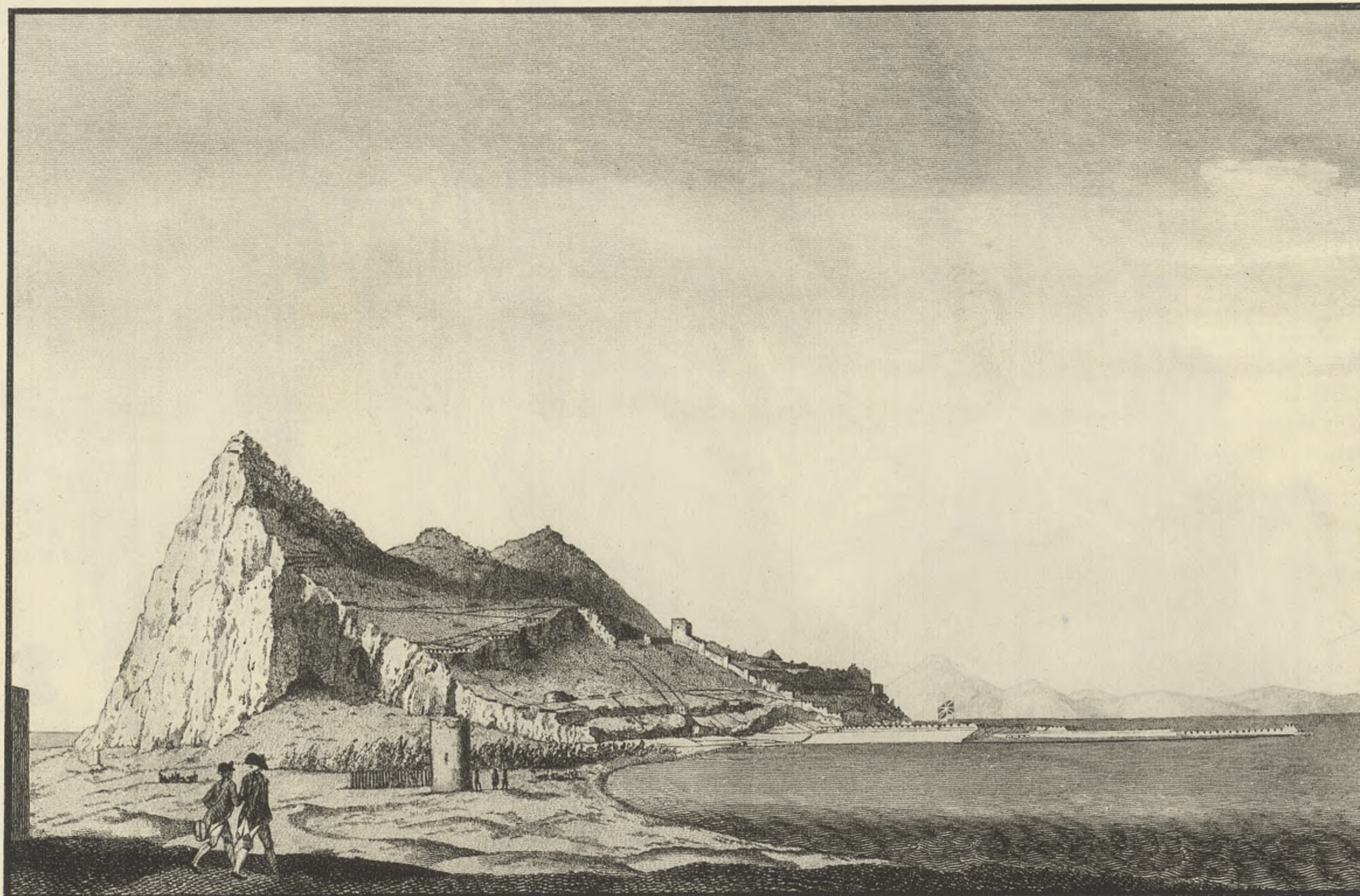
JOSE MARIA PEMAN

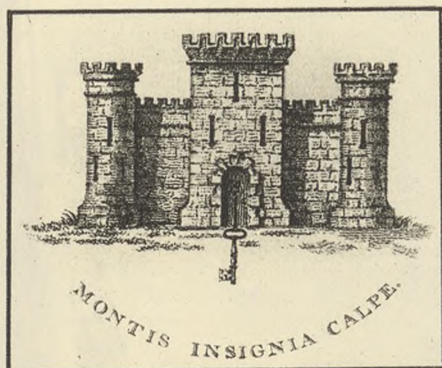


GIBRALTAR, VISTO DESDE LA ALAMEDA. GRABADO DE VIVIAN (1838).

GIBRALTAR LLAVE DE ESPAÑA

Por JOSE MARIA DE AREILZA





UN ACTO DE ALEVOSIA

Si preguntáis a un alumno de Historia, o simplemente a un español culto, cómo y por qué se perdió Gibraltar, os contestará en seguida que fué al revuelo de una discordia histórica interna entre españoles. Que fué al socaire de una guerra civil, que tomó el nombre de guerra de Sucesión, entre Austrias y Borbones, que se disputaban el trono vacante de España. Yo quiero perfilar algunos detalles más sobre este aspecto. En primer lugar, que la ocupación británica de Gibraltar, acto de alevosía, porque no se puede calificar en castellano de otra manera, en que un almirante al servicio de una causa española suplanta con su pendón, en la fortaleza recién ocupada, el pendón del rey de España de la Casa de Austria, Carlos III, no fué un hecho fortuito que pasara en aquel momento por el pensamiento del almirante Jorge Rooke. No. Cuando Oliverio Cromwell, el lord protector de Inglaterra, aquel regicida de gran talento, político puritano, dictador moderno, hombre a quien se debe en gran parte la grandeza de la Marina inglesa y el origen del Imperio británico en el mundo, cuando aquel hombre, repito, inició su gran política de expansión marítima y comercial, escribía, en 1656, a uno de sus hombres de confianza, el almirante Montague, estas palabras: «Acaso sea posible atacar y rendir la plaza y castillo de Gibraltar, los cuales en nuestro poder... serían a un tiempo una ventaja para nuestro comercio y una molestia para España..., haciendo posible hacer desde allí más daño a los españoles que con toda una gran flota enviada desde aquí.» Pero aquellos sueños de Cromwell no se llevaron a efecto en la forma precisa en que él lo imaginara, sino que Inglaterra, por una serie de razones estratégicas, ocupó entonces el puerto de Tánger, y Tánger fué inglés de 1662 a 1683. Veinte años en los que Inglaterra hizo su ensayo previo: el de tener una base naval en la entrada del Estrecho de Gibraltar, para iniciar desde allí el dominio comercial y marítimo del Mediterráneo.

Pues bien, respecto a este propósito deliberado, neto, definido, un autor inglés ya clásico, Mahan, deja traslucir cómo Inglaterra necesitaba imprescindiblemente ocupar una base naval en el Mediterráneo para apoyar en ella su inminente acción comercial de expansión.

EL DRAMA DE LOS TRATADOS ESPAÑOLES

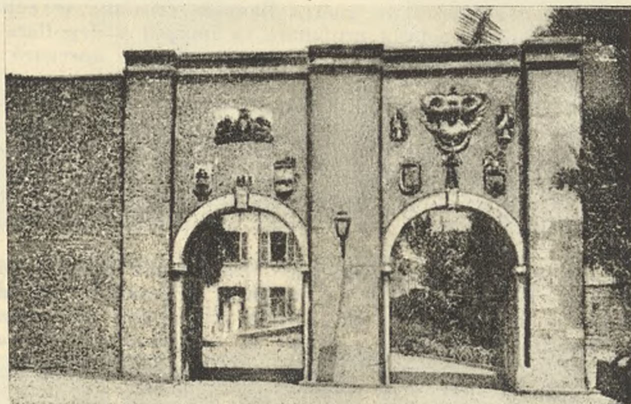
España, mientras tanto, en el proceso más agudo de su triste decadencia, con aquella que un historiador llamara «oligarquía claudicante» rodeando al inepto y enfermizo Carlos II, bajaba en aquellos años de escalón en escalón, dejándose en cada uno jirones de nuestro universal Imperio. A veces, al leer la Historia, emociona de una manera profunda, como si asistiéramos realmente a un drama conmovedor, contemplar a España, entre 1668 y 1684—apenas veinte años—, atravesando la prueba de cuatro tratados de paz, en los que deja a vellones la Holanda, el Franco Condado, todas las plazas de los Países Bajos, el Artois, el Rosellón, la Cerdeña,



y, por fin, en el último tratado, en Aquisgran, cuando ya parece que lo ha perdido todo, los propios países que con ella firman y ajustan las paces se reúnen a espaldas de nuestros plenipotenciarios para repartirse secretamente el Imperio vacilante, que estaba a punto de finiquitar. Uno comprende entonces el dolor, la amargura, toda la profunda crisis espiritual que sacude el tono general de nuestros escritores y pensadores políticos y económicos de aquella centuria, de aquel final del siglo XVII.

España desciende y el sol hispano baja, y mientras tanto el Emperador, Holanda, Inglaterra y Luis XIV quieren ser beneficiarios de ese inmenso cuerpo muerto que yace sobre las cinco partes del mundo y que se llama la monarquía católica española.

Hay, no uno, sino tres pactos conocidos de reparto que se hacen en vida de Carlos II. Y estos pactos se tienen que renovar, porque alguno de los beneficiarios fallece, y así la corona de España, que en primer lugar estaba atribuída al elector de Baviera, por muerte de éste, en el segundo reparto, se atribuye al archiduque Carlos de Austria, el que debía ser, y nunca fué, nuestro primer Carlos III. Pero poco después hay un malentendido, otra vez, entre Francia y los Países Bajos y se hace un tercer reparto, que aparentemente evitaba la guerra para el futuro. Mas Carlos II, sorprendiendo a todos, incluso a Lusi XIV, hace su famoso testamento: deja España en herencia al duque d'Anjou, y como eventuales sucesores, al duque de Berry y, si éste falleciera, al archiduque Carlos. La cuestión sucesoria está, pues, definida en favor de Francia. Inglaterra y Holanda y el Emperador se creen engañados por Luis XIV y entonces se inicia la tremenda guerra de Sucesión, que tiene como campo de experimentación, de lucha y de desastre, no solamente España, sino todos los campos de batalla de Europa.


La Puerta de Carlos V. Cesáreas armas del emperador la coronan. Y, frente al «Non plus ultra» de las columnas de Hércules, el vibrante «Plus ultra» español.

De un lado, el archiduque Carlos III, que se hace nombrar así, como rey de España, apoyado por el mar, por las flotas de Holanda y de la Gran Bretaña. De otro lado, Felipe V, apoyado por los ejércitos y las flotas de su abuelo, el rey de Francia Luis XIV.

Y un domingo, 4 de agosto de 1704, se consuma la pérdida de Gibraltar.

ILEGALIDAD DE LA OCUPACION BRITANICA

Pero quiero actualizar unos textos, que ofrezco a la información del lector. Son los cuatro o cinco documentos que enseñan con más elocuencia que ninguno hasta qué punto carece de toda base legal honrada, de toda base moral digna, la ocupación británica de Gibraltar. Cuando el primer Carlos III, el Pretendiente, desde Lisboa, comienza su gran plan para invadir a España y luchar con las tropas de Felipe V, sus armadas comienzan ya a atacar las costas de España, buscando un punto vulnerable. Uno de los reductos señalados es Gibraltar, y el archiduque Carlos, rey de España, se dirige al pueblo de Gibraltar, a la ciudad de Gibraltar, en esta carta, que se conserva, fechada en Lisboa, en el archivo de la ciudad de San Roque: «*5 de mayo de 1704. A mi ciudad de Gibraltar. Estando plenamente informado del celo con que siempre os habéis señalado en servicio de mi augustísima Casa, y no dudando que lo habéis de continuar, he tenido por bien de deciros cómo el almirante Rooke, general de las armas marítimas de Su Majestad británica, pasando al mar Mediterráneo a otras expediciones de mi real servicio, llegará a ese puerto y os hará dar esta mi real carta... Si ejecutáis lo contrario* (es decir, no le recibís y no me proclamáis a mí como rey legítimo), *será preciso a mis altos aliados usar de todas las hostilidades que trae la guerra consigo... El mismo almirante Rooke lleva orden para que cuando vuelva a pasar por ese puerto, si se lo pidiera, os asista con la gente que pudiere dar, si lo necesitareis.*»

He aquí, pues, el texto de la primera carta; el archiduque Carlos, presunto rey de España, se dirige a la autoridad suprema, el Cabildo, y al gobernador de una ciudad que reputaba como suya, la ciudad de Gibraltar, y anuncia que la flota de la reina de la Gran Bretaña, unida a la flota holandesa, pasará por la ciudad y, si lo necesita, entrará en ella, para ayudarse mutuamente contra el otro pretendiente al trono.

Se reúne el Consejo de guerra de las flotas holandesa e inglesa en aguas del río Martín, junto a Tetuán. Estamos en los primeros días de agosto de 1704, y el jefe de la expedición manda a la ciudad, desde las flotas unidas, esta carta.

Este jefe era, como se sabe, el príncipe Jorge de Hesse, y su carta reza así:

«*A la ciudad de Gibraltar. Señor mío: Habiendo llegado aquí por orden de Su Majestad Católica con la armada de sus altos aliados, no excuso, antes de pasar a la guerra, el demostrar confiado que V. E. conocerá su verdad, su interés y la justicia..., y en vista de la real carta de Su Majestad, ejecutará todo cuanto se sirva mandar en ella... Aguardo sin dilación la resolución de V. E. ...*»

A lo que la ciudad contestó el mismo día: «*Excmo. Sr.: Habiendo recibido esta ciudad la carta de V. E., dice en respuesta: Tiene jurado por rey y señor natural al señor Don Felipe V, y que, como sus fieles y leales vasallos, sacrificarán las vidas en su defensa, así esta ciudad como sus habitantes...*»

Era la guerra. Pero por si no hubiese bastante documentación, he aquí la última carta, antes de romperse el cañoneo, que acabó con la rendición de la plaza:

«*Excmo. Sr. mío: Aunque la respuesta de V. E. no es digna de las benignidades que asisten en mis deseos, paso a repetir a V. E. lo que en la antecedente escribí... Si dentro de media hora de recibir V. E. ésta no rinde la plaza a su legítimo rey y señor Carlos III de España, se pasará a todo rigor que mereciere la resistencia de V. E.... Delante del Campo de Gibraltar y agosto, a 3 de 1704.—Jorge Landgrave de Hesse.*»

Es decir, el rey de España con sus ejércitos y sus armadas conmina *(Pasa a la pág. 58.)*

La castellanía purísima de este último bastión europeo frente al Africa, se sintetiza en esa «Noticia» que el tiempo nos da de la nobleza y de la ciudad de Gibraltar, en la celebración de las funciones que conmemoraban la proclamación de Carlos IV como rey de España.

NOTICIA

DE LAS FUNCIONES QUE HA CELEBRADO

LA M. N. Y M. L. CIUDAD DE GIBRALTAR,

RESIDENTE

EN SU CAMPO DE SAN ROQUE,

EN LA PROCLAMACION

DEL SEÑOR REY DON CÁRLOS IV.

En la tarde del dia 28 de Junio último executó esta Ciudad la proclamacion del Rey nuestro Sr. (que Dios guarde) á cuyo fin se juntó su Ayuntamiento en las Casas que sirven de Capitulares, y conduxo á ellas con la ostentacion y ceremonias debidas al Sr. D. Cristobal Rafael Fernandez de Córdoba, habilitado por S. M. para exercer el oficio de Alférez mayor en dicho acto, en virtud de especial nombramiento del Sr. Conde de Luque su padre, mediante á corresponder á su casa y mayorazgo el citado oficio, y habiendósele hecho entrega del Real Pendon por el Sr. D. Miguel Antonio Bernabeu, Corregidor y Capitan á Guerra de esta misma Ciudad, y Comandante del Cuerpo de sus Milicias Urbanas, puestos sus individuos á caballo ricamente enjaezados, se dirigiéron con el mejor arreglo y formacion á la Plaza mayor, llevando delante sus Alguaciles, clarines, Maceros, Porteros y Reyes de Armas, y de escolta una partida del Regimiento de Caballería de la Reyna, que guarnece esta Plaza, con timbales y clarines, al mando del Capitan D. Joseph Noguera. Luego que la Ciudad dió vista á ella, se descubriéron, y manifestáron por medio de su Capellan los Reales retratos que estaban colocados baxo dosel en el centro de un magnífico salon, de veinte varas de largo, cinco de ancho, y diez de alto, el qual se habia formado al intento en dicha Plaza sobre un pórtico de cinco arcos con pilastras y cornisas toscanas, de las que se elevaban quatro columnas dóricas, todo vistosamente adornado; rompiendo al mismo tiempo su armonioso concierto dos orquestras de música, situadas en los extremos del referido salon, al que llegando la Ciudad, executó el primer acto de proclamacion con las formalidades acostumbradas, tremolando el referido Sr. Alferez mayor el Real estandarte, con cuyas demostraciones fuéron incesantes los vivas que repitió el pueblo en obsequio de su Soberano; y por los Caballeros Regidores D. Nicolas Rendon y Cabezas, Capitan del expresado Cuerpo de Milicias Urbanas, y D. Joseph García Infante, Ayudante mayor de ellas, y Abogado de los Reales Consejos, como Diputados Comisarios nombrados para el mejor arreglo y lucimiento de estas funciones, se arrojó y esparció considerable porcion de monedas de plata, de las que para este efecto habia mandado la Ciudad acuñar con el busto de S. M. y sus armas, del peso de media onza, y otras menores, á que se siguió un repique general de campanas y salvas de la Artillería que por órden del Sr. Conde de las Lomas, Comandante General de este Exército y Provincia, se hizo conducir y preparar, á fin de hacer mas plausible el acto, y concluido este en dicho sitio, siguió la Ciudad en la misma formacion y método las calles de la carrera señalada, y llegando á las Casas que sirven de Capitulares, repitió en su balcon principal el acto de proclama con iguales ceremonias y ostentacion que el primero; y pasando despues á la citada Plaza mayor, dexó colocado el Real pendon al pié de los retratos de SS. MM. con la competente guardia de Granaderos del Regimiento de Infantería de Ultonia; y se restituyó á la misma Casa Capitular, desde la qual acompañó su Diputacion al Sr. Alferez mayor á la de su morada. A las ocho de la noche concurriéron á esta el dicho Sr. Comandante general, todos los individuos Capitulares con su Corregidor, la Oficialidad de ámbos Cuerpos de Infantería y Caballería, el Clero, y crecido número de personas de la mayor distincion así naturales como forasteras que estaban convidadas, en donde se sirvió un esplendido y abundante refresco, durante el qual, y aun largo rato despues, se mantuviéron tocando dos orquestras de música diversos y armoniosos conciertos para el mejor lucimiento de la funcion y recreo de los concurrentes.

Al siguiente dia 29 por la mañana concurrió la Ciudad formada en

Ayuntamiento pleno, presidida por el dicho Sr. Corregidor á su Iglesia Parroquial, donde se cantó solemne Misa y *Te Deum* en accion de gracias por la exaltacion al Trono de nuestro augusto Soberano, estando patente el Santísimo, y el Templo con el mayor adorno é iluminacion que fue posible proporcionar, á cuya funcion, para mas autorizarla, asistió el expresado Sr. Comandante general de este Campo con los demas Xefes y Oficialidad de su guarnicion, en virtud de particular convite que para ello se les hizo por parte de la misma Ciudad. Con igual solemnidad y lucimiento se executó en la dicha Iglesia el dia 28 por la mañana la bendicion del Real estandarte que conduxo el expresado Sr. Alferez mayor en Cuerpo de Ayuntamiento, habiendo merecido este al Vicario y demas individuos de su Clero la atencion y liberalidad de no interesar cosa alguna por los derechos Parroquiales de ámbas funciones, por tener la satisfaccion y honor de ofrecer este corto obsequio á su augusto Monarca.

Las noches de los tres primeros dias de estas funciones hubo iluminacion general en todo el pueblo, en la qual y en el adorno de sus casas y fachadas se esmeráron todos los vecinos, y con particularidad los Caballeros Diputados Comisarios en la que se dispuso, y tuvo interior y exteriormente el salon del Palacio formado en la Plaza mayor para la execucion del acto de proclama, y colocacion de los retratos de SS. MM. y Real pendon.

Para manifestar este Comun su amor y lealtad al Soberano, deliveró con tan superior motivo construir á sus expensas en la Plazuela de la Iglesia mayor de esta Ciudad un lucido balcon, sostenido sobre tres arcos perfectamente pintados, y puestas con el mejor órden, y separacion de sus respectivos lugares, las quatro virtudes con versos alusivos al asunto de la proclamacion, colocando en el centro baxo un rico dosel los Reales retratos, que se descubriéron é iluminaron á su debido tiempo: y en las dos primeras noches de estas funciones, para mayor celebridad y júbilo del vecindario, se victoreáron por las calles públicas las Reales Personas, llevando sus retratos enmedio de una lucida cabalgata, que se dispuso para este efecto entre los sugetos principales, con acompañamiento de tropa de Caballería y música.

En la tarde del dia 29 y las dos siguientes hubo corridas de novi-

llos para diversion del público y forasteros concurrentes, en virtud de permiso que para ello se obtuvo del Ilmo. Sr. Gobernador del Consejo, y el producto sobrante se aplicó para la lactancia y crianza de los expósitos que están al cargo de la Hermandad de Caridad, á cuyo piadoso fin, y socorro de los enfermos desvalidos que existen en este Hospital, destinó igualmente el dicho Sr. Alferez mayor cien ducados, y 300 reales mas para los pobres encarcelados; habiendo repartido en los dichos dias otros sugetos caritativos de este vecindario crecido número de libras de carne, pan y algun dinero entre los necesitados y mendigos, cuyas limosnas mereciéron el mayor elogio.

Por tres dias consecutivos se mantuviéron manifiestos al público en el salon, construido en la Plaza mayor, los retratos de SS. MM. y Real pendon, y para conducir este á las que sirven de Capitulares, y custodiarlo en ellas como se ha observado, pasó formada la Ciudad con su Alferez mayor al dicho sitio en la tarde del 30 del citado mes, y precedido el acatamiento y ceremonias correspondientes, se practicó el mencionado acto, con no ménos lucimiento y ostentacion que los antecedentes, llevando delante los 48 músicos de que se componian las dos orquestras. En las disposiciones, eleccion y direccion de todo lo executado han acreditado su zelo á la pátria, y amor á sus Soberanos los referidos Diputados Comisarios D. Nicolas Rendon y Cabezas, y D. Joseph Garcia Infante, contribuyendo con quantos auxilios se juzgáron necesarios para la mayor brillantez y lucimiento de estas funciones, el Sr. Comandante general, Conde de las Lomas, habiendo del mismo modo conseguido el Sr. Corregidor con sus acertadas providencias, que hubiese un copioso abasto de todo genero de víveres, y sin alteracion de precios en los mas esenciales, de suerte que nada ha faltado á los vecinos del pueblo, ni al numeroso concurso de personas de otros distintos de la comarca, que asistiéron á ellas, y que no se notara la menor desavenencia que perturbase la tranquilidad pública.

EN MADRID EN LA IMPRENTA REAL.
1789.



PLEGARIA A LA VIRGEN DE EUROPA

Cuando los guerreros de Alonso de Arcos te alzaron, ¡oh Señora!, sobre tu trono, para que bendijeras el mar desde la atalaya, no pensaron que un día, a traición, otra hueste de guerra llamada cristiana te echara de tu solio y en su furor iconoclasta profanara tu imagen y degollara la cabeza del Niño, que la piedad clandestina de un clérigo español se apresuró a rescatar de la barbarie nórdica.

Sobre una vieja mezquita del Djebel Farik, consagrada por los soldados del rey de Castilla al Dios verdadero, se alzó tu santuario desde los albores del cuatrocientos. Para que toda la Cristiandad tuviese noticia de la reconquista del último peñón de España, cara al Africa, se bautizó tu ermita con el nombre de Europa, como si tú fueras la adelantada de aquellos reinos, como eras ya la capitana de la española gente que guerreaba desde tantos siglos por rescatar la Península a la fe de Cristo.

¡Virgen de Europa! Desde que tu iglesia se alzara sobre la punta meridional de la patria, no hubo vela cristiana que no saludara, al pasar su menuda silueta, con el seco estampido de las culebrinas de a bordo. El silencio era quien señalaba al enemigo infiel cuando sus jabeques o falúas se asomaban callados a la costa rescatada.

Tú presenciaste, desde tu altar, cien combates entre galeras turcas y cristianas. Tú diste el triunfo a Andrea Doria, el gran señor del Mediterráneo, y a Fabrizio Colonna, en singulares peleas con la media luna, y en justa correspondencia ellos te ofrendaron, Señora, riquísimas lámparas de plata salidas de las manos del mejor orfebre de su Italia gentil. A su luz veíanse los exvotos marineros de don Pedro de Toledo, de don Alvaro de Bazán, de tantos como a ti se encomendaron en sus horas de angustia frente al peligro y frente a la muerte.

También ante tu altar rezó, compungido, aquella mañana de un domingo del año 1704, Diego de Salinas, el viejo capitán de nuestros tercios, a quien la lealtad le mordía el pecho como una tenaza, pues no tenía con qué hacer frente a aquella enorme flota de alemanes, ingleses y holandeses, que le invitaban a proclamar rey de España al archiduque de Austria.

Desde que se consumó aquella felonía, que acabó en vandalismo salvaje, estuviste—¡oh Virgen morena de Gibraltar!—oculta unos años, y refugiada otros, en las iglesias españolas del Campo de San Roque. Allí te siguió la piedad de los habitantes. Y fuiste como una «Nuestra Señora de los Exilados», nueva advocación de tu amor incomparable de Madre de los hombres doloridos.

Hasta que un día, en pleno siglo XIX, se acordaron de ti otra vez en Gibraltar, en el Gibraltar que los britanos convirtieron en factoría colonial, pero que conservaba en el pueblo, soterrada, la vieja fe de los mayores y te invocaba en los trances difíciles.

Tú venciste al cólera morbo y salvaste la vida de miles, y entonces fuiste devuelta a la ciudad, sobre el altar que para tu graciosa efigie mandó labrar el Papa Pío IX en el convento recoleto de las Hermanitas de los Pobres.

¡Cuántos cambios y mudanzas en la ciudad desde que saliste! ¡Sólo siglo y medio de dominio y ocupación extraños, y ya enmudecieron para siempre las espadañas de los campanarios, hoy sólo reducidos a tres, de más de veinte que eran! Hay, en cambio, otros templos fríos y rígidos, en que tu imagen se proscribe, y hay un pastor de la grey rebelde que se llama a sí mismo cabeza de la iglesia protestante de España. Donde antaño tu nombre bautizaba rincones de oración con advocaciones españolísimas—la Piedad, el Rosario, los Remedios, las Mercedes, las Angustias—, ahora se alzan barracones de soldadesca, almacenes de intendencia, casas de lenocinio, tabernas... En tu solar del promontorio sólo hay un vestigio de tu capilla, entre garitas de centinelas. Todo el resto fué demolido para que se levantara aquí un faro, en solemne ceremonia que presidiera un gobernador inglés de la factoría, revestido de atributos masónicos.

Y desde entonces estás ahí, Virgen de Europa, esperando en tu cautiverio la hora en que la mocedad de España, que te reza todos los días, llegue un día a postrarse de hinojos ante ti y te lleve en volandas a tu promontorio, sobre el Estrecho, ese Estrecho que tú nos ayudaste a pasar con tu manto protector aquella jornada gloriosa de agosto de 1936, en que un Caudillo te invocó en tu santuario de Ceuta para que la nueva reconquista de España contra el infiel tuviera buen fin.

Y sólo cuando ello suceda podremos decir, ¡oh nuestra Virgen morena de Gibraltar!, que la Península entera es, de verdad, ¡la tierra de María Santísima!

SEVILLA, DOMINGO DE RAMOS, 24 DE MARZO DE 1929. SON LAS CINCO DE LA TARDE. EN LA BASE AÉREA DE TABLADA, LOS CAPITANES JIMÉNEZ E IGLESIAS SE ALINEAN ANTE SU AVIÓN, el «Jesús del Gran Poder», con el que iban a intentar batir la marca mundial de vuelo sin escala atravesando el Atlántico. Una gran multitud acude a despedirlos.

Un fabuloso vuelo por América

Por FRANCISCO IGLESIAS
(CORONEL DE AVIACION)

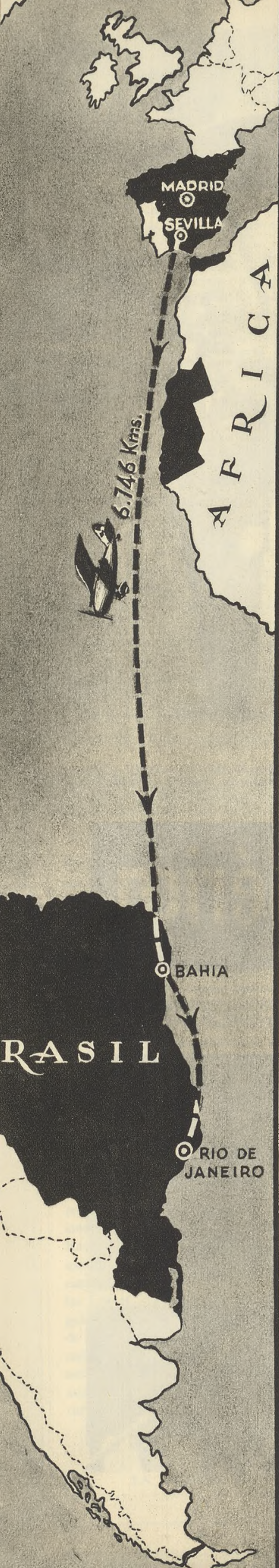
El 26 de marzo de 1929, los capitanes españoles Jiménez e Iglesias llegaban a Bahía, en el Brasil, procedentes de Sevilla, después de cubrir 6.746 kilómetros en línea ortodrómica sin escala. Con motivo de haberse celebrado en marzo pasado el veinticinco aniversario del vuelo, MVNDO HISPANICO se honra incluyendo en sus páginas un relato de la gesta narrada por uno de sus protagonistas, el capitán Iglesias, hoy coronel de la Aviación española.

RECUERDO aquellos instantes anteriores a la partida como los más optimistas y felices de mi vida. Tenía por mi parte la seguridad plena en la victoria. Tanto el avión como Jiménez y yo nos encontrábamos en plena «forma». Nuestra preparación técnica y física era, a nuestro juicio, perfecta. No habíamos dejado nada al azar. Tenía también una fe profunda en la ayuda que Dios habría de prestarnos. Un poco antes de la partida recibí un telegrama que decía así: «Que el Gran Poder de Jesús ayude al "Jesús del Gran Poder".» Esta sagrada imagen iba

FOTOGRAFIAS: CONTRERAS

MESES DESPUÉS DE SU GRAN VUELO TRASATLÁNTICO, LOS CAPITANES JIMÉNEZ E IGLESIAS REGRESAN A MADRID. Terminaba aquí otra hazaña más de las que constituyeron el rosario de los grandes vuelos de nuestra aviación







EL RECIBIMIENTO QUE EL PUEBLO MADRILEÑO TRIBUTÓ A LOS HÉROES DE LA TRAVESÍA FUÉ VERDADERAMENTE APOTEÓSICO. TODAS LAS CLASES SOCIALES reunidas aclamaron a los protagonistas del gran vuelo Sevilla-Bahía y los elevaron sobre sus hombros como triunfadores.



AL TOMAR TIERRA EL AVIÓN EN EL CAMPO de Cuatro Vientos, millares de personas invaden el terreno para saludar a los héroes, Jiménez e Iglesias.

EN UNA FIESTA MILITAR CELEBRADA EN EL Retiro madrileño, los capitanes Jiménez e Iglesias fueron condecorados por Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII.



grabada en una placa regalada por los hermanos de la cofradía, colocada en el tablero de instrumentos del piloto. En el mío había escrito este lema del gran poeta nicaragüense Amado Nervo: «La travesía es dura y los momentos difíciles; pero Dios va en nuestro barco.» En la proa del avión figuraba el águila bicéfala de los tiempos imperiales de España, y a uno y otro lado del fuselaje el pincel de Juanito Lafita, de Martínez de León y otros conocidos artistas había dejado sus huellas en alegres y típicas figuras sevillanas, que daban la nota genuina de Andalucía a nuestro avión.

A las diecisiete horas treinta y cinco minutos iniciamos el despegue entre la emoción contenida de los amigos y compañeros que presenciaban nuestra salida. En medio del ruido del motor creímos oír un «¡Viva España!» y unos cerrados aplausos, que se perdieron tras nosotros. El despegue había sido perfecto gracias a la pericia de Jiménez, tantas veces puesta de manifiesto. Nuestro avión ganaba altura por momentos. Al llegar al barrio de Triana, viramos hacia la derecha, para pasar después cerca de la Giralda y sobre la iglesia y plaza de San Lorenzo, en un adiós último a Nuestro Señor del Gran Poder. Por las calles de Sevilla caminaban varias Cofradías, iniciando la penitencia de la Semana Santa. A nuestro regreso de América supimos que en la calle de la Feria, por donde pasaba en aquellos momentos la Cofradía de la Sagrada Cena Sacramental, el párroco señor Rojas Cordobés había detenido la marcha de ésta y, elevando los ojos al cielo, había entonado una oración por el éxito de nuestro arriesgado viaje. Sevilla quedó pronto atrás, pero viva y presente en nuestro corazón y en nuestra retina durante muchas horas. ¿Tendríamos la dicha de volver a contemplarla?

La tarde era primaveral y con esa luz única que ilumina y baña la tierra sevillana. Pronto llegamos al Estrecho, dejando a nuestra izquierda ese centinela avanzado de nuestra patria donde, desde hace doscientos años, ondea una bandera que no es la española, cuyo recuerdo me produjo, como sucedía siempre, un vivo sonrojo. El sol nos despedía con sus últimos destellos, señalándonos, como faro gigantesco, aquellas costas de la lejana América que pretendíamos alcanzar. Ibamos alegres y llenos de esperanza ante el feliz resultado del despegue y de la primera hora de vuelo. La luna, gran compañera para todos

El pueblo, que vivía en aquel tiempo las hazañas de tantos aviadores españoles que estaban señalando con sus grandes travesías las rutas de la aviación del futuro, veía en ellas una proyección en el presente de las gestas de antaño. Por eso, cada nuevo protagonista era recibido en triunfo apoteósico como un gran triunfador.

los aviones que vuelan en la noche, asomaba ya su blancura entre una cabalgata de nubes que corrían hacia occidente. El cielo estaba despejado y la noche se presentaba llena de luminosidad. Divisábamos numerosos barcos, que eran como luciérnagas caminando sobre las aguas.

A las veinte cincuenta pasamos por Azamor, y minutos después, el faro del cabo Mazagán. Me producía gran satisfacción localizar cada faro por sus destellos y ocultaciones, confrontándolos con mi cuaderno de faros, en el que había anotado cuidadosamente todos los de las costas africana y de América. Entonces no existían, por supuesto, los aerofaros que hoy jalonan perfectamente las rutas aéreas canalizadas, y era forzoso sacar partido de estos faros marítimos costeros.

A las veintidós horas alcanzamos Mogador, pilotando yo el avión para que Jiménez hiciera su primer descanso desde la salida de Tablada. Hasta aquí no nos había sido necesaria la navegación astronómica. Ahora volábamos bajo un cielo purísimo sembrado de estrellas y vivamente iluminado por la luz lunar. Ganábamos, poco a poco, velocidad; nuestra media hasta Mogador había sido de 176 kilómetros. Seguimos volando a 1.800 pies de altura, que conservamos hasta un poco antes de la llegada a Cabo Juby. Estábamos contentos del paso sobre esta avanzada de España en el desierto, pues aunque, por falta de equipo de radio, no podíamos comunicar con el grupo de españoles allí destacados, sabíamos que ellos se apresurarían a dar, llenos de gozo, noticias de nuestro paso. La faja amarillenta de la costa se dibujaba con toda nitidez. Ahora nuestro rumbo nos conduciría hasta el cabo Blanco, por donde pasamos a las cinco horas y cinco minutos. Nuestra velocidad había aumentado mucho, pues desde Cabo Juby resultaba de 190 kilómetros, lo que nos produjo gran alegría. Ya sólo nos quedaban 370 millas hasta Cabo Verde, donde abandonaríamos definitivamente la costa africana para adentrarnos en el Atlántico. Comenzaba a amanecer. Apenas sentíamos cansancio; unos tragos de café de nuestros termos contribuyen a reanimarnos. Es la primera noche vencida, pero nos quedaba aún todo un día y la noche siguiente antes de alcanzar las tierras de América. El mar, que ahora vemos nuevamente, comienza a teñirse de tonalidades violetas y azuladas, pero aparece en calma. No divisamos (Pasa a la pág. 57.)



Los obreros que construyeron el «Jesús del Gran Poder», partícipes indirectos de la hazaña, reciben en jubilosa manifestación a los triunfantes aviadores.

En las bodas de plata de la travesía, los protagonistas reciben el homenaje de los ministros españoles y de los embajadores de países hispánicos amigos.



SALAMANCA

LA CLAUSURA DEL VII CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD

El día 8 de este mes de mayo y de este año de gracia de 1954 se cumplen exactamente los setecientos años del día en que el rey Alfonso XI otorgó en Toledo la carta que constituye la primera constitución de la Universidad de Salamanca. Ese mismo día van a comenzar los actos de clausura de las fiestas jubilares, que tuvieron su comienzo en el mes de octubre del pasado año, cuando ciento cuarenta y siete Universidades de todo el mundo se congregaron en Salamanca para celebrar tan extraordinaria efemérides.

En este mismo día en que el VII centenario se completa, le serán impuestas a S. E. el Jefe del Estado español, Francisco Franco, las insignias de doctor «honoris causa» en Derecho. Con la misma ocasión, días después, recibirán las insignias académicas los doctores «honoris causa» designados: dos por la Facultad de Filosofía, dos por la de Ciencias, tres por la de Derecho y tres por la de Medicina. Los doctores «honoris causa» serán proclamados de acuerdo con el ceremonial de la Universidad y con arreglo a las fórmulas latinas. Así cerrará Salamanca estos siete siglos de luz académica sobre los hombres y los tiempos.

Alto soto de torres que al ponerse
tras las encinas que el celaje esmaltan,
dora a los rayos de su lumbre el padre
sol de Castilla;

bosque de piedras que arrancó la historia
a las entrañas de la tierra madre,
remanso de quietud, yo te bendigo,
mi Salamanca.

Miras a un lado, allende el Tormes lento,
de las encinas el follaje pardo
cual el follaje de tu piedra, inmoble,
denso y perenne.

Y de otro lado, por la calva Armuña,
ondea el trigo, cual tus piedras, de oro,
y entre los surcos, al morir la tarde
duerme el sosiego.

Duerme el sosiego y la esperanza duerme:
de otras cosechas y otras dulces tardes,
las horas, al correr sobre la tierra,
dejan su rastro.

Al pie de tus sillares, Salamanca,
de las cosechas del pensar tranquilo,
que año tras año maduró en tus aulas,
duerme el recuerdo.

Duerme el recuerdo, la esperanza duerme
y es el tranquilo curso de tu vida
como el crecer de las encinas, lento,
lento y seguro.

¡Oh!, Salamanca, entre tus piedras de oro
aprendieron a amar los estudiantes
mientras los campos que te ciñen daban
jugosos frutos.

Del corazón en las honduras guardo
tu alma robusta; cuando yo me muera,
guarda, dorada Salamanca mía,
tú mi recuerdo.

Y cuando el sol al acostarse encienda
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje de lo eterno heraldo,
di tú qué he sido.

MIGUEL DE UNAMUNO

HONOR A SALAMANCA

Por EDUARDO CARRANZA

EN nombre de la Universidad de Caldas, la más joven de América; en nombre de la cimera y también juvenil Universidad de los Andes; en nombre de la docta y poética Universidad del Cauca, en Popayán, y en nombre del tres veces secular Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, tan insigne por sus empresas científicas y humanísticas y tan entrañablemente vinculado al ser y al nacer de la nación colombiana, saludo a Salamanca y le rindo testimonio de filialidad, de gratitud y de honor.

Porque Salamanca nos enseñó el amor por la cultura esencial, que reconoce su centro en la sagrada y libre persona del hombre—del hombre hispánico de carne y hueso, dotado de un alma inmortal y responsable ante Dios—, cultura que para nosotros es católica, latina, hispánica y americana: ¡honor a Salamanca!

Porque, en el siglo XV, una doncella que era princesa de Castilla, desde lo alto de una torre salmantina, entre el río y las estrellas, y oyendo cantar algún romance, tal vez el del Conde Niño, que es niño y por amores cruzó la mar; tal vez el de la infanta que se fué sobre el océano a cortar la flor del agua, sintió en sus entrañas la alegría y el estremecimiento de América: ¡honor a Salamanca!

Porque aquí se definió la unidad metafísica del mundo, porque de aquí salió Colón a completar la redondez geográfica y espiritual del mundo, porque aquí se legisló por vez primera sobre la unidad de la lengua imperial que hablamos, porque aquí se proclamó, ante Dios y ante el César, la unidad de la raza humana y la dignidad del hombre americano: ¡honor a Salamanca!

Porque el Renacimiento pasó por aquí para hacerse católico y español, y por aquí cruza el camino celeste de Santiago, y por estos campos fluye el Tormes entre los álamos como el primer verso de la Egloga Primera, y el Cid pasó por aquí seguido por un río de lanzas: ¡honor a Salamanca!

Porque aquí se enseñaron todas las ciencias del cielo y de la tierra; porque por estas puertas salieron capitanes y teólogos, frailes y soldados, a derramarse por nuestra América como un Amazonas del heroísmo, de la fe y de la poesía: ¡honor a Salamanca!

Bien está que entre estas piedras que el alma parece alumbrar por dentro, bajo estas piedras que han sido alma y siguen siendo alma, se hayan reunido en asamblea los hombres en honor de Salamanca, que es el alma, para afirmar y defender el alma. Y que en Salamanca y por Salamanca hayamos asistido a la primera asamblea de las Naciones Unidas del Alma.

¡Honor a Salamanca!





Foto DÍAZ CASARIEGO

Cuando el «Semíramis» se fué acercando al muelle con su preciosa carga, una gran legión de españoles impacientes se lanzaron al agua en multitud de botes.

Foto DÍAZ CASARIEGO



CAUTIVOS DE RUSIA

286 ESPAÑOLES LIBERADOS DE LA INFINITA CARCEL SOVIETICA

LA TENACIDAD Y EL VALOR DE UNOS HOMBRES SE IMPUSIERON A LA VESANIA DE SUS VERDUGOS

Por TORCUATO LUCA DE TENA

El viernes 2 de abril de 1954 llegaba a Barcelona el buque *Semíramis*, de la Cruz Roja, con la preciosa carga humana de 286 españoles devueltos por Rusia, después de los doce, catorce y, en algunos casos, hasta diecisiete años de destierro. Entre los vítores y aclamaciones de un millón de seres, enfebrecidos de entusiasmo—toda la ciudad se volcó sobre los muelles para recibir a los cautivos—, bajo el impacto de los cohetes, entre ondear de banderas y gritos de salutación, aquellos hombres, verdaderos Lázaros resurrectos, tomaban contacto de nuevo con la tierra que los vió nacer. Una vida nueva empezaba para ellos. Pero, ¿qué es lo que dejaban atrás? ¿Cuál había sido su vida? ¿Cuáles sus emociones? ¿Cuáles sus angustias de muerte? A la narración de alguno de los episodios—que, a medida que los soldados pisaban la tierra madre, iban convirtiéndose, momificándose, en recuerdos—vamos a dedicar las líneas que siguen. Mas no sería posible entrar de lleno en la narración sin separar primero a los que regresaron a bordo del *Semíramis* en cuatro grandes grupos, que, si son idénticos respecto a las penalidades de los años vividos en común, son de muy distinta calificación respecto al origen y a los azares que los llevaron al eterno invierno de Siberia.

Cronológicamente, estos grupos pertenecen:

Primero.—A los niños que, a bordo del *Habana* y otras trágicas cárceles flotantes, fueron arrancados de sus hogares en los albores de nuestra guerra de Liberación y llevados a Rusia. Llevados por evitarles los riesgos de una guerra que, en sus respectivas zonas, apenas duró unas semanas, para caer patética y pa-



Miembro de una familia en la que el periodismo ya se hizo dinastía, la sola evocación de su nombre trae implícita la asociación con ese periódico—«A B C»—que en los últimos cincuenta años se hizo ya carne de España. Torcuato Luca de Tena une a su juventud real la otra juventud que le viene de ser periodista dinámico en el más amplio sentido. Corresponsal un día en Nueva York y Londres, hoy lo es para MVNDO HISPANICO en el viaje de la vuelta de los prisioneros españoles, desde Estambul hasta Barcelona.

La madre a quien un día le llegó la comunicación de la muerte de su hijo, apenas si le quedan ya lágrimas para llorar la alegría de su retorno a la vida un 3 de abril.

Foto DÍAZ CASARIEGO

Nunca una ciudad vibró con la emoción que vivió Barcelona a la llegada del «Semíramis». Un millón de personas se congregó en los alrededores del puerto.

Otro Lázaro que retorna a la vida. No bastó a deshacer el engaño la noticia de su retorno, ni siquiera la presencia física. Hizo falta tocar la carne del que volvía.

Foto DÍAZ CASARIEGO

radójicamente bajo el fuego de las batallas de la más grande conflagración que ha conocido la Historia, y pasar de ahí a una postguerra llena de odios y de venganzas y acabar, si no sus días, al menos su existencia en el país protector, en los campos de concentración, que, como cementerios vivientes, marcan un dramático itinerario desde Canin hasta Kamchaka, desde Ucrania hasta Wladivostoc.

Segundo.—Aviadores procedentes de la zona comunista durante la guerra española de 1936 a 1939. Estos aviadores fueron llevados por el Gobierno comunista español a la Unión Soviética para que se adiestraran en las academias militares rusas de aviación. Nunca fueron devueltos a su patria, y de los ciento ochenta que fueron, sólo doce —doce que también dieron con sus huesos en los campos de concentración del Asia Central y Septentrional—regresan ahora a bordo del *Semíramis*.

Tercero.—Marinos de barcos mercantes españoles llegados hace diecisiete años—¡diecisiete!—a puertos rusos, para realizar operaciones comerciales con el Gobierno español de la República. Estos barcos fueron incautados por Rusia, aun siendo dependientes de un Gobierno que mantenía con dicho país relaciones diplomáticas y que, políticamente, estaba estrechamente unido a la Unión de Repúblicas Soviéticas. Y sus ocupantes, fuera cual fuera su personal ideología



Foto DÍAZ CASARIEGO

Los hombres que pasaron por todos los campos de trabajo de Rusia, desde el Círculo Polar al Cáucaso, desde Kamchatka a los Urales, se hacen la última foto familiar.

Doce años han pasado desde que estos hombres dejaron de ver la primavera de la patria. La mayor parte fueron considerados muertos durante muchos años.



Foto AUMENTE

El teniente Rosaleny, el capitán Palacios y el alférez Castillo, tres oficiales que se mantuvieron en el cautiverio con la gallardía y la prestancia de su españolidad.

Foto DÍAZ CASARIEGO





Foto AUMENTE

Apenas es posible mantenerse sereno cuando el barco está a punto de atracar a la costa de España. Se quisiera acortar la distancia que hiciera posible la llegada.

política, pasaron a engrosar también los campos de concentración.

Cuarto.—Los prisioneros de la División Azul. Siguiendo un razonamiento puramente lógico, tenemos que aceptar que sólo a este grupo no puede negársele la justificación de su apresamiento. Independientemente de la inexplicable (inexplicable para la mentalidad de cualquier país civilizado) extensión en el tiempo de este cautiverio, tenemos que aceptar—repetimos—la justifica-

ción inicial de su involuntario destierro. Eran militares hechos prisioneros en acción de guerra.

CAUTIVOS DE RUSIA

CUARENTA MILLONES DE ESCLAVOS

Pero respecto a los grupos anteriormente citados, la primera pregunta que se nos presenta, la primera incógnita que es preciso resolver, es por qué, en nombre de qué principio, a consecuencia de qué actos, fueron retenidos, aislados de sus hogares, sin poder reintegrarse a su patria, a lo largo—algunos—de diecisiete patéticos años. Y la explicación, dada por ellos mismos, coincidente con cuantos libros han sido escritos por evadidos de la Unión Soviética, incluso por antiguos comunistas, como el «Campesino», es la siguiente: La estructura económica de Rusia, la exigencia de los planes de producción bélica, el esfuerzo de poner a marchas forzadas el país a la altura de las naciones más fuertes y poderosas, descansa sobre la existencia de cuarenta millones de seres reducidos a esclavitud en los campos de concentración. De estos cuarenta millones de seres, el noventa por ciento es ruso y el diez por ciento—¡el diez por ciento de cuarenta millones son cuatro dramáticos millones!—está formado por prisioneros de guerra extranjeros o por ciudadanos de los países anexionados a Rusia después de la última guerra mundial; verbigracia: Estonia, Letonia, Lituania, parte de Polonia y parte de Finlandia. El antiguo líder comunista el «Campesino», en sus *Memorias*, fija esta cifra en treinta y tres millones. Los repatriados del *Semíramis* coinciden todos en que la cantidad que circula en Rusia como cierta, entre los propios soldados y guardianes comunistas, asciende a cuarenta. Sea cual fuere la cifra exacta, que, en rigor, es muy difícil establecer, lo cierto es que Rusia, necesitando brazos para la puesta en marcha del país como gran potencia internacional, se nutría de ellos acaparando cuantos hombres en edad de poder cargar un azadón y un pico sobre sus espaldas se ponían a su alcance. Y no había entonces disculpa, ni respecto al origen de la llegada a Rusia de aquellos seres—carne de esclavitud—, ni respecto a su ideología, ni a otras condiciones. Desde los niños invitados por el soviet para huir de los riesgos de una guerra, hasta los soldados que, por un tratado de amistad con aquel país, fueron llamados para adiestrarse en sus academias, o los marinos mercantes de buques que realizaban operaciones comerciales con la Unión Soviética, todos ellos fueron unidos a los prisioneros de guerra para trabajar en los campos de concentración de Ucrania, los Urales o la Siberia soviética.

Analicemos la vida de sólo dos de estos grupos, que son los que pueden darnos una idea más clara de esa gran incógnita que es la U. R. S. S., precisamente por ser políticamente antípodas entre sí: el de los niños y el de los prisioneros. Nada mejor para penetrarnos de la tragedia de los primeros que una interviú realizada a bordo del *Semíramis* con uno de ellos. Su nombre era...; pero más vale ocultar su nombre para evitar a los miembros de esas familias que, estremecidas, esperaban su regreso en el puerto de Barcelona, las angustias y los sufrimientos de los tristísimos relatos que en este juego de preguntas y respuestas se contienen.

SALUTACION A LOS QUE RETORNAN

De vuestros ojos tan fuertemente llorando,
llorando de alegría y de tristeza, hermanos,
retornáis a la tierra que os ama, desterrados.
Volvéis a vuestro Dios, vuestra luz, vuestros cantos,
al sabor de aquel pan que gustabais antaño,
al olor de unas flores que no habíais olvidado,
pero que ya no era sino aroma lejano:
casi perfume de casi flor, casi campo.

Aquí estáis otra vez, después de tantos años,
llorando de alegría, porque alegre es el llanto
cuando brota en lugar del beso o de los cánticos;
llorando de tristeza, porque el tiempo ha pasado...
Aquí está vuestra España: tendréis que perdonarnos
algunas cosas. ¡Vuelan los ensueños tan altos!
Nunca el anhelo alcanza lo que el hombre ha soñado.
Pero tampoco vais a veros defraudados,
porque con nuestros sueños, nuestro vivir humano,
aquí estamos de pie, seguros, soberanos,
con brisas de hermandad recorriendo los campos,
con repiques de paz en altos campanarios.

Aquí nuestras palabras para comunicarnos,
la fe en nuestro destino, la sonrisa en los labios.
Llegáis en primavera. España en flor, hermanos.
Las mujeres de España alzan pañuelos blancos
y la clara esperanza se estrecha en nuestras manos.

José María SOUVIRON

UN NIÑO QUE NO SUPO DE DIOS

Viajábamos aquel día a través de ese pasillo marítimo que son los Dardanelos. Un grupo de repatriados miraba en silencio las costas de Turquía, salpicadas en sus dos bordes de mezquitas y fortalezas antiguas, todas doradas de luz por el último sol del atardecer.

—Este brazo de mar es menos ancho que el Volga—me dice uno de ellos.

—Tú eres más joven que los otros—replico—. ¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro años. El río Dniéper también es más ancho en Ucrania. Esto no parece el mar...

—¿Estuviste en Ucrania?

—Sí, en un sanatorio infantil, hospitalizado.

—¿Herido?

—No. ¡Si yo no soy de la División Azul!

—¿Entonces?

—Soy de los niños que se llevaron de Bilbao, a bordo del *Habana*, en 1937...

—¡Ah!

X. Z. es un hombretón alto y fuerte, de rasgos vascos acusadísimos. Nariz poderosa, mandíbula angulada, pómulos largos y ojos azules, de un azul vizcaitarra. Tenía ocho años cuando se lo llevaron, junto con quinientos

CAUTIVOS DE RUSIA

niños y niñas de su edad, a Leningrado. Bajo el pretexto de protegerlos de unos bombardeos que duraron tres días, han permanecido dieciocho años—me refiero a los cuatro, sólo a los cuatro, que regresan—bajo el fuego de una guerra apocalíptica, entre los odios de una postguerra hambrienta, desarraigados, huídos, apátridas, encarcelados, hasta que el destino los señaló con el dedo—me refiero de nuevo a los cuatro, sólo a los cuatro, que regresan—el camino de la libertad...

Los primeros años fueron los menos duros. En las escuelas especiales que adaptaron para ellos les enseñaban aritmética, dibujo, lengua, geografía, historia rusa... y...

—Y... ¿religión? ¿Alguna religión?

—No. Iba a decir botánica.

La pregunta era inevitable. Y aunque luché contra ella, se disparó sola, porque estaba, tentadora, en la recámara.

—¿Sabes quién es Dios? ¿Has oído hablar de Dios?

—Sí, pero mucho más tarde: cuando me encarcelaron y me encontré por vez primera con prisioneros de la División Azul.

—¿Te has confesado alguna vez, has comulgado alguna vez?

—No.

—¿Cuántos años dices que tienes?

—Veinticuatro.

Terminado el tiempo de las escuelas que pudiéramos llamar de primera enseñanza, X. Z. fué trasladado, sucesivamente, de Kiev a Ucrania; de allí, al Cáucaso; después, a Siberia, en la frontera de China. En cada viaje, el grupo de españoles se dispersaba cada vez más. De los tres mil quinientos niños que tuvieron su suerte, quinientos viajaron con él a bordo del *Habana*, y sólo quince siguieron a nuestro interlocutor hasta Altaiskikrai, en el Asia Central. Cuando acabó la guerra, le mandaron como aprendiz a una fábrica de productos químicos y le ofrecieron pasaporte y nacionalidad soviética. El no la quiso aceptar, y le dieron, a cambio, documentación de apátrida, hombre sin ciudadanía.

—¿Por qué no aceptaste la nacionalidad que te ofrecían?

—Porque los que tuvieran ese carácter perdían para siempre la esperanza de regresar.

—Y ¿tú querías volver?

—Sí.

—¿Nunca perdiste tu deseo de regresar?

—Nunca, nunca.

X. Z. mueve, incómodo, la cabeza y se sonroja como un colegial. Después me mira fijamente, como retando su propio sofoco.

—Mis padres... ¿Comprende usted? Quiero conocer a mis padres...

—¿No te acuerdas de ellos?

—Pienso siempre en ellos. Pero no los recuerdo.

—¿Nada?

—¡Nada!

Hizo un vago gesto con la cabeza, como forzando su pensamiento. Después sonrió.

—Bueno. Alguna cosa sí recuerdo...

—¿Qué?

—La voz. La voz de mi madre...

—¿Recuerdas lo que te decía?

—No. Eso no.

«NO SE SI TENGO HIJOS»

En la fábrica de productos químicos, X. Z. no fué feliz, ni tampoco lo fueron sus tres—ya no quedan a su lado más que tres—compañeros españoles. La directora soviética de la fábrica decía que eran rebeldes, alborotadores y ladrones. Una vez los sorprendieron bebiendo alcohol—el que iba a ser destilado—y los pusieron de patitas en la calle. El sindicato los destinó a otra fábrica muy lejana, dándoles el dinero justo para el traslado. Al llegar, el nuevo amo no los quiso aceptar. Y allí quedaron, sin documentación, sin trabajo, sin ropa de invierno, porque la antigua era propiedad de la fábrica de productos químicos. Y entonces fué cuando, desarraigados, apátridas, miserables, sintieron por vez primera la angustia infinita del destierro. Tuvieron que robar para comer, y huir para salvar la vida. Y vivir escondidos para no ser apresados y salvar el pellejo. Así llevaron una vida que sólo lo era, en la menos generosa acepción de la palabra, ganando del bandidaje, a salto de mata, a la buena ventura, durmiendo de pie como las grullas o viviendo—como dijo Ortega de Alonso de Contreras—«entre la rendija que dejan dos muertes: la que él dió a alguien ayer y la que a él le espera mañana».

Hasta que fué detenido y condenado a veinticinco años en un campo de concentración.

—¡Aunque no lo crea, ésta fué mi buena estrella!

—¿Por qué?

—Porque allí conocí a los prisioneros de la División Azul, con los que estuve cinco años, hasta que la amnistía de Malenkov me permitió repatriarme con ellos... Los rusos me ofrecieron mil rublos y la libertad si me quedaba. Yo les dije que prefería mil veces morir con los míos que vivir con ellos.

—¿Dejas algún recuerdo grato en Rusia?

—Ninguno. Bueno, sí ..., una muchacha.

—¿Tienes hijos?

—Creo que sí. Pero no los conozco.

—¿Cuál es ahora tu mayor deseo?

—Mis padres.

—¿Y después?

—¿Después...?

X. Z. se encogió de hombros. Y, como si aquello no tuviera importancia, añadió, sonrojándose de nuevo:

—¡Vivir!

El *Semíramis* había cruzado ya el mar Negro, el Bósforo, el mar de Mármara, y ahora doblaba los Dardanelos. Entramos en el Egeo, donde se diría que hay más islas que mar. Detrás quedaba el vacío de la cárcel infinita. Y delante, a los veinticuatro años, el deseo incontenible, el hambre... ¡de empezar a vivir!

LA MUERTE CON EL LATIGO EN LA ESPALDA

Contrariamente a la historia de los niños, resumida en la interviú que recogen las líneas anteriores, los repatriados de la División Azul que han logrado resistir las infinitas penalidades y sufrimientos del cautiverio (téngase en cuenta que el número de los que han muerto excede en la multiplicación por tres de los que regresan) no han sufrido deformación en su temperamento, en su carácter, en su personalidad.

La admirable compenetración que tuvieron en los momentos más difíciles, el extraordinario espíritu colectivo—extraordinario realmente tratándose de ciudadanos del país más exacerbado y peligrosamente individualista—, fué lo que les salvó. Así, por ejemplo, en el campo de Borowitchi, cuando las condiciones de vida alcanzaron un nivel, no sin exageración, llamado infrahumano; cuando los dieciséis mil prisioneros allí encerrados, la mayor parte de los cuales eran rusos, llegaron a realizar prácticas de canibalismo para poder sobrevivir, engrosando su escasísima alimentación con el hígado de los cadáveres recién muertos; cuando el sargento español Herreros cayó extenuado al suelo, interrumpiendo su trabajo, y fué brutalmente golpeado para que se levantara y prosiguiera ca-

CAUTIVOS DE RUSIA

vando; cuando volvió a caer de nuevo y los sicarios le azotaron para ponerle en pie, sin conseguirlo, pues murió allí mismo con la azada en la mano y el látigo sobre la espalda, los españoles, encabezados por un grupo de soldados rasos—puesto que sus jefes habían sido separados de ellos muchos años atrás—, decidieron declarar la huelga del hambre y, conjuntamente, la de trabajo. «¿Qué preferimos—se preguntaron—: morir a palos, como el sargento Herreros, o morir en la cama?» Ante el dilema, escogieron la segunda solución, que dejaba, por otra parte, abierta una estrechísima puerta a la esperanza: la esperanza de que la noticia de esta huelga desesperada llamara la atención de los centros directivos de los campos de concentración, donde quizá encontraran seres con algún síntoma de humanidad. Síntomas de que carecían los siniestros jefes del campo de Borowitchi. Es entonces cuando se produce una de las más espeluznantes historias de estos años tremendos del cautiverio. Cuando los habitantes extenuados, no españoles, del campo de concentración salieron al primer amanecer camino de su trabajo, nuestros compatriotas permanecieron en sus lechos. Dos horas después, notada su ausencia por el jefe de campo, éste mandó a cinco guardianes para que, látigo en mano, sacaran a los españoles de la barraca, llevándolos a la mina donde los demás trabajaban. Cuando los rusos penetraron en la barraca y levantaron en sus brazos la fusta medieval, se vieron sorprendidos por un hecho inaudito, un hecho sin precedentes en los campos de concentración soviéticos desde su iniciación: los españoles se rebelaron contra ellos, los desarmaron y los hicieron sus prisioneros.

CAUTIVOS QUE PONEN CONDICIONES

Cuando, a la noche, el jefe de campo regresó a Borowitchi, no podía dar crédito a lo que vieron sus ojos. Los españoles exigían, para la devolución de sus rehenes, el cumplimiento de tres condiciones: 1.ª Reducción de las horas de trabajo, de doce a ocho. 2.ª Aumento del número de comidas diarias, de una a dos. 3.ª Garantías de que la correspondencia que cursaban a sus familias a través de la Cruz Roja llegaba a sus destinos. El jefe del campo simuló querer parlamentar con los rebeldes y pidió que salieran diez de entre ellos de la barraca—donde era difícil penetrar, dado el estado de ánimo de los revoltosos—para que expusieran sus pretensiones.

El jefe de campo pensaba, y no sin razón, que quienes saldrían a parlamentar serían precisamente los cabecillas de la rebelión. Salieron diez de entre ellos, los cuales fueron inmediatamente trasladados a la cárcel, donde se les quiso obligar a ingerir alimento. Al negarse a hacerlo, se rompió a tres de ellos, a golpes, la dentadura para introducir, contra su voluntad, tubos de goma por la boca por donde poder, a presión, introducir líquidos alimenticios. Los siete presos restantes, al ver lo que hacían con sus compañeros, pidieron auxilio a los sublevados de la barraca. Lo inaudito de lo ocurrido hizo famoso para siempre el campo de Borowitchi. Los españoles de la barraca asaltaron la cárcel, detuvieron al comisario y a los guardianes, liberaron a sus compañeros y exigieron al jefe de campo que telegrafiara a la superioridad de la provincia qué había de hacer en un caso semejante, pues la población íntegra española de aquel campo se dejaría morir de hambre mientras no se garantizara el cumplimiento de las ya citadas condiciones.

El jefe citado tardó cinco días en personarse, durante los cuales la huelga continuaba. Los españoles estaban, en efecto, a punto de perecer de extenuación. No tanto, sin embargo, para que no conservaran los rehenes junto a sí. Y entonces sucedió lo más inaudito de todo. La orden de Moscú fué terminante: evitar que los doscientos españoles murieran por su voluntad, pues la noticia de un acto de esta envergadura atravesaría probablemente la dura cortina del telón de acero y podría ser causa de un escándalo internacional, no menor que el de los dramáticos pozos de Kaytin. Forzarles a abandonar la huelga. Forzarles a comer, y si ello no fuera posible..., acceder a sus pretensiones.

Como los medios para dar solución a la primera premisa habían sido utilizados ya, se tuvo que recurrir a la segunda. ¡Los españoles habían ganado, conseguido su propósito! Esta fué la primera huelga ganada en Rusia desde la instauración de la tiranía.

Con episodios como éstos se podrían llenar páginas y páginas, apretadas todas de información, y se escribirán, sin duda, pues uno de los repatriados ha firmado ya un contrato con una editorial para lanzar en breve tiempo la historia detallada de estos años dramáticos vividos por los españoles prisioneros.

Habrá que esperar, sin embargo, a que, al suave calor de unos hogares que creían perdidos, comience de nuevo en su vida, tantos años interrumpida, un nuevo y alegre fluir. El reloj de su existencia, parado el primer día de su cautiverio, acaba de ponerse en marcha.

ANTIGUA, La ciudad de las quietudes

POR IRINA DARLÉE

CIUDAD de los habitantes idos, casi sólo ciudad de los pájaros, de las bóvedas ennegrecidas, de los altares destrozados y de la gente vieja, tan vieja que ya no busca más que la paz. Antigua señorea en medio de su fantasmal belleza, con sus piedras heridas, sus viejos palacios, de borrosos escudos, carcomidos por la luna, y sus fuentes cubiertas de mantillas de moho en los soñolientos claustros solitarios. Por los muros de la Posada de Belén, que fué convento de monjas, suben las buganvillas en todos los colores, penden de los arcos formando cascadas violetas, se remontan hasta las bóvedas en surtidores anaranjados, tiñen de rojo el suelo con la lluvia de sus pétalos. Bajo, mucho más bajo que un impecable cielo azul, navegan las nubes. Los árboles de jacaranda casi pueden tocarlas con su ramaje. Sobre las rajadas paredes de las iglesias, rosas silvestres y el jazmín de parra rivalizan con el delicado aroma de las madreselvas, y entre los ladrillos de los patios abandonados la hiedra va tejiendo un tapiz verde.

Antigua, la ciudad de las quietudes, vive un nuevo resplandor en la bella melancolía de su soledad florida, mientras sus fuentes siguen narrando con su rítmico cantar de agua las historias del glorioso pasado de esta primera capital de Goathemala, llamada en tiempos de la Colonia la muy leal y muy noble ciudad de Santiago de los Caballeros. Hoy, como entonces, los dos verdes guardianes de Antigua, el Volcán de Agua y el Volcán de Fuego, se levantan tras sus muros cual gigantescas montañas «apacibles», misteriosas en su peligroso silencio. Al mirarlos, los moradores de Antigua bien se acuerdan del año 1541, cuando torrentes del Volcán de Agua inundaron la cercana Ciudad Vieja, fundada como primera por los conquistadores, y sepultaron, derribando los muros de la iglesia, a Beatriz de la Cueva, la fiel esposa de Pedro de Alvarado, con su corte, dando muerte a todo lo que fué amor, grandeza y gloria.

En lugar de Ciudad Vieja surgió Antigua, la ciudad de las iglesias. También a ella los temblores la convirtieron en la ciudad de las ruinas. Desde entonces han transcurrido muchísimos años. Pero poco cuenta el tiempo en Antigua. Como si fuesen péndulos de un reloj parado hace siglos, cuatro espadas colgadas de una pared, cuatro negras espadas españolas, hablan de la inmortal gloria de un pueblo que vino, surcando la mar a vela, para perpetuar la hazaña de su conquista. ¿Qué mano bizarra e hidalga había empeñado estas espadas con ansia de aventura y gloria y edificado luego las iglesias de Antigua, los primeros faros de la fe cristiana en la otra orilla del mar, comenzadas a construir hacia 1650? Iglesias de muros gruesos y altares de oro. ¡Mucho debió de haber costado a los temblores reudcirlas a ruinas, pero más aún costó a los españoles convencer a los antigüeños de que debían abandonar su ciudad, Santiago de Goathemala, para, ante el peligro de nuevos sismos, irse a vivir a un valle próximo, donde, a unos 50 kilómetros de la vieja metrópoli, quedó fundada la actual capital guatemalteca.

Sólo quedaron en Antigua los que no quisieron separarse de sus iglesias y aquellos que cerca de la villa labraban sus tierras. Luego vinieron otros, para reconstruirles sus casas, fundir sus fierros, tejer sus ropas y amasar sus panes. Ellos formaron a los nuevos pobladores de la ciudad, gentes de paz y de andar pausado, que, conscientes de vivir entre muros eternos y sagrados, no llevan prisa. Orgullosos de sus ruinas, atienden a sus quehaceres y sus oraciones. Cuidan los jardines conventuales por los que antes las monjas paseaban sus plegarias y que continúan llenos de presencias fantasmales. A los conventos que quedaron transformados en hoteles acuden miles de turistas, en su afán de vivir lo que no es de ellos. Los turistas pasean en *shorts* sus extremidades por las empedradas alamedas, hallan *charming* las ruinas, muy *beautiful* a las inditas en sus guipiles regionales, con sus trenzas negras y ojos de garzas sorprendidas. Cumpliendo con sus obligaciones turísticas visitan en un solo día las ochenta ruinas indicadas en una especie de código del turismo; pero al fin el solemne silencio de Antigua termina por tragarlos, por volverles invisibles e insignificantes entre la majestuosidad de sus ruinas. Pasan como pasajeros de un barco que no deja huella en la mar y sin ellos la ciudad recobra de nuevo su ritmo de antaño.

En las noches sin remedio, sin luces artificiales ni rótulos de gas neón, en las noches definitivas sin el bullicioso afán de la gente empeñada en mantenerse despierta, cuando en las ventanas todo se ha hecho noche también, parece como si Antigua, atenta y sumisa, estuviera escuchando los pasos del hermano Pedro, quien al recorrer sus rúas silentes para rescatar almas, tocando una campanilla, decía:

Acordaos, hermanos;
un alma tenemos,
y si la perdemos,
no la recobramos.

Todavía suenan en noches profundas los pasos del venerable hermano Pedro de Bethancour, oriundo de las islas Canarias y fundador de la Orden de monjas betlemitas, cuya vida ejemplar y muchos milagros impregnan las más bellas leyendas de Antigua, que sabe que sola la conciencia perdura y sobrevive a las piedras.

En el patio de la iglesia del Calvario florece todos los años un árbol, que el mismo hermano Pedro plantó. A sus flores se les atribuye el maravilloso don de curar a los ciegos.

Amanece en Antigua tocando a misa. La primera es a las cinco. Amanece en mil colores. Bajo las suaves caricias del viento se estremecen las buganvillas y sus sombras se deslizan por la grama formando dibujos sobre los ladrillos de las terrazas. Ocupados con su ir y venir aletean los pájaros. De ruina a ruina corren los jardines, comunicándose por estrechos corredores, asomándose entre rejas medievales o escondiéndose tras los viejos pórticos de madera picada. Las horas juegan con las telaranas en una sala que languidece, y como péndulos de un reloj parado hace siglos, cuatro espadas colgadas de la pared, cuatro negran espadas españolas, escuchan el imperceptible paso de los años y el cantar de una fuente.



Por el real, la familia pasea en el viejo coche de caballos, que Sevilla se resiste a arrinconar tercamente. Trajes de volantes, cuidadosamente almidonados para la fecha, cubren orgullosos la estructura del vehículo. Desde las casetas, el repiqueteo de los crótalos y la cadencia de la danza acompasan la marcha del caballo.

FERIAS DE PRIMAVERA EN ANDALUCIA

LAS ferias de Andalucía son el producto de la convergencia de tres ingredientes afortunados: una región, la primavera y un estilo. Como su nombre indica, «feria» es, lisa y llanamente, una cita periódica entre los hombres, para efectuar sus transacciones y sus mercaderías. En el caso de las ferias andaluzas, el objeto mercantil siempre es el ganado; porque Andalucía es, sobre todo, culto y cultivo de la tierra. Pero he aquí que en esto, como en todas las manifestaciones del sur de España, interviene un estilo. Y el estilo comienza imponiendo una fecha, la más feliz, la más propicia, la más elementalmente bella: la primavera. Después, como todo aquí nace de un culto, impone un ritual. No se concibe un «trato» si no está adornado con un sinfín de formulismos mágicos. Y como para ello no sirven los simples iniciados, se necesita un sacerdote, el hombre cuya vida es un continuo superarse en este culto, «el tratante». Y con él, el vino, que es el pan y la sal de la ceremonia. Desde ahí, en progresión creciente, todo lo que es rito en esta tierra: el beber pausadamente, cantar y bailar «jondo», el sacrificio del toro... Como en esta fugaz visión de la Feria de Sevilla, cifra y compendio en luz y en el colorido vibrante de las ferias andaluzas.



Cualquier sitio es bueno, porque la alegría de la música llega desde un centenar de casetas distintas, para detenerse unos momentos y bailar por sevillanas.

Amazonas del sur. En cierto momento de su paseo por el real, ellas necesitaron del diálogo y se pararon unos instantes en la caseta familiar. Después volverían a confundirse nuevamente con el rio de caballistas que por todas las calles de la feria lucirían esa elegancia, a la vez rural y ciudadana, que constituye el «quid» específico de la fiesta, expresión rotunda de la alegría sanísima de este pueblo.

El real, a vista de pájaro y en las primeras horas de la mañana, cuando todavía el desfile de caballistas es una pequeña torrentera. La plaza del Cid, su antesala, contiene los coches del «nuevo cuño», que prefieren mantener alejada su fría mecánica del viejo estilo que la feria impone. A la entrada, el Consulado de Portugal, la República hermana, que habitualmente envía aquí sus mejores ganaderos.

(Foto Trabajos Aéreos y Fotogramétricos.)

Coches de todas las matrículas, de España y del mundo, discurren en la noche fosforescente por las calles de la feria. «Lo europeo», personificado en el turismo, tiene establecido un contacto casi constante con esta ciudad, acentuado siempre en las fiestas abrileñas. Lo que no va en detrimento de su personalidad, que sabe guardarse muy bien de las deformaciones impuestas por las modas extrañas.

Centauros de las marismas y señores de la feria. Los caballos jerezanos, expertos en el derribo de los toros y en las travesías camperas, esperan impacientes el aguijón de la marcha, mientras sus dueños, caballistas solitarios o porteadores de la grupa gentil, toman unos sorbos de los caldos de Jerez. Vino y caballos, en noble lid de la belleza y los sentidos, sobre el césped de Sevilla por celos del paisanaje.



La carga de la mujer es siempre ligera para los troncos andaluces. Raza y color en el más bello ramillete. Pasear en coche por la feria es como deslizarse por una humana primavera. En ningún lugar del mundo es música el ruido, ni el color hiere tanto, ni el olor del jazmín y el azahar sabe fundirse tan bien con el ambiente, como en esta síntesis de belleza de la vida en la feria sevillana.

Cuando los duendes del baile corren por la sangre, apenas se ha captado el ritmo de la danza, se inicia el paso. Manos infantiles, hábiles ya en el repique de las castañuelas, acompasan el giro de los pies diminutos en unas revoleras sin espectadores, cuando la caseta ha perdido su bullicio, tal vez porque sus moradores están en la plaza aplaudiendo la gallardía de un volapié de muerte.

FOTOGRAFIAS: ROBERTO ARRANZ
(Premio «M. H.» de la Exposición Nacional de Fotografías de Prensa, 1953.)

EL NUEVO "GUADALUPE"

130 médicos, 58 abogados, 30 arquitectos e ingenieros, 34 economistas, 23 periodistas, 17 diplomáticos, 28 catedráticos, 2 ministros y un gran número de escritores han salido de este Colegio Mayor

Dos Colegios Mayores, el José Antonio y el Nuestra Señora de Guadalupe, dependiente del Instituto de Cultura Hispánica, han sido inaugurados el día de la festividad del Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino, en el recinto de la Ciudad Universitaria, por S. E. el Jefe del Estado español. El Caudillo de España, como un estudiante más, departió amigablemente con los muchachos de este Colegio Mayor, el «Guadalupe» ya en el lenguaje escolar, que abre las puertas de su nuevo edificio a la continuación de su extraordinaria empresa cultural hispanoamericana. Con el director del Instituto de Cultura Hispánica, señor Sánchez Bella, recibieron a Su Excelencia el rector de la Universidad, señor Laín Entralgo; el director del nuevo Colegio, don José María Alvarez Romero, y los decanos de las Facultades de Madrid. El obispo auxiliar de la diócesis, doctor Ricote, bendijo el edificio, y a continuación se celebró en el salón de actos del Colegio la sesión inaugural, que fué presidida por el Generalísimo, a quien acompañaban los ministros, el rector de la Universidad, el nuncio apostólico y el director del Instituto de Cultura Hispánica.

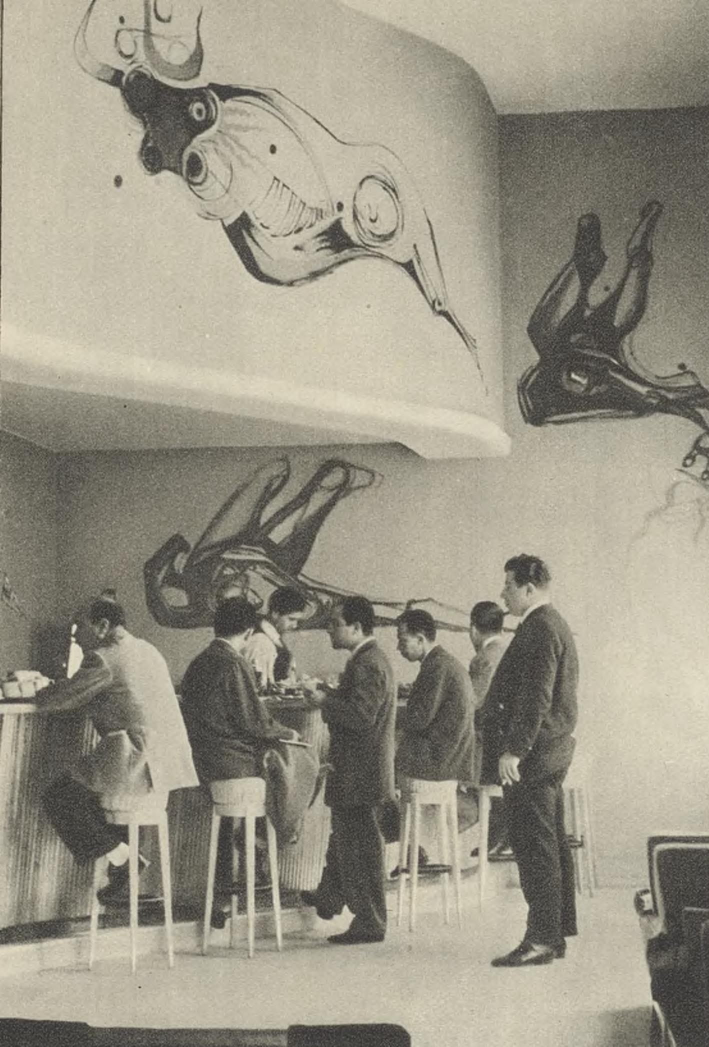
Una nueva etapa se inicia para el Colegio Mayor de Nuestra Señora de Guadalupe, cuyo edificio actual es ya un jalón más en este mundo de la Universitaria, centro de cultura y formación de singulares características españolas. Su bandera—con palabras del director del Colegio—, que hace años se levantó, está izada hacia América y se clava hoy con fuerza sobre el suelo glorioso de esta Ciudad Universitaria.

(Remitimos a nuestros lectores a la página 59 de este mismo número, donde se reproduce íntegramente el discurso pronunciado por el ministro de Asuntos Exteriores español, señor Martín Artajo, en la solemne inauguración del nuevo Guadalupe.)

S. E. el Jefe del Estado, acompañado del ministro de Asuntos Exteriores, director del Instituto de Cultura Hispánica y autoridades, se dirige al nuevo edificio del Colegio.

La efigie de Nuestra Señora de Guadalupe, en la estilización del vitral, preside la sencillez de la capilla, y desde ella, la vida de estudio de los miembros del Colegio.





El bar del Colegio, realizado según una línea y un estilo perfectamente actuales, que un alumno pintor está decorando con unos murales al fresco.



La habitación privada de los alumnos es una mezcla de confort y de recogimiento. El gusto personal impera en cada una con improvisadas decoraciones.



Los campos en paz de la Ciudad Universitaria, divisados desde una ventana del «Guadalupe». Pruebas deportivas y más escuelas se ofrecen a la vista.



Momentos antes de que el doctor Ricote, obispo auxiliar de la diócesis, procediera a la bendición del nuevo edificio, S. E. el Jefe del Estado español saluda a todos los miembros del Cuerpo diplomático hispanoamericano acreditado en Madrid, que estuvieron presentes en la solemne ceremonia de hermandad hispanoamericana.

La sencillez armoniosa de una sala de estudio del Colegio, donde los alumnos se realizan después de su experiencia universitaria con el contacto de España.



Por la convivencia mutua en las aulas escolares, se realiza en el Colegio de Guadalupe la mejor prueba de la auténtica solidaridad de las tierras hermanas.



En amplias salas dedicadas al descanso, en lo confortable de un moblaje muy de nuestra época, los alumnos hispánicos departen amigablemente.





S. E. el Caudillo de España, acompañado del ministro de Asuntos Exteriores y del director del Instituto de Cultura Hispánica, firma en el libro de honor.

Banderas de todas y cada una de las nacionalidades hispanoamericanas ondean a la entrada del edificio, donde se realiza el encuentro juvenil más fructífero.





LA CANCION DEL MES

FLOREAL

Por J. M. SANCHEZ-SILVA

¡Cualquiera sabe de verdad si mayo es el mes de María por ser el mes de las flores o si es el mes de las flores por ser el mes de María!

* * *

Tres flores celebran su santo en mayo: el nomeolvides (Invención de la Santa Cruz), el alhelí de invierno (Santa Mónica) y la amapola de California (San Pascual).

* * *

Si no hubiera otra diferencia entre Dios y el hombre, bastaría con ésta: lo primero que creó el hombre para sí fué un arma; lo primero que creó Dios para habitación del hombre fué un jardín.

* * *

«Las plantas sólo florecen a placer en el jardín de quien las ama», dijo Ruskin.

«La tierra es insultada y ofrece sus flores como respuesta», dijo Tagore.

«¿En qué quedamos?», decimos nosotros.

Puede ser verdad que la camelia signifique altivez y el ciclamen celos y el narciso vanidad, pero no lo será menos que la amapola dice alegría, el clavel blanco, amistad; el jacinto, constancia; el lirio, inocencia; la magnolia, simpatía; el nenúfar, pureza; la peonía, veracidad; la rosa roja, belleza; la verónica, fidelidad, y la violeta, modestia.

* * *

Una rosa cortada puede vivir dos días; un geranio, ocho. No cabe duda de que no se trata de vivir mucho, sino de vivir bien.

* * *

En el jardín, el silencio se hace música y el perfume color.

* * *

¡Qué lección tan profunda se desprende del simple hecho de que el hombre pueda hacer tantísimas cosas grandes y maravillosas y no pueda, sin embargo, hacer ni una sola, ni una sencilla gardenia!

Si llamamos genio al inventor del teléfono, de la máquina de vapor, de la penicilina, ¿qué podríamos llamar a quien inventó el agua, la estrella, el trigo, la rosa?

* * *

Hay flores que se llaman adonis, azucena, hortensia, jacinto, margarita, narciso, rosa, verónica o violeta, pero ninguna se llama María. Seguramente es porque no hace falta.

* * *

Dime qué flor prefieres y te diré quién eres.

* * *

«Quitad las flores de la mesa», dicen los «gourmets». «Gracias—responden ellas—; podríamos contagiarnos del perfume de vuestras berzas.»

* * *

Si las flores desaparecieran de nuestra vida, nos daría más miedo aún morir.

* * *

Son las mujeres quienes presumen de que nosotros supongamos que si las flores hablasen lo harían con voz de mujer.

* * *

Si no hubiera flores, las mujeres solamente se tendrían envidia entre sí.

* * *

A los niños que se comen una flor se les vuelven azules los ojos.

* * *

Sólo el pájaro que vuela, sólo el agua que corre, sólo quien sabe que va a morir mañana, puede enamorarse de una flor... y ser correspondido.

* * *

Las flores de las ventanas hacen las casas de cristal.

* * *

En las largas horas de las iglesias desiertas, a veces, sólo dos seres humanos acompañan al Señor en su vela: la llama de las lámparas de aceite y las flores, que van muriendo, al mismo tiempo, de amor a sus pies.

* * *

Esas flores que caen de los veloces entierros automóviles de nuestro tiempo se quedan repentinamente desnudas sobre la calzada y se mueren en un instante de vergüenza.

* * *

También sabe Dios solo si las flores que se les ponen a los muertos, y que son arrojadas luego entre la tierra que los cubre, volarán con ellos o no hasta donde son esperados.

* * *

Decimos que las flores de los cementerios son tristes, pero es porque nos produce rubor reconocer que los tristes, inevitable e injustamente, somos nosotros.

* * *

Cuentan de un perro viejo y feo y sucio que un día se comió una azucena y se convirtió en paloma.

* * *

San Francisco de Asís regañó una vez a las golondrinas, que con sus chillidos interrumpían su predicación, y ellas se callaron; es como si hubiera reñido a un campo de nardos y ellos, para no interrumpirle con su violencia, hubieran expandido entonces un suave perfume de violetas.

* * *

Cuando sobre un bello plato de vidrio veo media docena de claveles rojos cortados en el centro de la mesa, no puedo por menos de acordarme de la cabeza del Bautista presentada ante Herodes.

* * *

Pero es una pena que mientras nuestros hermosos sentimientos dejan sin flores los jardines, no acostumbremos a obsequiar también a las personas antipáticas, malvadas o groseras con cardos y con ortigas; por lo pronto, en las tardes de campo se pincharía uno las piernas algo menos.

* * *

En la estela de los barcos que parten de las islas Hawai quedan grandes collares de flores abandonados. Los que se desprenden de ellos así no saben que a veces esos collares llegan hasta las playas de donde proceden y entonces lloran en el seno de sus madres los niños que van a nacer.

* * *

Las rosas no tienen espinas para que aprendamos que todo lo bueno vale sacrificio, sino para perfumar la sangre de quien se pincha.

* * *

A los que deshojan de veras la margarita se les caen todos los dientes.

* * *

Era tan delicado el poeta y tan sincero consigo mismo, que aquella vez que le enviaron flores las agradeció diciendo: «Esto es demasiado; mi poesía sólo vale, si acaso, dinero.»

La Gama ciega

Rastreador de caminos en la selva, conocedor de signos astrales, de cantos de pájaros, de bestias elementales y de elementalidades humanas, Horacio Quiroga es ya un clásico de las letras hispánicas. Tal vez nadie como él pueda representar mejor, entre los escritores de nuestro mundo, a ese tipo de hombre que se echa a andar, a trabajar y a vivir, y que, a fuerza de poseer tanto contenido vivencial, experimentado en carne propia, trasciende en narrador. Nadie como Horacio Quiroga conoce a los hombres sencillos de la lucha por el pan diario ni a las pequeñas bestias de la selva, cuya vida se realiza cada día. De su contacto con ellos, y del contacto de ellos entre sí, ha brotado esa obra de comprensión y de amor que son sus cuentos. Hoy ofrecemos uno de la serie «Cuentos de la selva para niños», porque, en la escala de sus afectos, niños y animales estuvieron siempre sobre el hombre.

HABÍA una vez un venado—una gama—, que tuvo dos hijos mellizos, cosa rara entre los venados. Un gato montés se comió uno de ellos, y quedó sólo la hembra. Las otras gamas, que la querían mucho, le hacían siempre cosquillas en los costados.

Su madre le hacía repetir todas las mañanas, al rayar el día, la oración de los venados. Y dice así:

I

Hay que oler bien primero las hojas antes de comerlas, porque algunas son venenosas.

II

Hay que mirar bien el río y quedarse quieta antes de bajar a beber, para estar segura de que no hay yacarés.

III

Cada media hora hay que levantar bien alta

(Pasa a la pág. 62.)





Clavel, amor de España

Por ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

I

En España el amor ha dado tres símbolos de feminidad eterna: el de Celestina, el de Dulcinea y el de Carmen.

Y esas tres simbólicas mujeres españolas tienen que ver con los claveles, con la sangre.

Celestina tiñe de sangre el amor de Melibea y Calixto. Como de sangre se empaparon los claveles de Carmen. Y de arreboles, el magín de Don Quijote por Dulcinea.

Celestina, Dulcinea, Carmen. Trágicas, crueles, color de clavel.

Hay un verso de *Cancionero* del siglo XV —contemporáneo de Celestina—, hablando de claveles y de penas, que parece expresar la pobre alma de Melibea, víctima de Celestina, al suicidarse ante Calixto muerto:

...que no cogeré ya claveles,
madreselvas ni mirabeles,
sino penas tan crueles...
Pues mis amores se van...

Hay—al clavel—otro verso de Francisco de Rioja, contemporáneo de Don Quijote, que es todo el amor de Don Quijote por Dulcinea (la inasequible y cruel Dulcinea, que hacía morir de amor al pobre Don Quijote):

Amor, amor, sin duda dulcemente
te bañó de su llama refulgente
y te dió el puro aliento soberano.
Que eres flor encendida,
pública admiración de la belleza...



¡Oh clavel!
¡Oh flor de alta fortuna!

Y en el Romanticismo alguien llamó al clavel «copla española». Flor de Carmen. La flor que aun canta la copla andaluza:

Toma el clavel encarnado.
¡Abrelo!, que está en capullo...
Y verás mi corazón
abrazado con el tuyo.

Celestina, Dulcinea, Carmen... Pero cuando alguien, fuera de España, un poeta como Rubén, piensa en la mujer de España, en el amor de España, en la flor de España, no piensa en la ansiosa Celestina, ni siquiera en Dulcinea la imposible, sino en Carmen. En el clavel de Carmen. En la sangre apuñalada de Carmen. Clavel, amor de España...

Amor de España,
amor lleno de púrpuras y oros,
amor que da el clavel, la flor extraña
regada con la sangre de los toros.
Flor de gitanas, flor que amor recela,
amor de sangre y luz, pasiones locas.
Flor que trasciende a clavo y a canela,
roja cual las heridas y las bocas.

¿Por qué es el clavel amor de España?

*
* *

Tengo ante mis ojos un recorte de periódico—del pasado año—, que dice así:

«Una tonelada de flores frescas españolas, de claveles, va a ser remitida al norte de Europa. La expedición se efectuará en avión. Esta expedición de claveles al extranjero sigue en aumento.»

Ahora me dicen que la Sociedad Española de Jardines ha sido requerida para hacer una exposición en Londres, especialmente de claveles.

*
* *

Y, sin embargo, el clavel no es exclusivo de España, sino de la flora mediterránea y aun asiática.

En la Grecia clásica era ya flor divina y la citó Teofrasto, valiendo para coronar cabezas orgiásticas. Quizá por eso se la llamó flor de Dios, «dianthea», formando el divinal género de los «dianthus».

Pero sólo en España el clavel tiene nombre humano. Esencial. De hembra en celo, de olor delirante, a clavo, a especia, a sexo, a sangre: olor de pasión.

Junto al nombre español (sangriento y excitante) de «clavel»—o de «craveiro» en Portugal—, ¿qué significa el visual «œillet» francés, que suena a «œil», a ojo? ¿O el musical «garófano» de Italia? ¿O los un tanto bárbaros anglosajones de «pink» en inglés y de «Nelke» en alemán?

¡Clavel! Amor de España. Amor de Carmen. Flor de Carmen. Nombre ese de «Carmen» que ya de por sí quiere decir «flor» en la poesía latina, y evoca aun el «jardín granadino», y da adjetivos de color al color de

la boca femenina: «carmesí», «carmín». Colores de clavel.

II

Habría que hacer un libro sobre el clavel, amor de España. Y reunir en manojo, en ramillete, en florilegio o antología, versos y pinturas fehacientes.

¿Me permitís que, suspendiendo el hilo o aro de oro de mis afirmaciones sobre el clavel, lo adamasquine, como sobre una sortija, con ejemplificaciones poéticas y plásticas?

Yo sé que ya en los albores de nuestra lírica, por el siglo XIII, se aludía al clavel y a su olor como fuente de vida:

...mas el olor que de ahí salía
a hombre muerto resucitaría.

A Juan de Mena, en el XV, le valen los claveles para rimarlos, a lo Petrarca, con «linaloeles» y con «laureles».

Pero el triunfo, en nuestra poesía, del clavel—flor de pasión, flor estallante (llama, retorcimiento, diminuto capitel corintio)—fué durante el barroco. (Como luego lo volvería a ser en el segundo barroco, llamado romanticismo.)

Lope, Quevedo, Góngora, Calderón, Pedro de Espinosa, Valdivielso, Polo de Medina, Rioja, Castro, Genovés... No hay poeta barroco de España que no sintiera la inflamación purpúrea y exagerada del clavel.

Lope tenía su huertecillo madrileño lleno de claveles, para imaginar mujeres. Por eso decía que «envidiaban sus colores». Y los llamaba «cunas de amor» y «baños de coral», y «rubíes», y «venas», y «sangrías».

Para Quevedo labio y clavel eran sinónimos. («A Aminta, que teniendo un clavel en la boca, por morderlo se mordió los labios y salió sangre.»)

...el labio por el clavel dejó mordido.

Para Valdivielso también:

...son de claveles
sus labios fieles.

Y para Pedro de Castro: «claveles son tu boca hermosa».

En cambio, «semillas de alhajas» para Pedro de Espinosa:

...allí las clavellinas y claveles
parecen sementera de rubíes.

Y «coral»—cuna de Afrodita—para Salvador Jacinto Polo de Medina:

...rojo coral que mecía
el céfiro en cuna verde.

Polo de Medina es, sin duda, el poeta más plástico de la clavelería española. Nadie como él encontró imágenes tan insólitas, tan abarrocadas: «encarnados martinetes», «pabellones de luz», «sangrienta lluvia», «joyeles de Amaltea», «anegadores del sentido», «tiernos rubíes», «conceptos breves de abril», «entretenidos juguetes del aire», «descendientes de la risa del alba», «carmesí tapicería», «tapetes de grana fina», «estrados de flor», «blasones del valle», «adulaciones de la vista y del olfato», «galanes de las otras flores», «lindos», es decir, «donjuanes».

También como símbolo demoníaco de Don Juan vió al clavel Matías Genovés, haciendo el amor a la rosa, casi en la escena del sofá:

...como galán de la fragante rosa
el clavel boquirrubio
ámbar aspira, bálsamo derrama,
de púrpura vestido
por sacar los colores de su dama.

Pero el gran artífice del clavel en el barroco español—más que ningún otro—fué Góngora, el cordobés.



Para Góngora el clavel era flor regia:

Los colores de la reina
vistió galán el clavel.
Príncipe que es de la sangre,
y aun aspirante a ser rey.

No sólo regio, sino divino (como también quería Calderón en *El nacimiento de Dios*):

Caído se le ha el clavel
hoy a la aurora del seno.
¡Qué glorioso que está el heno
porque ha caído sobre él!

«Rey», «Dios»... Y «amor», «Don Juan», «boca», «labios», «coral», «joya»... Pero, sobre todo, para el vespertino Góngora, el clavel—¡oh barroquismo, oh Contrarreforma, oh brevedad de la vida!—fué símbolo de fugacidad. De muerte. De la nada:

Consuelo dulce el clavel
era la breve edad mía,
pues quien me concedió un día
dos apenas le dió a él.
Efímeros del vergel,
yo cárdeno, él carmesí.
¡Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy!
Que ayer maravilla fuí
y sombra vana aun no soy.

Tras esta interpretación trascendental de la lírica barroca del XVII, el neoclasicismo español soslaya los claveles. Que valen, como, por ejemplo, en Meléndez Valdés, para sólo resaltar el mármol académico de abstractas deidades:

...el clavel oloroso
para las bellas guarde
su pompa y con la nieve
de sus pechos contraste.

Esa misma dieciochesca frialdad mitológica, como «puro ornato», la refleja el conde de Noroña:

...adornas los jardines y las salas,
retozas en el pelo y en las galas
de las graciosas ninfas. Y, al fin, eres
testigo fiel de todos sus placeres.

Hay que llegar al XIX romántico para volver a encontrar la exaltación del clavel como en el barroco, alternando con otras flores de «época», como la amapola silvestre, la azucena, la campanilla azul, la adelfa, la dalia, el jazmín.

El clavel no sólo surge entre los versos de nuestros mejores románticos, sino en coplas populares anónimas.

De rosas y claveles
y de alhelíes
se te llena la boca
cuando te ríes.

Claveles para coplas de guitarras. Manolo Machado ya los recogerá así en nuestros días:

Claveles:
los caireles
de los trajes andaluces
con sus luces de oro y plata.

Lorca, con la gracia granadina y popular heredada de los Machado, decía:

El novio,
cuando camina,
a sus plantas se agrupan
las clavellinas.

La imaginística neogongorina de la nueva poesía española también consagró el clavel.

Bacarisse lo llamó—paganamente—«corta vehemencia»:

Con el aroma cruel
ajusticias la abstinencia.

Posteriormente, Juan Panero, otra vez calderoniano, corrigió esa visión sexual del clavel, reverenciándolo como «custodia del color».

*
* *

La pintura del clavel en España fué sincronizada con su expresión lírica. También en la pintura fueron el barroco y el romanticismo sus dos mejores épocas.

No tengo a la vista sino los museos madrileños.

Pero en ellos he encontrado que los broches granas de alguna infanta velazqueña equivalen a claveles.

Y así los reproduce ya Ranc (1674-1735) en la infanta María Ana Victoria.

De Zurbarán, en el Prado, he visto un florero de claveles en loza fina con azucenas, para resaltar su violencia. Y he visto un bodegón de Felipe Ramírez. Y otro de Pantoja. Y otro de la escuela madrileña por 1660.

Ya en el alba del romanticismo, los introduce genialmente Goya (*La maja y los embozados* y otros cartones).

En el Museo Romántico he descubierto claveles goyescos en Lucas (*Las presidentas*). En Castellanos. En Alenza. En Casado del Alisal.

Hay que llegar a los finales del XIX y a nuestro siglo para encontrar los claveles de Carmen en Fortuny, en Madrazo, en Zuloaga, en Romero de Torres...

Pero dejemos ya este damasquinado de sortija sobre versos y pinturas. Y volvamos al hilo perdido, al aro de oro de nuestras afirmaciones... El clavel es España. Es el amor en España.

III

¿Por qué es el clavel amor de España?

¿Y tiene tantos matices y ternuras para que lo llamemos «clavellina», «clavelón», «reventón»?

¡Oh extranjeros! Y, sobre todo, ¡oh extranjeras damas! Ahora os va a hablar un español de corazón.

¿Sabéis lo que yo veo en el clavel?

Yo veo en el clavel nada menos que todo el misterio del pecado original. Una flor de Teología.

Si nuestros pintores de Inmaculadas hubieran podido salirse del dogma, yo os aseguro, que en vez de pintar la serpiente del pecado original, la habrían sustituído por un clavel. Un clavel hollado por el pie de la Inmaculada, de la Purísima.

Porque, ¿qué significa teológicamente la sierpe? Lo mismo que el clavel: el DESEO. La virginidad perdida. Un coágulo de sangre sobre el suelo. La mancha auténtica—el clavel—, la mancha original del género humano.

Por eso es el clavel una flor trágica y fatal: sexual. Y huele a mujer, a reptil fascinador, y encela, y enloquece, y embriaga más que el vino de Andalucía, y es flor de Andalucía, de la tierra de Carmen... Pero también de la tierra de María Santísima. La que venció a Carmen y al clavel y a la serpiente: al DESEO. Hollándolos.

No hay flor en el mundo más llena de misterio y pasión, por eso.

Y se comprende que los hombres nórdicos, pálidos y rubios y protestantes, sientan por el clavel una inquietud, entre sexual y teológica, que no les da su clima. Y pidan claveles a España, como bocas que besar, como copas donde embriagarse, como aventuras donde arriesgarse...

Y por eso también se explica que nosotros, los hombres españoles, tengamos por el clavel una emblemática a lo Don Juan para ponérnoslo en el ojal, sobre el corazón. O bien, nuestros mozos de pueblo, junto a la sien, prendido tras la oreja, como en silvano recuerdo de aquellas coronas pánicas, dionisíacas, afrodisíacas orgiásticas, de que hablara Teofrasto.

Clavel, amor de España...

Amor del hombre español por la mujer, que oscila entre dos extremos: entre el amor pasional, celoso, que termine en puñalada, en triunfo de sangre, ¡en clavel!..., y el amor despojado, arrepentido, ascético, místico, hacia una divina y única Mujer sin mancha, una Inmaculada, una Purísima. Triunfando sobre todo DESEO.

¡Teológica, máxima flor española, el clavel!

Extranjeros... Y, sobre todo, vosotras, extranjeras damas de otros climas y otras tierras (y tú, florentina, mujer mía, a la que toda esta españolería ofrendo), cuando apretéis en vuestras manos un clavel, ¡cuidado! Piadosamente. Porque nunca será un clavel. Sino el corazón mismo de España (nuestro propio corazón).

CLAVELES en SITGES



SITGES es una ciudad «creada»—más que «descubierta»—por ese grupo catalizador de lo que ha sido, para gloria de España, el gusto catalán de principios de siglo: los «modernistas». Allí fueron Ramón Casas, Miguel Utrillo, Manolo, Joaquín Mir, Santiago Rusiñol... Desde Sitges—tan alejado y tan opuesto al misterio toledano—se hizo posible el redescubrimiento del Greco, que aquí tiene su único monumento español. Y desde su «Cau-Ferrat», la reivindicación española del color, que los impresionistas habían arrebatado al Museo del Prado. Cuando Rusiñol pintaba jardines, no hacía sino realizar en sí el culto a la flor de su pueblo de adopción, que erige en rey al clavel. Para las fiestas del Corpus, todo el pueblo se transfigura en una emulación casi deportiva para el exorno de sus calles. Y alfombras de claveles—nunca más bello camino para la divina pisada—cubren las vías por donde ha de pasar el Cuerpo de Cristo.



MILLONES DE DOCUMENTOS EN EL ARCHIVO DE SIMANCAS

CAPITULACIONES, PACTOS, TRATADOS DE PAZ Y EJECUTORIAS DE LA CASA DE AUSTRIA

HISTORIA ESCRITA DE TRES GRANDES SIGLOS ESPAÑOLES



SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII. ERA PARA ESPAÑA EL TIEMPO DE «LA ILUSTRACIÓN». CARLOS III, EL REY liberal, imponía un estilo en la corte—bailes de Carnaval—e «ilustraba» a la nación con Academias.

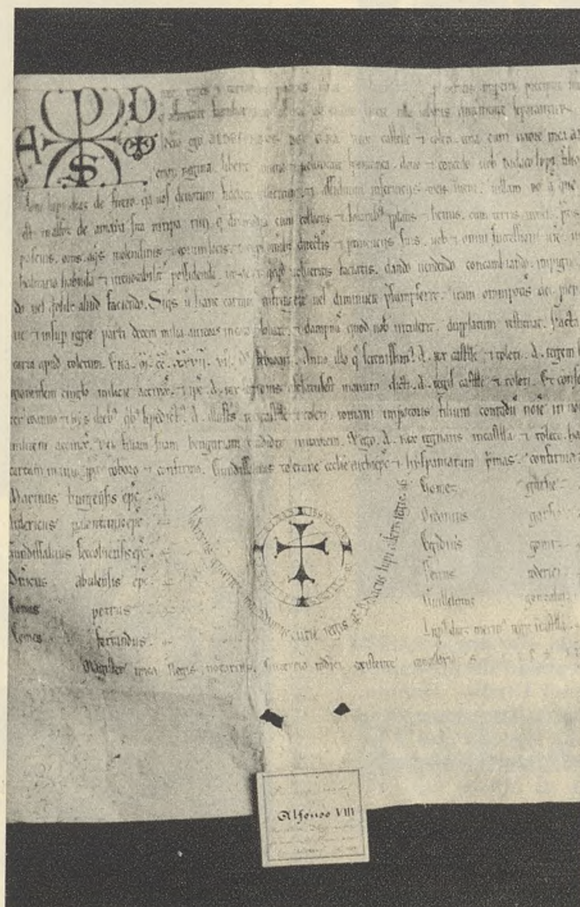
Por JOSE MONTERO ALONSO



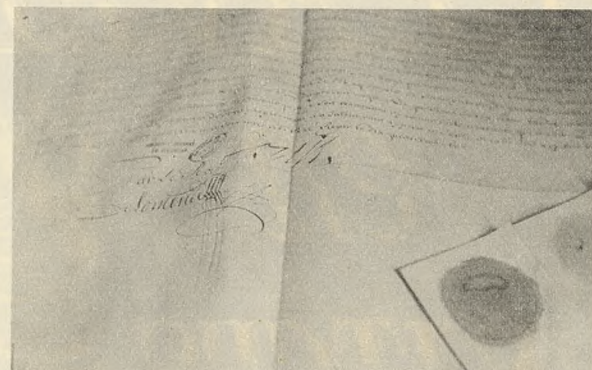
En el centro de Castilla, en un paisaje de llanas y doradas perspectivas, alza Simancas su traza noble. El viejo castillo es hoy archivo de historia, depósito inmenso en el que duerme, apresada en legajos, la vida española de otros tiempos. El propio castillo fué escenario de historia. Reconstruído en el siglo XV, pasó, a finales de esa centuria, a ser propiedad de la Reina Católica. Personajes ilustres residieron allí. Después, en la regencia de Don Fernando, el edificio es utilizado como prisión de Estado, destino que se prolonga durante buena parte del siglo XVI. Más tarde, el emperador Carlos I dispone que pueda ser reunida en uno de los torreones—el que hoy se conoce con el nombre de «Obras y Bosques»—la documentación que será base del Archivo posterior. Finalmente, es Felipe II quien ordena que el castillo sea utilizado como Archivo General. Se realizan las necesarias obras de adaptación, y el monarca, ya en la etapa postrera de su vida, ve realizado plenamente su deseo de que Simancas sea el Archivo General del Estado.

Al frente de él—todo un maravilloso mundo de figuras lejanas y horas desvanecidas—está hoy don Ricardo Magdaleno, personalidad prestigiosa del Cuerpo de Archivos. Constantemente investigadores de España y del extranjero acuden a Simancas, pieza esencial siempre que se trate de estudiar la época española de los Austrias. Día a día se perfeccionan los servicios del Archivo. Tiene éste *(Pasa a la pág. 60.)*

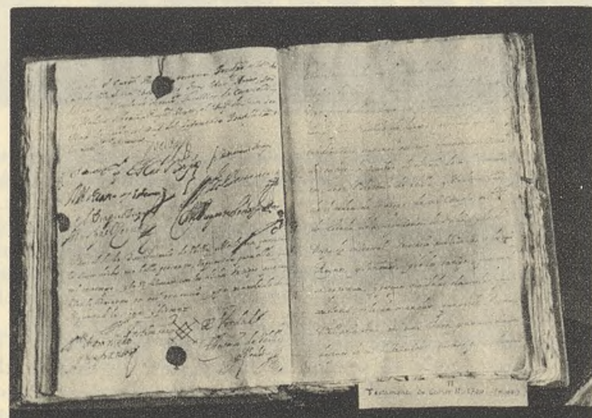
AUN CUANDO SIMANCAS ES RICO, SOBRE TODO, EN documentos de los siglos XVI al XVII, posee, sin embargo, como éste, importantes rastros medievales.



EL REY SOL, LUIS XIV DE FRANCIA, ESTAMPÓ SU firma en este documento, que establecería la «Paz de los Pirineos» entre Francia y España.

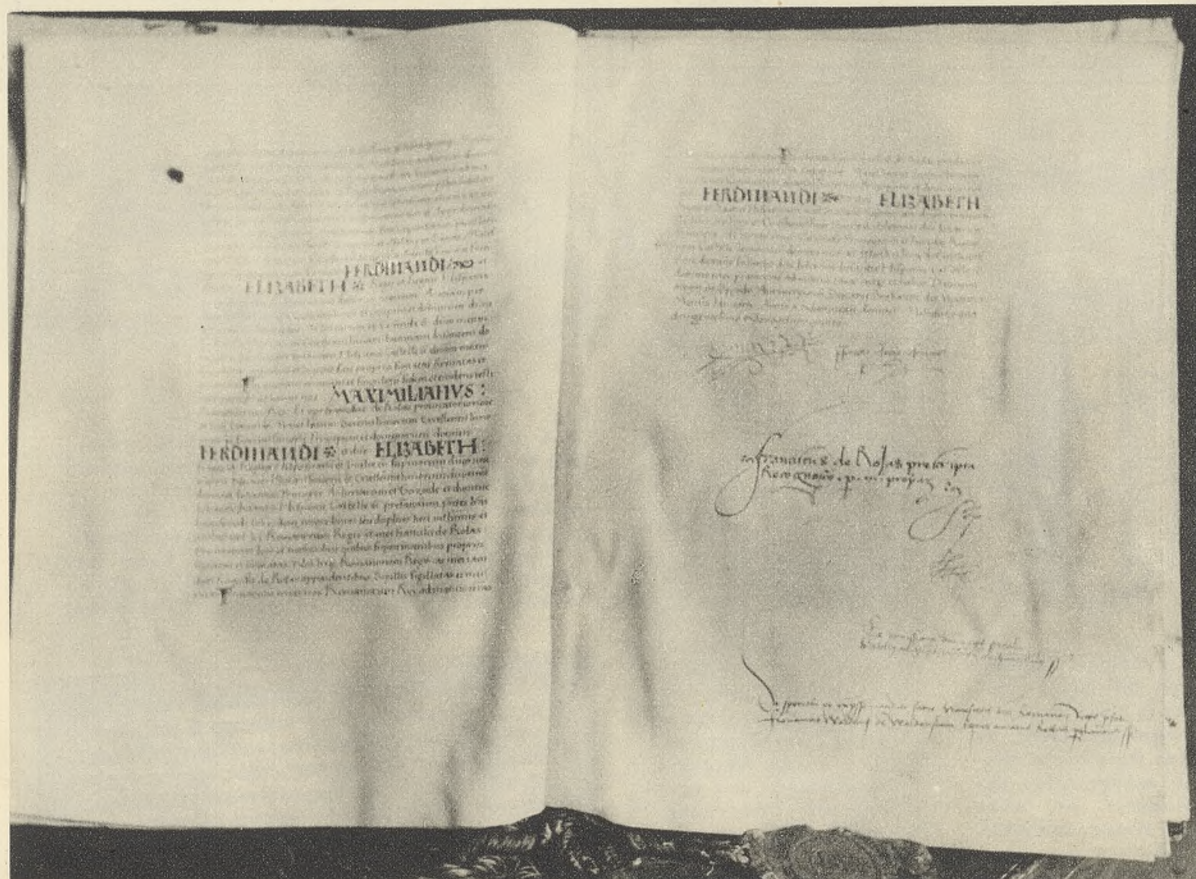


ESTE DOCUMENTO—EL TESTAMENTO DE CARLOS II—sería una de las chispas que encendieron la guerra de Sucesión española, ampliada a europea.

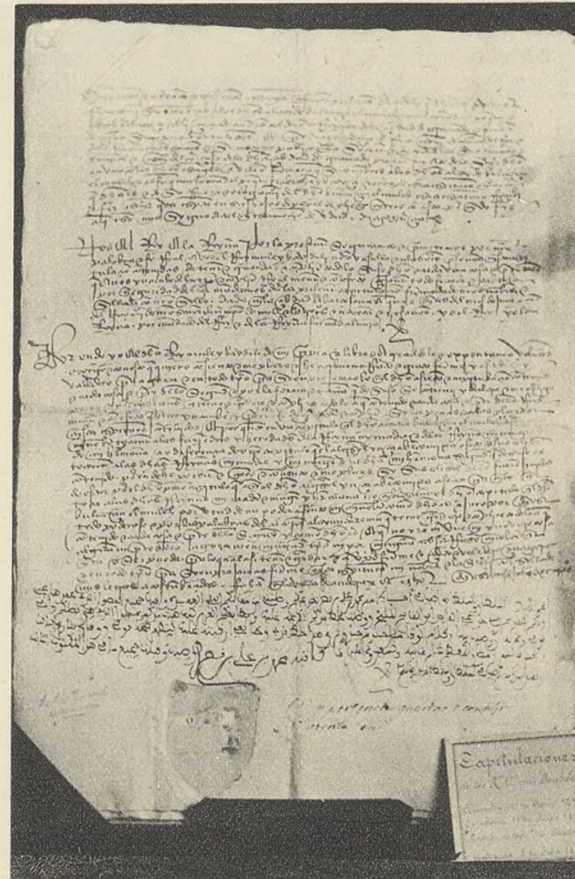


En este edificio murado, rodeado de amplio foso, se guarda la documentación real de los tiempos verdaderamente imperiales de España. Reconstruído por los Reyes Católicos, Carlos I lo destinó parcialmente a archivo. Más tarde, Felipe II consigue tener ya en él los legajos de los grandes años imperiales.

Con este documento, realizado en Amberes en 1495, se daría comienzo a la Casa de Austria española. Establece las capitulaciones entre Maximiliano de Austria, de una parte, y los Reyes Católicos, de otra, para el matrimonio de Felipe el Hermoso con la española Doña Juana la Loca.



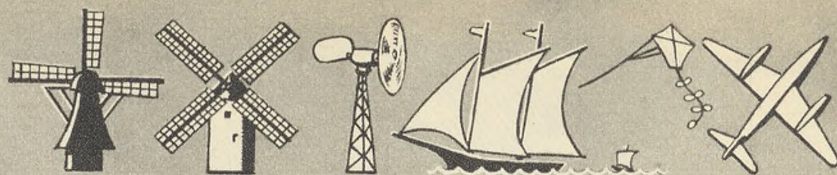
Al pie de la limpia letra castellana que establecía las capitulaciones del reino de Granada, Boabdil traza palabras arábigas con su firma.



ENERGIA EÓLICA

HAY dos grandes fuentes de energía que se encuentran a disposición del hombre en cualquier lugar de la tierra: el sol y el viento. Ambas fuentes cósmicas se hallan minuciosamente estudiadas en la actualidad—como agentes de producción local—por el Consejo Consultivo sobre Problemas de las Zonas Aridas de la Unesco y por varios países, entre los que se encuentra España, donde su Comisión Eólica es una de las pocas en el mundo que tiene el carácter de nacional.

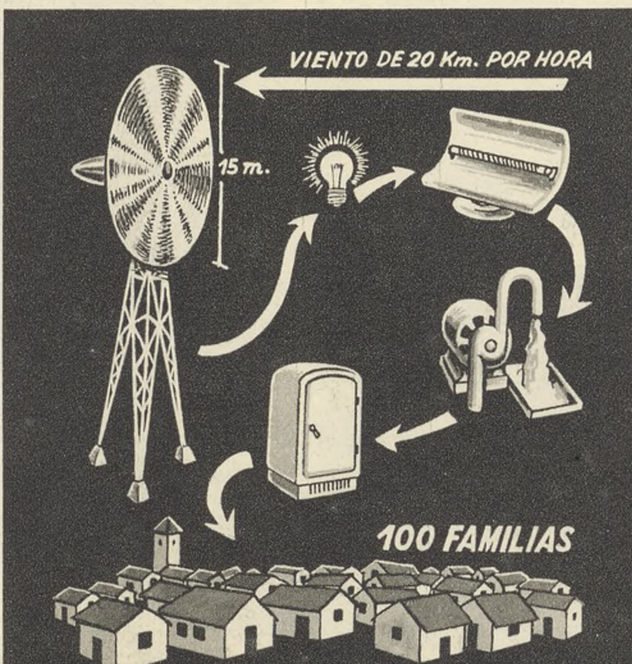
La diferencia de temperatura entre las distintas capas y zonas de la atmósfera origina los vientos, es decir, que la energía del viento es en sí misma derivada de una pequeña parte de la energía solar. En su totalidad, esta fuerza resulta enorme. Si pudiéramos adueñarnos solamente de una pequeña parte de ella, la cantidad de energía obtenida excedería a toda la que se produce hoy del carbón. Pero hay un obstáculo en esta empresa, y es que el viento, como el sol, es irregular y depende del tiempo. No obstante, esta dificultad será superada, y a ello tienden los estudios que se realizan continuamente, siendo tanta su importancia, que en este año la Unesco organizará en la India un coloquio internacional de los problemas de la energía solar y de la energía del viento.



El viento, desde los tiempos más antiguos, ha servido al hombre incansablemente. En los molinos de Holanda y de la Mancha; en los de las granjas, para bombear agua; en la navegación a vela, en las cometas y en los aviones, la energía eólica continúa hoy sus servicios.



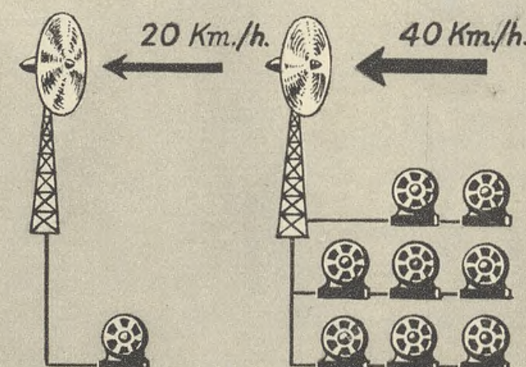
Pettersen, director del Departamento Meteorológico del M. I. T., basándose en datos estadísticos meteorológicos, ha deducido que hay cincuenta lugares privilegiados en el mundo para la explotación eólica en gran escala. El rayado del mapa señala las zonas más favorables. En España se están estudiando los Pirineos catalanes, las costas gallegas y, además, las tres zonas del Estrecho, Guadarrama y Canarias.



E. W. Golding, de la Asociación de Investigación Eléctrica de Inglaterra, ha calculado que un molino de viento con un aparato giratorio de 15 metros de diámetro, en un viento de 20 kilómetros por hora, puede producir una corriente eléctrica de 55 kilovatios, lo que quiere decir que, como una bombilla corriente de luz eléctrica funciona con 40 ó 100 vatios, el aerogenerador puede suministrar suficiente electricidad para 1.000 luces, o, lo que es lo mismo, bastaría para cubrir las necesidades de fuerza eléctrica de una comunidad de cien familias, incluyendo la calefacción, pequeños motores y un sistema de refrigeración.

Muchas veces los vientos que soplan en los lugares elevados, cumbres y colinas, son más veloces que los vientos que soplan en las tierras circundantes, aumentando así el rendimiento de los aerogeneradores, aun cuando se complique entonces el transporte de la energía eléctrica a los centros de consumición. Los mejores sitios se encuentran en las cimas de las colinas más altas y redondas. No ocurre lo mismo con las cimas abruptas, donde las irregularidades del terreno hacen variar la marcha del viento.





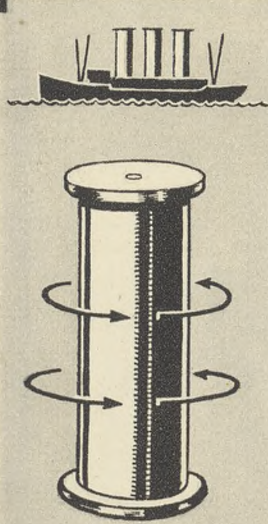
Para los vientos de velocidad reducida se utilizan aspas más largas que para los vientos de gran velocidad. El objeto es captar la mayor cantidad de este elemento y aumentar la potencia. La producción de energía de un molino de viento es proporcional a la velocidad del viento elevada al cubo, o sea, que el doble de la velocidad del viento ha de producir ocho veces más energía.



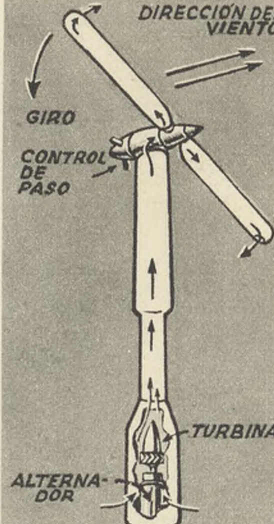
Entre los aparatos utilizados para captar la energía del viento los hay de diferentes tipos. Este es el molinete ordinario; de poco rendimiento, y se viene utilizando principalmente para la elevación de agua.



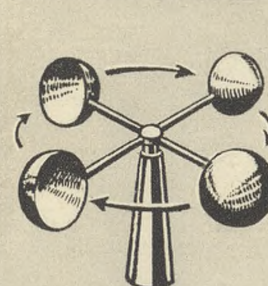
El molinete con palas aerodinámicas es análogo al anterior; pero el haber asimilado todos los perfeccionamientos de las hélices de avión le da un rendimiento mucho más elevado.



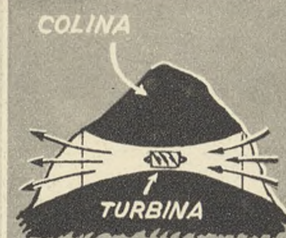
Los rotores Fletner, con los que se intentó hace años propulsar los barcos, no han dado hasta ahora rendimientos suficientes en este su nuevo cometido.



En el «eolinne à dépression», de Andreau, el viento, al mover las palas huecas, centrifuga el aire de su interior, produciendo una corriente ascendente en el tubo que acciona a la turbina.



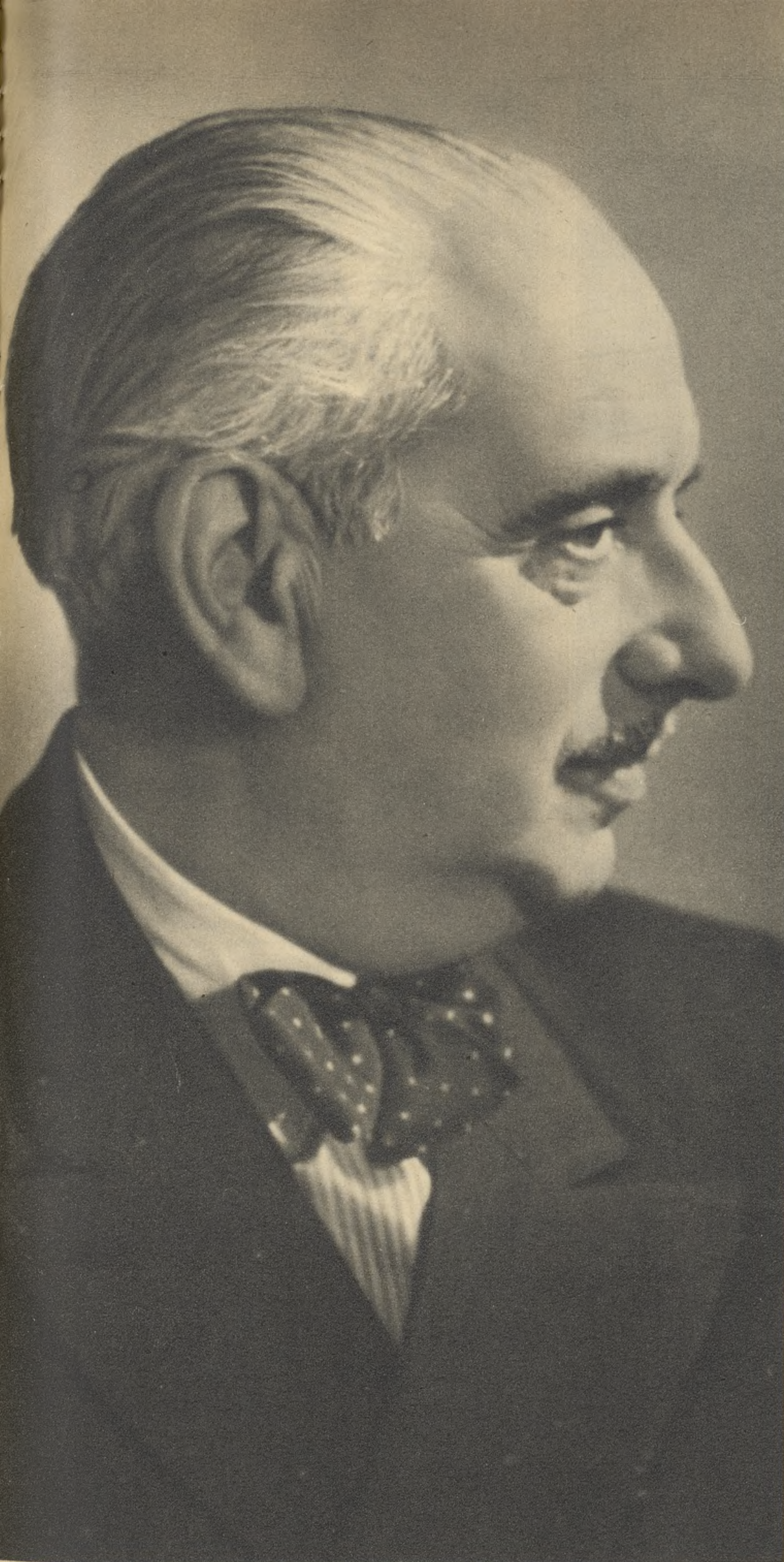
Los pan-anémonos son los aparatos que pueden utilizar el viento que sople en cualquier dirección sin necesidad de mecanismo o de algún timón adicional.



Un reciente proyecto italiano consiste en perforar una colina en la dirección de los vientos propicios para poder instalar una turbina en su interior.

¡ATENCION, INVENTORES!

Confidencialmente comunicamos que la Comisión Nacional de Energía Eólica española convocará próximamente un concurso para premiar con importantes cantidades a los inventores que presenten los aparatos de mayor rendimiento al captar la energía del viento.



JOSE MARIA PEMAN

Decir José María Pemán supone proclamar en un nombre todo un entero y mantenido concepto de la mejor hispanidad, de las más limpias y claras letras que mantienen la lengua española, de la mejor tallada hombría de bien. Si es mejor orador que articulista, si sus dramas superan a sus versos, si sus humanidades aventajan a sus «gracias», son diarios problemas que suscitan a diario los jugosos comentarios de sus seguidores. José María Pemán se diría que, poseedor de un talismán de cien facetas, se ha visto obligado a deslumbrarnos cada día con una luz. Sus éxitos literarios, tanto minoritarios como populares, se miden sin interrupciones. Una brillante carrera teatral le ha llevado desde aquel inolvidable suceso que fué el estreno de *El divino impaciente* hasta las extraordinarias versiones que hoy ha dado a los mitos de *Edipo* y *Antígona*. Su palabra académica, su verso fácil y personalísimo, sus crónicas llenas de actualidad, intención y «ángel», sus estudios, sus discursos, son una lección permanente, siempre renovada, siempre crecida por la pluma y el verbo de este andaluz que, entre ciencia y donaire, ha conseguido que su nombre tenga dimensión universal.

E. CABALLERO CALDERON

Este trotamundos de las tierras hispánicas, rastreador de todos los caminos hollados por Rocinantes australes, remacha la castellanía de su primer apellido con el limpio golpe de bigornia de su segundo, lleno de resonancias, y con una obra que, cuando no está impregnada de la dramática teología calderoniana, es porque ha nacido de un elemental sentido caballeresco. Secretario de la Embajada de su país en Lima, completó luego, con el nombramiento de encargado de Negocios en Madrid, las dos dimensiones del nuevo ser del hombre de América en la coordenada del ancestro incaico y de la sangre fecundadora de España. Corresponsal viajero de la prensa de su país en casi todas las tierras de nuestra habla, académico, ensayista, novelador de problemas americanos, Eduardo Caballero Calderón ensarta cada día al rosario de su obra la nueva cuenta de un libro fecundo. *Tipacoque; Suramérica, tierra del hombre; Breviario del Quijote, El Cristo de espaldas*, son otros tantos jalones de su peregrinar misionero por las letras castellanas, levantando puentes sobre las fronteras y contribuyendo a formar la verdadera conciencia de la patria de todos.

PEDRO RODRIGUEZ

La Moda en Madrid

Por LUIS G. DE CANDAMO

DESDE hace varios años la sensibilidad femenina comienza a experimentar cierto hastío por esa enorme maquinaria, tan perfectamente dirigida y administrada, que constituye la alta costura francesa. París, que no es tan frívolo como parece, suele utilizar el espejuelo de la *nonchalance* y la bohemia para atiborrar su granero con previsión de hormiguita. Desde los propios círculos del Gobierno se procura alternar esas magníficas jugadas de propaganda de la moda con las que cada temporada pretende electrizarse a las damas de todo el mundo y allegar esas famosas divisas capaces de reponer la escuálida economía europea de su aguda avitaminosis. Así, cuando en 1945, acabada la guerra mundial, convino a la industria francesa forzar la producción de tejidos, se encargó Dior de concebir una línea de gran consumo por medio de la falda larga de amplio vuelo; más tarde, Fath puso en boga el uso del algodón, y en sucesivas temporadas trató de ejercerse, por medio de golpes de propaganda, el interés de todo el mundo hacia la costura parisiense. Entre los trucos cabe señalar el extraño *affaire* del robo de joyas de la Schiaparelli, la famosa fiesta, no exenta de escándalo, que celebró Jacques F. Fath, en su delicioso *château* de Corbeville, bajo el nombre de «Carnaval en Río», y el *bluff* de la guerra de faldas, proclamado por Christian Dior en la última colección de invierno. Hace pocos días, en un cóctel que daba mi amigo el joyero Guy Mellerio en su casa de la rue de la Paix, me contó una persona, relacionada con el ambiente íntimo de la alta costura, que la famosa falda corta de Dior fué


ASUNCION BASTIDA


ASUNCION BASTIDA


PEDRO RODRIGUEZ

ASUNCION BASTIDA

una cuestión de casualidad motivada por un cambio de maniquí. Parece ser que una de las muchachas que debían pasar la colección, atraída por las tentadoras ofertas americanas, como antes lo fueron Bettina, Silvia y otras famosísimas modelos, abandonó la casa de Christian y hubo que endosar los trajes preparados para ella a otra chica más alta. Tal vez haya en esto algo de cierto, aunque no deja de ser extraño que Dior pasase en esa misma colección muchos modelos de falda larga. Pero, en el fondo de toda esta cuestión, lo cierto es que la moda francesa va perdiendo vigor y carácter, posiblemente por su exceso de internacionalización y de avidez pecuniaria. Las grandes casas de París están en manos de creadores de todos los países, muchos de los cuales son precisamente españoles. No puede olvidarse la influencia de los españoles en la estética moderna, sobre todo en la pintura, cuyos efectos renovadores se traducen forzosamente a todas las manifestaciones creadoras. El español posee, sin duda, un especial sentido de vigencia expresiva para el siglo que vivimos, pues no es posible atribuir al azar el hecho de que toda la admirada teoría del arte de vanguardia descanse en los moldes estéticos de nombres españoles, tales como Picasso, Juan Gris y Dalí, por no citar más que los que han actuado en el clima supranacional. En Francia han alcanzado también inusitada fama muchos nombres españoles que se han pasado a la costura parisiense; algunos, definitiva-


CARUNCHO


CARUNCHO

CARUNCHO


PEDRO RODRIGUEZ


PEDRO RODRIGUEZ

mente, mientras otros se mantienen a caballo sobre los Pirineos; pero lo que comienza a preocupar es el interés que experimentan las más elevadas esferas de la sociedad femenina de todo el mundo por las grandes firmas españolas, cuya personalidad ofrece cada día mayor atractivo. Este interés se revela claramente por las visitas a España de compradores norteamericanos, ante los cuales los costureros españoles organizan adelantos en la exhibición de colecciones. Estos días ha venido a Madrid el conde Rasponi, una de las personas más interesadas en lanzar la alta costura española en Nueva York. Pedro Rodríguez, Asunción Bastida, Pertegaz y otros presentaron con este motivo las colecciones de primavera y verano. Pedro Rodríguez nos ha sorprendido con una línea completamente nueva, que denomina «herradura» e imprime un movimiento suave y redondo desde el busto hacia las caderas. Según la explicación que su propio creador hace de la colección, «esta línea presta un nuevo impulso al talle. Sin llegar a estrechar el cuerpo, modela la figura y la hace destacar, subrayando, pero no exagerando la línea básica. Las mangas grandes, que aparecen con mucha frecuencia, son una traducción del estilo de las damas salmantinas del siglo XVII. Los abrigos y trajes sastre nacen de los hombros, como si fueran las alas de una mariposa, mientras los cuellos tienen una tendencia a lo triangular y ovalado. Se encuentran muy pocos botones y en su lugar descubrimos una gran variedad de lazos *(Pasa a la pág. 57.)*

GIBRALTARES HISPANICOS

La Hispanidad es una ruta de Imperio detenida por mil Gibraltares», decía «Un conquistador del siglo xx» en su *Carta a la reina Isabel la Católica, perenne en el recuerdo*. El mundo hispánico, en su marcha hacia la plenitud histórica, se encuentra detenido por una cadena de dominaciones extrañas, que le ciñe los lomos como un cilicio de incomodidad que va desde la Antártida hasta el Caribe.

La doctrina Monroe se detuvo en España y Portugal. No parece muy decidida la política americana a continuar la obra con Inglaterra, Francia, Holanda y Dinamarca. Los Gibraltares continúan en pie, como un desafío a la voluntad de soberanía hispanoamericana. A pesar de la constitución, en la Conferencia de Bogotá, de la Comisión Interamericana de Territorios Dependientes; a pesar de sus deliberaciones posteriores en La Habana, a pesar de la X Conferencia de Caracas.

La voluntad de reivindicación, que es unánime en el pueblo iberoamericano, debe llevar en su interior alguna quebradura oficial que la invalida para una solución definitiva. La presencia de la isla borinqueña, «zona oscura», inquietud en la conciencia de los herederos de los Libertadores, habla de una evidente desarmonía entre las proclamas conmemorativas y la acción real. Los Estados Unidos temen una acción decidida en contra de las colonias europeas en América, porque ello conduciría al análisis de la situación en Puerto Rico y de las islas Vírgenes.

La voluntad anticolonialista americana, firme en el lado popular iberoamericano, se rompe en el lado norteamericano. Ese desequilibrio, aprovechado hábilmente por la Gran Bretaña, mantiene en pie, en tierra hermana del Nuevo Continente, banderas de indignidad, de sometimiento, de humillación, con el mismo ondear cínico que se alza en el Gibraltar nuestro. Por esas heridas, por ese rosario de llagas abiertas, se vierte el mismo dolor, el mismo río de sangre que nos une.

BELICE

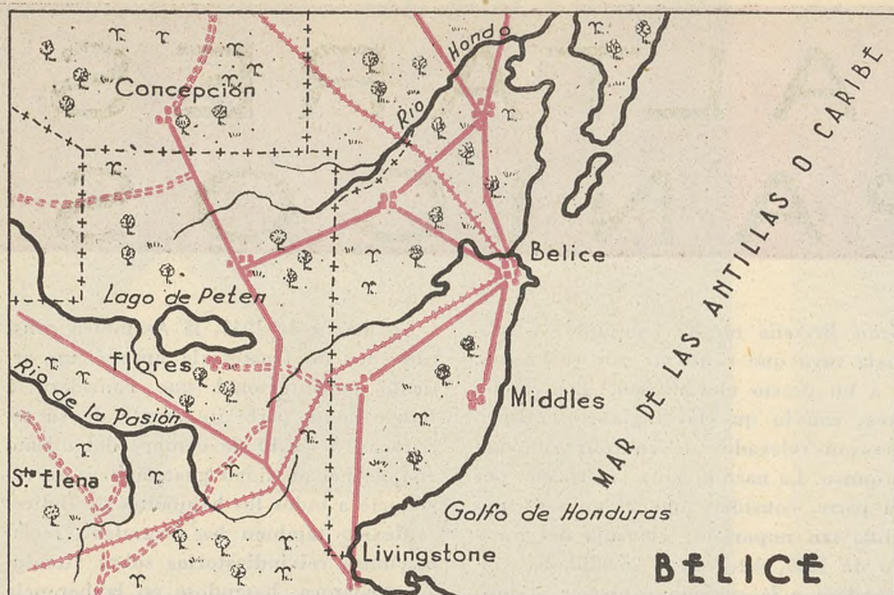
Belice—Honduras Británica para los ingleses—, situada en América Central, tiene una extensión de 21.535 kilómetros cuadrados. Los británicos aparecen en este territorio en 1638. Inglaterra obtiene de España un permiso para que sus colonos puedan cortar palos de tinte y campeche. La concesión es simplemente de utilización y no se cede la soberanía, como se confirma en los tratados hispanobritánicos de Versalles, de 3 de octubre de 1783, y de Londres, de 14 de julio de 1786. Pronto los usufructuarios desbordan los límites que se les habían concedido, continuando ininterrumpidamente su avance. Con la independencia centroamericana, Guatemala considera que por herencia le corresponde la soberanía sobre el territorio de Belice. Sin embargo, el 30 de abril de 1859, Gran Bretaña y Guatemala firmaron un tratado de fijación de límites, que impuso a la segunda una pérdida de 22.000 kilómetros cuadrados. Ello a pesar de que por el tratado Clayton-Bulwer, de 19 de abril de 1950, suscrito por norteamericanos e ingleses, quedaba vedado a estos últimos toda adquisición de territorios en la América Central.

Guatemala reclama hoy el territorio de Belice, fundándose en que el tratado de 1859 establecía, como compensación a la cesión territorial y al reconocimiento de la soberanía inglesa, que Inglaterra construiría una carretera de salida al Atlántico, vital para los intereses guatemaltecos; compensación con la que Gran Bretaña no ha cumplido. Guatemala tuvo que construir por su cuenta, y a un precio elevadísimo, una vía férrea, con lo que los ingleses se consideraron relevados de cumplir su compromiso. La nación centroamericana, por su parte, considera que al no ser cumplida tan importante cláusula del tratado de 1859, éste queda invalidado, volviéndose a la situación anterior al mismo: a la plena soberanía guatemalteca sobre Belice, heredada de España.

En marzo de 1945, la Asamblea constituyente de Guatemala aprobó un artículo constitucional que considera a Belice como parte integrante de su territorio. Y el 10 de octubre del mismo año, la nacionalidad guatemalteca se reconoció a todos los habitantes de Belice.

México también ha formulado reclamaciones reivindicatorias sobre Honduras Británica, basándose en la herencia española de la antigua capitanía del Yucatán.





ISLAS DEL CARIBE

Las islas del Caribe sometidas aún a dominación europea pertenecen a Inglaterra, Francia y Holanda, y abarcan una enorme extensión de vital interés estratégico.

Por parte británica se encuentran seis divisiones administrativas: Bahamas —30 islas, 660 islotes y 2.400 escollos, rocas y cayos—, Jamaica y dependencias —Jamaica e islas Caimán, Turcos, Caicos, Cayo Pedro y Cayo Morán—, Trinidad y Tobago, islas de Sotavento—Antigua y dependencias, San Cristóbal y dependencias, islas Vírgenes y Montserrat—, islas de Barlovento—Dominica, Santa Lucía, San Vicente y Granada— y Barbadas. Todas estas islas fueron descubiertas por España, la mayoría en los viajes de Colón—una de las Bahamas fué la tierra americana que primero apareció ante sus ojos—, y muchas de ellas se colonizaron más tarde, aunque no fueron densamente pobladas. Posteriormente, el empuje de la piratería y de los imperios rivales desalojó de ellas a España, ocupada en más amplias empresas continentales.



Por parte francesa se encuentran las islas Martinica y Guadalupe, con sus dependencias: María Galante, las Santas, Desirades, San Bartolomé y parte de San Martín.

Por parte holandesa se encuentran las islas Curaçao, Aruba, Bonaire, parte de San Martín, San Eustaquio y Saba.

Las islas francesas y holandesas corrieron la misma evolución histórica de las inglesas. Hoy, desde varios países de la región del Caribe son reivindicadas, basándose en la completa insuficiencia de ellas para automantenerse. La incapacidad para un mínimo grado de independencia—tal vez con la única excepción de Jamaica—muestra que la salida de la absorción por naciones ya constituídas es la única posible cuando el dominio europeo cese.

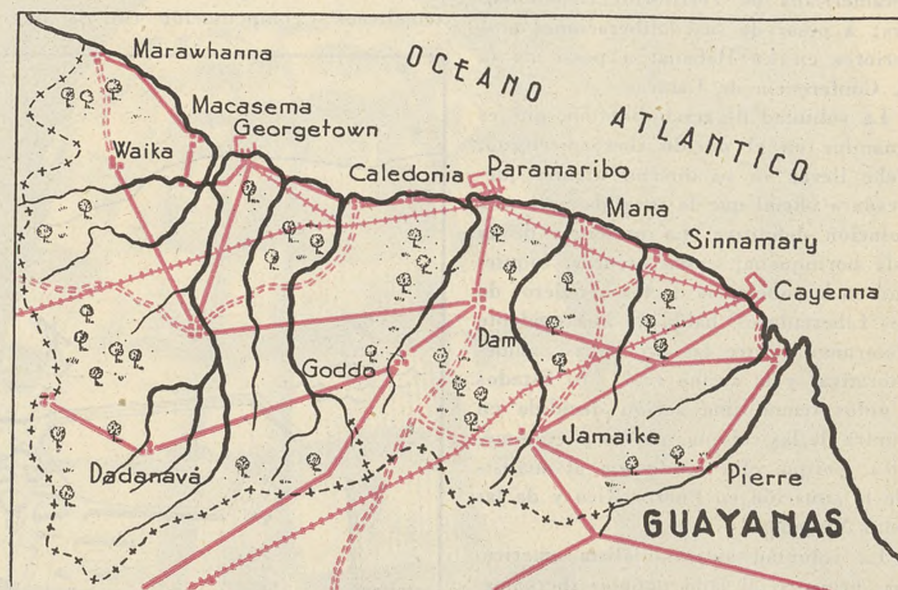
Para evitar esta evidencia, Gran Bretaña propicia la federación de sus colonias del Caribe. El proyecto, aprobado en principio en una reunión celebrada en Londres en abril de 1953, no contó con la aquiescencia de Belice y de la Guayana, manteniéndose también al margen las Bahamas.

GUAYANAS

Las tres Guayanas ocupan una gran extensión en la parte norte de América del Sur. Inglaterra posee 231.000 kilómetros cuadrados; Holanda, 173.000, y Francia, 91.000. En total, 495.000 kilómetros cuadrados, aproximadamente la extensión de España.

Brasil y Venezuela son los reivindicadores de estos territorios. En los últimos tiempos, quien más ha insistido en este punto ha sido Venezuela, atacando el descarado avance que a expensas de su propio territorio ha ido haciendo la Gran Bretaña.

Recientemente, sobre todo después de los incidentes del pasado año en la zona inglesa, ha surgido un movimiento federativo con objeto de reunir en una sola entidad política independiente las actuales tres Guayanas. El proyecto abarca una primera etapa, de consecución de la independencia por presiones americanas sobre las metrópolis; una segunda etapa, de proclamación de los Estados Unidos de Guayana, bajo la tutela de la Organización de Estados Americanos durante cinco años, y una tercera etapa, de plena independencia.



MALVINAS Y ANTARTIDA

Las islas Malvinas, situadas frente a la costa argentina, fueron descubiertas por el capitán español Esteban Gómez, de la flota de Magallanes, y aparecen en un mapa de Diego Rivera, en 1526, con el nombre de Sansón. En 1690 desembarca en ellas el capitán John Strong, inglés, denominándolas «islas Falkland». En 1767 toma posesión el gobernador español, capitán de navío Felipe Ruiz Puente. Al llegar la independencia argentina, las islas Malvinas se encontraban bajo la plena soberanía española, desde luego después de muchos incidentes provocados por la ocupación temporal de algunos puntos por los ingleses que fundaron Fuerte Egmont. La Argentina toma posesión de las islas al constituirse en nación independiente, hasta que en 1833 los ingleses vuelven a ocuparlas por la fuerza.

La Argentina no ha cesado nunca de reivindicar las Malvinas, basando sus derechos en la herencia española y en su situación dentro de la plataforma territorial del país.

La Argentina, en unión de Chile, también se encuentra en litigio con Inglaterra en aquella región por sus intereses en la Antártida, una porción de la cual reclaman las dos naciones sudamericanas—manteniendo en ella una serie de bases y de instalaciones—, debido a su vecindad geográfica, prolongación natural de ese extremo del continente. Además, ha sido la Argentina la primera nación que ha destacado instalaciones importantes en forma ininterrumpida en estas regiones, fundamentalmente en las islas Orcadas del Sur.

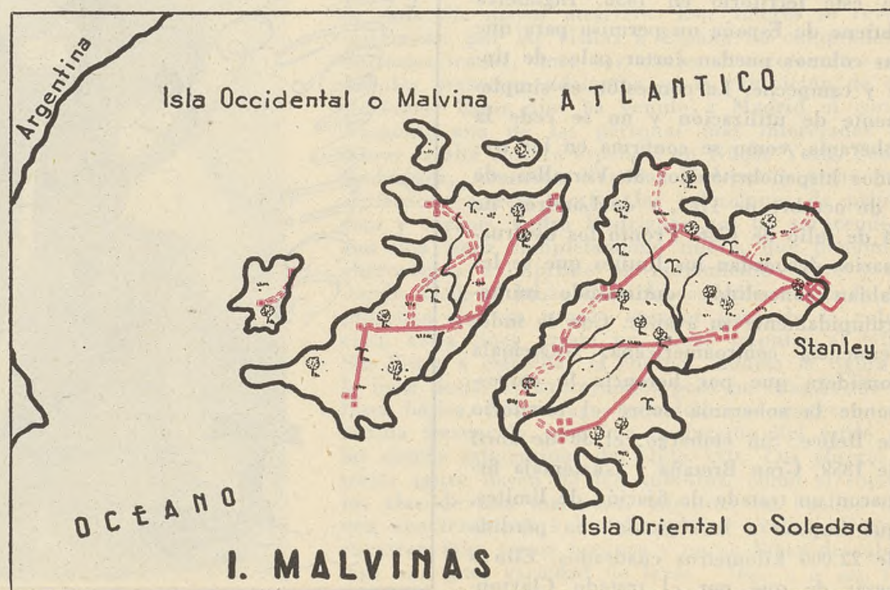
OTRAS POSESIONES

Europa mantiene aún otras posesiones aparte de las enumeradas, que llegan hasta el extremo norte. Inglaterra posee Terranova, Labrador y las islas Bermudas. Francia detenta San Pedro y Miquelón. Dinamarca posee el territorio de Groenlandia.

Este es el collar colonial que Europa tiene aún puesto al continente americano. Colonial, porque no se justifica la presencia actual, como se justificó la antigua, por una misión civilizadora, sino, exclusivamente, por razones económicas y militares.

España, que soporta en su carne la herida permanente de Gibraltar, comprende como ninguna otra nación el dolor americano ante esa cadena de Gibraltares.

J. L. R.



NOVEDADES DE EDICIONES CULTURA HISPANICA

Aspectos de la Europa actual.—25 pesetas.

Martín Cereré (Colección La Encina y el Mar).—Ricardo Cassiano, traducción de Emilia Bernal; 50 pesetas.

Las Constituciones de la República Argentina (Colección Constituciones de Hispanoamérica).—Faustino J. Legon y Samuel W. Medrano; 100 pesetas.

El mito de la democracia (Colección Hombres e Ideas).—José A. Palacios; 65 pesetas.

Esquemas económicos de Hispanoamérica (Colección Estudios Económicos).—Francisco Sobrados Martín y Elíseo Fernández Centeno; 40 pesetas.

Delincuencia política internacional (Colección Actas de Congresos Iberoamericanos).—25 pesetas.

El pensamiento de J. E. Rodó (Colección Hombres e Ideas).—Glicerio Albarrán Puente; 100 pesetas.

Las Constituciones de Puerto Rico.-Manuel Fraga Iribarne; 100 pesetas.

Ciudad y yo. Premio Ministerio de Educación del Uruguay (Colección La Encina y el Mar).—Blanca Terra Viera; 25 pesetas.

Sobre la Universidad hispánica (Colección Santo y Seña).—P. Laín Entralgo; 20 pesetas.

Mariño y la independencia de Venezuela (Colección Historia y Geografía).—C. Parra Pérez; 180 pesetas.

Código del trabajo del indígena americano (Colección Santo y Seña).—A. Rumeu de Armas; 25 pesetas.

Dignidades nobiliarias en Cuba (Colección Historia y Geografía).—Rafael Nieto Cortadellas; 100 pesetas.

Las Constituciones del Perú (Colección Constituciones de Hispanoamérica).—J. Pareja y Paz Soldán; 150 pesetas.

Azul, celeste y blanca (Génesis de la bandera argentina).—Ricardo A. Herren; 25 pesetas.

CORREO de VLTRAMAR

Por CARLOS LACALLE

Y EL MUNDO SIGUE ANDANDO...

54 Año Mariano, experiencias atómicas, guerra en Indochina, conflictos de Francia e Inglaterra con los países de ultramar, inquietud política en Egipto, Conferencias de Berlín, Caracas y Ginebra, defensa contra la expansión soviética, que estimula la hostilidad asiática contra el resto del mundo: todo esto va dando el perfil de 1954. La historia no se repite, pero conviene hacer memoria sobre lo que ocurría en 1854. Lo que hace cien años preocupaba a nuestros abuelos nos parecerá, a la vez, muy próximo y muy remoto.

RELIGION Y CIENCIA

En 1854, el mundo recibía con júbilo la bula *Ineffabilis*, en la cual Su Santidad Pío IX proclamaba el dogma de la Inmaculada Concepción. Se advertía en el espíritu de la Iglesia la definición de la infalibilidad pontificia, reconocida en el Concilio Vaticano de 1870.

Berthelot enunciaba los principios de la termoquímica y los trabajos de Sainte-Claire-Deville daban como resultado el aislamiento del aluminio.

GUERRA DE CRIMEA

La custodia de los Santos Lugares, el afán de Napoleón III por romper con la cautelosa política exterior de Luis Felipe y la antipatía del zar Nicolás al emperador francés, están en el origen de la guerra de Crimea, declarada el 27 de marzo de 1854 a Rusia por Francia e Inglaterra, que se alían a Turquía. Austria firma una alianza defensiva con Prusia y es autorizada por Turquía para ocupar los principados rumanos y envía un ultimátum a Rusia. En Viena se acuerdan entre Francia e Inglaterra los «cuatro puntos» que condicionarán la paz con Rusia. Los aliados desembarcan en El Pireo y luego en Crimea. Sitio de Sebastopol y derrotas rusas en las batallas de Alma, Balaklava e Inkermann. Las enfermeras de guerra, organizadas por Florencia Hightingale, hacen su primera aparición. Se suscribe una alianza ofensiva y defensiva entre Austria, Francia e Inglaterra.

AFRICA Y ASIA

En Egipto, Mohamed Said toma medidas para suprimir la esclavitud, abandona la propiedad estatal de la tierra, termina con los monopolios, reorganiza la administración al modo europeo y contrae el primer empréstito con Inglaterra, por tres millones de libras esterlinas.

En Indochina, el emperador Tu Duc continúa la persecución de los cristianos.

Inglaterra suscribe la Convención de Bloemfontein y reconoce la independencia de Orange.

El Japón abre sus puertas a los extranjeros por el Tratado de Kanagawa, suscrito por los Estados Unidos con el *shogun*, al cual consideran, equivocadamente, el emperador. Un tratado semejante se formaliza con Inglaterra, pese a la oposición del emperador, que encabeza el movimiento antiextranjero. Los holandeses ayudan a los japoneses a establecer las bases para su futura marina.

En China, la rebelión de los Taiping derrota a los manchúes y en Shanghai se inicia la inspección extranjera de aduanas.

En Bombay se instala la primera hilandería de algodón.

ESTADOS UNIDOS

Los Estados Unidos quieren comprar a Cuba y dan instrucciones a sus representantes acreditados en Madrid, Londres y París para que se reunan en Ostende, donde redactan un manifiesto expresando que si España se negaba a vender a Cuba, los estadounidenses se sentirían justificados a capturar la isla por la fuerza.

Con el objeto de preparar el camino para el ferrocarril al Pacífico, se aprueba la ley Kansas-Nebraska, que anula el compromiso Misuri (1820), abre a la colonización el territorio de Nebraska y lo divide en dos territorios: Nebraska y Kansas. Coincidiendo con la guerra por «Kansas sangrante», nace el Partido Republicano y el llamado «No sepa nada», este último como protesta por lo de Kansas.

ESPAÑA

En el mes de julio el Gobierno es derribado por una revolución dirigida por Espartero y O'Donnell. Los «moderados» del primero y los «progresistas» del segundo dan lugar a la creación de un partido con programa intermedio, la Unión Liberal. Las Cortes aprueban una ley confiscando las tierras de la Iglesia e Isabel II amenaza con abdicar.

"SIERVO SIN TIERRA"

EDUARDO Caballero Calderón acaba de publicar su última novela, «Siervo sin tierra». Los hombres de letras y los críticos se han de ocupar extensamente de este libro con conocimiento y autoridad. Yo no pretendo más que enviar mis comentarios de lector corriente, de hombre americano que se siente feliz por el hallazgo de una lectura que le ha impresionado, le ha enseñado y le ha dejado un sabor de verdad y de belleza.

He estado con Siervo Joya. Me he quedado con él desde que lo encontré al borde del cañón de Chicamocha hasta que se quedó en el aprisco, estirado en el suelo y con cuatro velas en los cabos. En las pocas horas que se necesitan para leer algo más de doscientas páginas he vivido los años lentos pero estremecidos de un personaje real, con hermanos en todas las latitudes y altitudes de mi América. Todas mis defensas contra la lectura de novelas cayeron antes de la quinta página. Me he quedado con el alma desnuda y en ella ha entrado Siervo Joya con las botas en la mano haciéndome sentir su peso humano, el peso con que sus pies callosos oprimen la tierra apasionadamente anhelada. Tierra de un rincón colombiano, con vega enguijarrada y sedienta junto al río, quemada y fertilizada por pasiones y dolores elementales, que son los mismos de todas las tierras de los llanos, mesetas, pampas, quebrachales, montañas y selvas que forman el país y el paisaje americanos.

Siervo Joya, el hijo de Sierva Joya, la difunta, no va a poseer la tierra que busca agarrar como si fuera un pedazo de sus mismas entrañas que se le hubiera escapado por una herida que sólo le dejara intactos los tendones y los huesos. Siervo Joya, que sólo deletrea las ideas, no será dueño de la tierra suya; no lo fué su mama, ¡alma bendita!, que vivió cuando no había botines; no lo será de sus hijos, que volarán al cielo antes de haber espigado; ni lo será del primogénito que se perdió, gastando botas y haciendo fuego de todo lo que se levantaba y sostenía sobre la tierra.

No es conveniente que el hombre esté solo, y Caballero Calderón le ha dado a Siervo compañero para que juntos troten por el barranco que despelleja, suden sobre arriendo, esperen los golpes, sueñen con llamar «bosque» a los dos mirtos y el naranjito plantados entre el maizal, hagan nido sin estrellas y vayan de promeseros a pagar votos a Nuestra Señora de Chiquinquirá. Tránsito, mana Tránsito, también me ha hecho un hoyo en el alma con su bizquera, su barriga llena, sus pechos flácidos, su lealtad integral, sus hijos paridos con un solo lloro y enterrados sin una queja. El dolor es la razón de la vida de Tránsito, esposa y no hembra, en los años que fué mal casada y en la eternidad de bien casada. ¿Cuál es la última razón de la vida de Siervo? «No me averigüe la vida, mana Tránsito.» En estas siete palabras está entera toda la hombredad de nuestro criollo americano, que no tiene secretos frívolos, pero respeta el arcano de lo que es y lleva en su laberinto humano. Una única vez Siervo ha estado a punto de llorar. No en la cárcel, no cuando se muere su mama, no cuando le roban las cabras, no cuando rueda su hija Francelina, no cuando su hijo Sacramentico se fuga pródigo y sin más herencia que los zarcillos que roba a su madre. No llora cuando, despertado de un sueño amasado con «guarapo», encuentra su cuchillito clavado en el estómago de mano Anastasio, el de la Chorrera, godo, pero no de los peores. Siervo Joya está a punto de desgarrarse y descubrir su arcano cuando su partido es derrotado. Eso cuenta, es lo que cuenta, lo que lo suma todo: la tierra y la posibilidad de plantar tabaco, el dominio del agua esquiva, la madre y la mujer, los hijos y la fe, el poder ser mentado como persona, la integración en la sociedad, la partícula de consideración que pueden tenerle el vecino y el administrador y el patrón y el propio enemigo.

Siervo Joya, Siervo sin tierra y Tránsito sin tierra y al final sin Siervo, forman una unidad arquetipo de la vida americana, que Caballero Calderón ha sabido infundir de realidad, fundiéndola en un escenario tramado por la tierra y el aire y las ideas y la fe, montado con tan genial arquitectura, que parece colocado, como los símbolos, fuera del tiempo, pero que se planta firmemente en el hecho histórico, preciso y circundante que informa la actualidad.

El coro es rico y policromado. Desde el autocar—la «flota»—hasta «Emperador», el perro receloso y leal, pasando por figuras que en pocos trazos se dibujan enteras, como Don Ramírez, don Floro, Don Roso, los elementos secundarios del drama tienen tanta profundidad y volumen, que con sus fugaces apariciones van dando a la novela una altura trágica, cuya síntesis está puesta más en el alma que en la boca de Siervo: «¡Nadie sabe con la sed que otro vive!»

La novela que hoy circula en el mundo de habla española está, con pocas excepciones, carcomida por la imitación de fórmulas exóticas, válidas en su momento y lugar de origen, pero que se resienten de pesadez, desigualdad y artificio al ser trasladadas. En la novela hispanoamericana hay instantes de lucidez genial separados por largos períodos de decadencia. En estos períodos prospera un provincianismo, que se manifiesta o en la pura intención o en el intento fracasado por falta de pujanza y limpieza en el estilo o en ambas cosas unidas a la ausencia de una médula de veracidad humana y telúrica. Algunos autores, dueños de un poder genial de expresión y estilo, como Javier de Viana y Quiroga, no llegaron al aliento necesario para lograr la novela maestra. Si me refiero a estos dos escritores y no a otros maestros universales de nuestra novela, es por lo que entrañablemente tienen de común con Caballero Calderón en la exigente ternura para sus personajes y en la renuncia a todo lo que puede tentarlos de lo episódico y secundario, en homenaje al vigor de los elementos centrales.

«Siervo sin tierra» es para mí una gran novela, de una gran Hispanoamérica, escrita por un maestro del idioma, dictador de su propio estilo.

UNA ENCUESTA SOBRE «MI PAIS»

MI país...»: éste es el título común de esas hermosas canciones que todos llevamos en el corazón. Siempre estamos preparados para entonar su música, pero no cuidamos tanto de recordar su letra. Letra que está, seguramente, en unos pocos y fundamentales libros que cuentan la historia, la geografía, el arte, la literatura, las costumbres, la economía de cada uno de nuestros países. En todas nuestras actividades encontramos gente que se interesa por conocer a cada una de nuestras patrias a través de una bibliografía selecta. ¿Quiénes son los más indicados para hacer esa selección? Los ciudadanos de cada patria. Por estos motivos hemos preparado una encuesta, cuyos cuestionarios se enviarán a los suscriptores de MVNDO HISPANICO para que ellos colaboren a una selección correcta de las obras que permitan a los hispanoamericanos de otras patrias conocer la realidad de sus naciones hermanas. Es indudable que ahora tenemos motivos justos para quejarnos por la forma caprichosa con que los vecinos recitan o cantan las estrofas de «Mi país...». La encuesta preparada podrá servir para que cada uno contribuya a un mejor conocimiento de su país, de «Mi país...»

Un ecuatoriano en España y «El Español en el Ecuador»

HUMBERTO Toscano Mateus es ecuatoriano, filólogo y periodista. Luego de peregrinar por la geografía lingüística de su patria, vino a España como becario del Instituto de Cultura Hispánica. Ha vivido cuatro años en el «Guadalupe», donde sus grandes valores personales y su espíritu ático han dejado huella en el estilo guadalupano. Integró la delegación de su país a la última Conferencia General de la Unesco y colabora en la Oficina de Educación Iberoamericana. Ahora regresa a la patria, después de culminar sus trabajos científicos en una obra de paciente y penosa investigación, bien documentada y llena de novedades, que es cabal compendio del habla ecuatoriana en cuanto a particularidades fonéticas, morfológicas y sintácticas. Este trabajo, consagratorio, mereció el premio de investigación del Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe y ha sido editado este año por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas con el título de «El Español en el Ecuador». El libro de Toscano, que continúa la línea brillante de los grandes filólogos hispanoamericanos, ha de ser precioso auxiliar para los profesores ecuatorianos e interesa a todos los que nos podemos guiar por él para encontrar las notables coincidencias del habla criolla de todos nuestros países.

Rodó, Menéndez y Pelayo y la Academia

CUANDO apareció el tomo IV de la «Antología de líricos americanos», preparada por don Marcelino Menéndez y Pelayo, bajo los auspicios de la Academia Española, Rodó escribió un comentario que vale por un ensayo crítico de la poesía americana, en el cual se lee: «... nos será permitido dirigir un aplauso y una protesta de gratitud, con los que interpretamos seguramente el sentimiento de América, al autor de la Antología, que viene a solemnizar y consumar la incorporación de la obra de sus poetas al común acervo de la lengua española. Los merece también, y no se los escatimamos por nuestra parte, la Academia, que ha tomado bajo sus auspicios esta empresa literaria, de positiva significación para el afianzamiento de nuestros pueblos con la metrópoli, que puede aspirar todavía a recuperar gran parte del influjo perdido, por errores y pecados comunes, en la dirección de su pensamiento y en la educación de su espíritu.»

VIAJE A LAS TIERRAS DE ADAN

MAS ALLA DEL RIO DE LAS MUERTES

IV

«ENAMORANDO» A LOS INDIOS.-JOTAS NAVARRAS EN LA SELVA.-LOS XAVANTES.-UN CORDON AL CUELLO COMO SALVOCONDUCTO.-FORMAS DE ANTROPOFAGIA.-EL HECHICERO.-DOLOROSAS MANERAS DE HACERSE HOMBRE

Por M. A. GARCIA VIÑOLAS

La selva no tiene sentido del humor; en esta naturaleza no participa la ironía. Un mínimo desvío adquiere aquí proporciones de catástrofe: salirse de un sendero, derramar el agua de una cantimplora, olvidar el abrelatas..., son accidentes que pueden conducir a la locura. Nada sonríe dentro de este paisaje. Nadie cruza esta tierra cantando. Y digo mal si hablo de tierra, porque aquí la tierra no existe, que una verde trama la sofoca; el planeta Tierra no se ha limpiado aún de su enredo vegetal y se debate con raíces de diez millones de años, en su génesis ardua. Siento nostalgia de Castilla, de los «campos de pan llevar», de todo paisaje hecho con tierra pura. Y comprendo que haya en el Amazonas tribus de indios geófagos, como los yumbos y los sípibos, que se comen la tierra.

La selva se obstina en no guardar memoria; nada señala en este paisaje el paso del tiempo; nadie deja huella por aquí. La rama que apartamos con la mano al pasar se incorpora en un tris apenas la soltamos y recupera su lugar con la obstinación de quien repara un agravio. Cuando el hombre avanza dentro de la selva tiene conciencia de que va quebrantando una ley; sus pasos se pronuncian con cautela. Y si el indio se mueve por la selva como el pez en el agua, porque su piel lampiña y fría lo asemeja más al cetáceo que al antílope, nosotros avanzamos por ella como buzos: somos invasores, gentes caídas de otro planeta, y algo hay de torpeza submarina en nuestros ademanes, en ese tantear, paso a paso, la floresta con un palpar de ciego.

La selva es un reino complejo, donde no habitan cuerpos diáfanos. La luz, la hoja, el ruido ..., son el fruto bastardo de una promiscuidad. Todas las cosas se contaminan unas de otras y pierden su contorno. ¿Quién podría dibujar la selva? Este paisaje no se conforma con la línea sutil del dibujo, que es aristocracia, y exige manchas de color, donde puedan tener lugar todas las fermentaciones de la pintura. Lo mejor que puede ofrecernos la selva es su lejanía...

Estas consideraciones me hacía yo en un *diario* de viaje por el Amazonas, cuando no pensaba que pudiera volver a la selva seis años después en busca de los indios xavantes. En aquel tiempo, este nombre tenía resonancias dramáticas: los xavantes eran indios de feroz estirpe, y obstinados en no dejarse sobornar por el hombre blanco, se mantenían en pie de guerra con él, desde más allá del río de las Muertes. Con harta frecuencia los diarios del Brasil publicaban, entre sus noticias más delicadas—una exposición de orquídeas o los caprichos inefables de un modisto francés—, el relato de atroces matanzas que los indios xavantes hacían en aquellos que se aventuraban a penetrar por su territorio. Estaba recién hecha la muerte de Genesio Pimentel Barbosa, que procuraba congraciarse con los xavantes dejándoles al alcance de la mano unos regalos sugestivos. Porque la catequesis del indio se hace por este sistema de golosina, que los brasileños llaman con el dulce nombre de *namoro*. «Enamorando» al indio con espejos y facas y collares, es como se lo llevan, seducido, al seno de la civilización. Cuando Pimentel Barbosa regresó al lugar donde había dejado su *namoro* para los xavantes, halló la réplica de unas frutas, que ellos le daban en troca. Era el año 1941. Pimentel y sus hombres comieron aquellas frutas con alegría de armisticio, como si mordiesen la paz. Pero las frutas estaban envenenadas, y aquellos hombres vieron cómo los indios se acumulaban sobre su agonía y les apuraban a mazazos la poca vida que les quedaba por envenenar.

Hasta el año 1946 no da tregua el xavante; sólo entonces se inicia el diálogo de paz. Como puesto de ojeo para recaudar indios, se levanta el poblado de Xavantina, a la orilla de un río que se llamaba Manso en otro tiempo y ahora se llama de las Muertes. Y en Xavantina estamos hoy, dispuestos a cruzar las aguas y llegar a las aldeas indígenas que acaban de tomar contacto con el hombre blanco. El capitán Apoena—los indios guerreros llaman «capitán» al cacique—nos conducirá mansamente hasta su tribu. Apoena es hombre viejo y no habla todavía una palabra de portugués; para matar el tiempo —estos indios tienen siempre que matar algo—, Apoena va comiéndose todo el pan que traíamos para el almuerzo. Sospecho que su redención se ha logrado a base de miga de pan. El capitanea un grupo de cien indios pacíficos, pero todavía quedan sueltos por la selva, a su antojo, más de cinco mil xavantes, que no miran con buenos ojos esta mansedumbre de Apoena. El peligro está latente y gravita sobre toda esta región. Y pese al esfuerzo colosal del Servicio para *namorar* a los xavantes, desaparecen de vez en cuando algunos *garimpeiros* o cazadores solitarios que se dejaron ir con exceso más allá del río de las Muertes.

Pero yo sospecho que le atribuímos al indio muchas víctimas que son de la selva, y damos por muertos de flecha a hombres que la selva diluye solapadamente, en complicidad con sus fuerzas ocultas de la fiera o el microbio. Algunos exploradores todavía tienen pendiente su certificado de defunción, como el francés Maufrais, al que anda buscando ahora, como alucinado, su propio padre entre las tribus salvajes del Amazonas. En busca del inglés Fawcett, «diluído» también, hace años, en esta selva del Brasil, llegó aquí el periodista americano Albert de Winton, que iba repartiendo entre los indios medallas con su efigie para que le valiesen como un rastro y le ayudasen a identificar más tarde su camino. Pero Albert de Winton no volvió. Alguien dijo que, enloquecido por la fiebre, se había suicidado con jugo de mandioca; otros le dieron por muerto de los indios kalapalo, que, hallándole agonizante, le ataron en una canoa y le dejaron ir, río abajo, hasta perderse en las corrientes del Alto Xingú. Hay muchas vidas disueltas en la selva, consumidas en el misterio, sin punto de sutura con la muerte; vidas que se perdieron hace años en la floresta y que sólo perduran como nebulosas en la esperanza familiar de que Fawcett, o Maufrais, o Albert de Winton pueden estar vivos todavía en el fondo de alguna tribu ignorada.

Por todas estas razones me conforta mucho en este viaje la compañía de un misionero español, el hermano Francisco Fernández Sánchez, coadjutor salesiano, que dejó sus tierras de Navarra hace medio siglo y no ha salido de la selva nunca más; hombre macizo, de buen temple, conserva esa robusta humanidad de los navarros y una garganta poderosa, que ha puesto a cantar jotas durante nuestro viaje con la misma fruición con que Apoena va comiéndose, pan con pan, nuestro almuerzo. Es conmovedor escuchar, en plena selva del Brasil, este repertorio arcaico de jotas que lleva dentro de su corazón el hermano Francisco; su voz hace vibrar la selva y nos da la impresión de que, sólo con su garganta, cantando jotas, este hombre ya podría avanzar por la floresta derribando árboles a gritos y poniendo en delirio a las serpientes.

Hallamos a medio camino unas *malocas* abandonadas. La propia vegetación las ha desbaratado, y parece como si un gigante hubiese andado por aquí descascando nueces. Estas *malocas* corresponden al último campamento de caza de los xavantes, que cada año eligen el puesto más propicio para sorprender con sus flechas al anta y al venado. De vez en cuando tropezamos con algún hormiguero gigante, que simula un castillo de arena. Estamos más allá del río de las Muertes, y este «más allá» no sólo significa un adverbio de lugar: vale decir que estamos en la linde del enigma, entregados a la sorpresa. Y así, cuando menos lo esperábamos, Apoena deja de comer pan y lanza un grito: hemos llegado al campamento de los xavantes.

No hay la menor señal de regocijo. Poco a poco, en una perezosa confianza, los indios van saliendo a relucir de sus *malocas*. Son indios graves y abominan de ese polvillo de la alegría que es el jolgorio. Su cuerpo es de color cetrino y no se distrae con pinturas ni adornos: es un desnudo íntegro, sin atenuantes. En estos cuerpos enjutos, la carne se circunscribe al hueso, sin derramarse nunca. Si aver le hallábamos al indio caraiá un parentesco mediterráneo, a estos xavantes hay que buscarles su gracia por Castilla; son tan silenciosos y parcos estos indios como aquéllos eran locuaces y golosos del vivir. Ningún enredo de la inteligencia ha disipado al xavante de su menester esencial: hacer la guerra. Ningún adorno distrae la eficacia de su arco o halaga la trayectoria de su flecha. Son indios serios, sin aliciente, que se mueven con majestad entre nosotros, guardando siempre las distancias. Hombres y mujeres llevan el pelo recortado sobre la frente y crecido a la espalda. Si alguno va pelado es en testimonio de un luto reciente. Los hombres se atraviesan el lóbulo de la oreja con un palito de madera blanda, equivalente al *tambetá* que los indios caraiás se introducen en el labio inferior. Es el amuleto para tener propicio al dios de la caza, despierto el oído, y por eso no lo usan las mujeres, que son ajenas a este menester. Ninguna otra complacencia llevan los xavantes colgada o pintada en el cuerpo, al que una violenta ramificación de arterias y de venas destacadas sobre la piel le presta analogía vegetal. Las chozas donde habitan son miserables: se diría que viven entre las ruinas de la selva. Y hay frente a cada choza un palo, donde la familia cuelga sus pertrechos, envueltos en cestos de palmera, a la intemperie.

No hallaréis aquí la menor complacencia por la vida. Goethe despreciaría a este pueblo por no haber sabido «crearse» necesidades. El xavante come crudos sus alimentos; ignora la sal. Cuando Apoena les entrega los regalos, recogen impasibles la ofrenda y se retiran a sus *malocas* a esconder el tributo. Quienes siguen de cerca a estos indios en su proceso de recuperación me dicen que nunca les vieron usar alguno de los objetos dados en prenda de amistad. Ni cuchillos ni fósforos ni espejos incorporan a su vida los xavantes. Nadie sabe dónde guardan estas cosas. Y hay quien piensa que los indios entierran como lisonjas muertas todos esos *namoros* que les da el hombre blanco.

Apoena nos ata al cuello *(Pasa a la página 61.)*

EL RENACIMIENTO ACAMPA EN LA SELVA

V

LA PRIMITIVA HERMOSURA.-ROMANTICA BODA DEL BLANCO Y LA INDIA.-UNAS CONCHAS QUE SIRVEN DE TIJERAS.-UNA CAMISA POR UN COLLAR DE UÑAS DE PANTERA.-CAROLINA, NOMBRE DE VARON.-LA MUERTE CON CUALQUIER PRETEXTO

VIAJE A LAS TIERRAS DE ADAN

El hallazgo de América fué la última sorpresa que le brotó al Renacimiento en su larga erupción de prodigios. Y sabe Dios si no murió del susto. Porque aquel logro de una tierra inédita donde prosperar la imaginación fué como si le estallase en las manos su artefacto de sueños.

El Renacimiento es una cultura de evasiones: se obstina en pintar la atmósfera y resucita el mito de Icaro. Si aplica sus ingenios a buscar la fórmula del vuelo es porque quiere hallar la salida de este mundo; si procura la «tierra de las especias» es porque necesita aderezarse los sentidos para que lo transporten a otro mundo mejor. Y es entonces cuando España, en estado de gracia sobrenatural, le abre al Renacimiento ese mundo nuevo donde pueda depositar sus gulas y cifrar todas aquellas elucubraciones que aturdían al siglo XV. La nueva tierra es el cuerpo tangible que hospedará a la imaginación en desvarío; es como la encarnación de un sueño, el prodigio de ver que la fábula toma cuerpo y se hace carne mortal y habita entre las realidades más antiguas del mundo. El hallazgo de América le da categoría humana a hipótesis que parecían delirio: el «hombre pájaro», que luego tienta el vuelo en los ingenios de Leonardo, estaba ya vestido de plumas, alado y ágil, en esta selva del Brasil. Si con una mano el Renacimiento había removido las ruinas del tiempo para rescatar el gesto mutilado de los dioses y salvar de su purgatorio el torso de un Apolo délfico, ahora podría acariciar con la otra mano el seno palpitante de una joven india que surgía, intacta y verdadera, de la selva virgen. Con esto se colma la parábola cultural del Renacimiento: el halago de los mármoles antiguos había servido como ensayo para ejercitar el tacto que ahora se colmaba sobre la carne viva.

América le ofrece así un deleite postrero a las cortes de la vieja Europa, que saben prolongar su apetito renacentista, como aquella de Catalina de Médicis, que, mediado el siglo XVI, se lleva a Francia doscientos indios tupinambás para que despabilen con su lozanía de habitantes del paraíso la caduca pupila de un reino. Los hombres que descubren América ya traían despiertos los sentidos por las ágiles brisas del Renacimiento. Su golosa mirada, densa como el tacto, va palpando la hermosura de aquellos seres inéditos sorprendidos en su Edad de Piedra y que *muestran sus vergüenzas sin avergonzarse*, al decir de Pero Vaz Caminha. Este hombre viaja en la flota de Pedro Alvares Cabral y es quien redacta la partida de nacimiento del Brasil con estas noticias: «Andavan entre los indios tres o cuatro mozas muy nuevas y muy gentiles, de cabellos cumplidos y vergüenzas tan altas y cerradas, que no se turbaban de *as muito bem olhar.*» «Mucho y bien mirada» fué la hermosura de América, pero no con pupila concupiscente, sino con deleite platónico, más al ojo del Renacimiento. Ya Cristóbal Colón descubre en su primera ojeada sobre este nuevo mundo que los indios son *«gente bien dispuesta y de hermosa estatura. En estas islas*—dice el Almirante—*no he hallado hombres monstruos como muchos pensaban, mas antes es toda gente de muy lindo acatamiento».* Almeida Prado, en su libro *Primeros pobladores del Brasil*, recoge varias alusiones entusiasmadas: Crocio estaba convencido de que los indios eran descendientes de los antiguos germanos, que Tácito admiraba; Brebeuf compara los discursos de los caciques con los de Tito Livio; Ives d'Evreux cita a todos sus autores favoritos para mostrarles la inocencia de los tupinambás, que andaban desnudos y exhibían una plástica tan hermosa, *«que hubiera merecido la complacencia de Pittacus y de Crates el Filósofo»*; y el padre Lejeune se fué más lejos todavía al proclamar que le parecía ver sobre los hombros de los indios las cabezas de Augusto, de Pompeyo y de César. Es que América pone en delirio a los últimos sibaritas del Renacimiento, que aspiran a «recrear» con barro de esta nueva tierra al hombre nuevo; y el soplo retardado que pretende inflamarlo de vida es un suspiro de Rousseau.

Pero este monumento a Adán proyecta su sombra: Paracelso, en 1520, todavía se niega a incluir al indio en el género humano. Y aquel recelo se ha prolongado hasta nuestros días, porque la propia legislación brasileña limita las facultades cívicas del indio y reduce su condición humana a la de un protegido en estado de infancia permanente. Las leyes del Brasil *tutelan* al indígena con tal rigor, que le prohiben al hombre blanco cualquier trato amoroso con las indias. Yo he conocido la única excepción: a mi lado viaja esta mañana en el avión que nos lleva al río Coluene el hombre que ha logrado casar con una india kalapalo, provocando así la historia de amor más escandalosa que el Brasil ha conocido en nuestros días. Es un funcionario del Servicio de Protección, el señor Ayres da Câmara Cunha, y hoy viaja con nosotros desde Xavantina para encontrarse con su esposa, la india Diacuí, que ahora vive como huésped en su tribu. Las bodas, celebradas en Río hace nueve meses, fueron el acontecimiento popular del año, y el idilio de Ayres y Diacuí pasó a la categoría histórica de aquellos otros amores conjugados por Romeo y Julieta o por Paolo y Francesca de Rimini. A lo largo de tres horas de vuelo, Ayres me da noticia de los indios que son ya sus parientes y me habla con entusiasmo de Diacuí, su «Flor de los campos», sin sospechar que, pocos días más tarde, la india moriría al dar a luz una hija suya, clausurando así una historia de amor que ya corre, con triste melodía, en coplas y romances por el pueblo.

Esta tribu de los kalapalo todavía no está «contaminada» de civilización, pero ha perdido ya todos sus recelos frente al hombre blanco. Nos reciben con alegría, y en su efusión hacen alardes que llegan a producir cosquillas, porque los kalapalo sienten una sana curiosidad por conocer todos los detalles del cuerpo que los visita y no se privan de registrarlo minuciosamente. Estos indios sacan a relucir su lozanía sin artificio alguno; equidistan del ascetismo del xavante y de las sensualidades en que se disuelve la vida el caraiá. Se atavía con plumas, que las mujeres trabajan con esmero conventual para adornar a sus esposos. Los hombres se recortan el pelo manejando unas conchas que recogen del río, pues desconocen la tijera; todos ellos van tonsurados. Esta complacencia por la tonsura que manifiestan varias tribus del Brasil ha dado mucho que pensar a los etnólogos. Ya en 1557 el alemán Hans Staden nos da la singular noticia: *«Los hombres tienen una calva en la cabeza con un círculo de pelo a su alrededor, como los frailes. Les pregunté con frecuencia de dónde tomaron esa moda y ellos me dijeron que sus antepasados la habían visto en un hombre llamado Meire Rumane, que había realizado muchos milagros entre ellos, y se supone que ese hombre fué un profeta o uno de los apóstoles.»* De aquí y de otros vestigios fabulosos nació la teoría de que Santo Tomás había visitado el Brasil quince siglos antes que topase con él Pedro Alvares Cabral, y en el nordeste brasileño hay una piedra con huellas de pies humanos, que, según la tradición popular, eran los pies del apóstol. Este privilegio de hallar aún en vigor costumbres como esa de llevar tonsura, que hace cuatrocientos años sorprendían a los primeros descubridores de América; esto de poder asombrarnos también nosotros con el mismo gesto peculiar que a ellos les asombraba, porque los indios no han movido un ápice su línea cultural en cuatro siglos y todavía nos ofrecen los mismos gestos y las mismas actitudes que le ofrecían a Colón y a Américo Vespucio, no deja de tener su encanto.

Las *malocas* donde habitan los kalapalo son espaciosas y limpias. Recuerdan nuestros graneros. Estos indios duermen en redes; la de la mujer está siempre situada más baja que la del hombre, porque es ella quien cuida, durante la noche, de que no se apague el fuego que abriga el reposo del indio mientras duerme. Salgo a recorrer el poblado. Unas mujeres amasan tortas de mandioca; al ver que nos acercamos a contemplar su amasijo sonríen con una sonrisa tan tenue, que apenas se advierte en sus efectos de hechizarnos blandamente la voluntad. Bajamos hasta el río. Un indio corpulento anda siguiéndome los pasos. Es porque pretende mi camisa en troca de un collar de uñas de pantera que lleva puesto. Ya le di a entender que aplazaba el trato hasta la hora de embarcar, pero el indio desconfía de que pueda escapársele su presa y no se aparta de mí; de vez en cuando agarra la camisa y sonríe como para recordarme su empeño. Comprendo que es preferible darle ya la camisa. Y se la doy. Me quedo desangelado, aterido, como están en la iconografía del purgatorio esas ánimas que los ángeles no acaban nunca de sacar del fuego porque son ánimas despeinadas y a las que todavía les falta mucho por cocer. El indio se viste la camisa y se transforma instantáneamente en un espectáculo inmoral. Ahora quiere saber mi nombre. Es unánime esta obsesión del indio por identificar al prójimo. Lo primero que preguntan es cómo nos llamamos.

—Manuel—le digo.

—Manuel, Manuel...

Y pronuncia el nombre una y otra vez con delectación, como sacándole todo su jugo a cada letra.

—Y tú, ¿cómo te llamas?—le pregunto.

—Carolina.

Le hago saber que no me parece oportuno que se llame Carolina un hombre tan corpulento como él, pero me explica que de todos los nombres que han traído aquí los misioneros para bautizar a los indios ese de Carolina es el que más le gustó y por eso se lo ha quedado para sí. Lo veo tan sólido en su virilidad, tan aplomado y macizo, que comprendo cómo, en ciertos casos, un hombre puede llamarse impunemente Carolina e incluso darle a ese nombre una densidad inusitada, que lo hace tan robusto como el de Carlomagno.

Me dicen que estos indios kalapalo mataron a Fawcett, que mataron a Robert de Winton, que eliminan a sus propios hijos con cualquier pretexto: el de haber soñado con monstruos la madre, el de no haber tenido el padre fortuna en la caza, el de caer enfermo algún pariente durante el parto de la criatura... Y, a pesar de todo, estos indios kalapalo nos ofrecen un paisaje humano tan sonriente y venturoso, que el viajero levantaría de buen grado su tienda junto a estas *malocas* del río Coluene, y radicaría por aquí su paraíso, y dejaría enroscarse a las serpientes en la antena de su radio, y le daría todas sus camisas al indio Carolina... a cambio de un puñado de ceniza que haya dejado por aquí el Renacimiento.

VIAJE A LAS TIERRAS DE ADAN

UN PARAISO QUE DA MIEDO

VI

LAS ALFARERAS SECUESTRADAS.-EL CUIDADO DE LA ESTIRPE.-EL MIEDO ANCESTRAL.-EL DEMONIO INDIGENA.-LA PESCA ENTRE CANCIONES.-PROHIBIDO SENTARSE.-DEPILATORIO CON CENIZA.-RACIMOS DE HIJOS.-CRONICA DE AYER Y DE HOY

SON tan hábiles alfareras estas indias uaurá, que los indios xicao secuestran todos los años dos o tres de ellas para que les hagan vasijas de barro. Y, una vez abastecidos, los xicao devuelven intactas las indias a su tribu. Este rapto periódico no implica ofensa para los uaurá, que se hacen cargo del derecho que asiste a los xicao de poseer algún cacharro bien hecho.

La región del Alto Xingú es como un suburbio de la selva; de aquí a doscientos días de camino estas aguas turbias, donde ahora se solazan unas doncellas trumaí, rendirán viaje en el Amazonas. El Xingú es tributario suyo y paga de mal grado este tributo arrastrando con mucho dengue su caudal. En esta región habitan numerosas tribus desalentadas, que se van extinguiendo mansamente porque se niegan a compartir su sangre con otras de mayor enjundia: la tribu de los suva se reduce hoy a seis indios, que viven como huéspedes de los cuicurú, pero sin mezclarse con ellos, y en testimonio de soberanía los seis indios suva abandonan todos los años el campamento de los cuicurú y permanecen unos días aislados en la selva para que no caduque la vigencia de su tribu. De los custenaví sólo quedan en pie dos ejemplares, madre e hijo, que se amparan en los indios uaurá; son el acabóse de una raza que, al cabo de dos mil años de vida, se atrofia sin dejar una huella ni sugerir un epitafio. Así van desapareciendo esas tribus del Alto Xingú, que se diluyen en la selva mansamente atacadas por una tribu más audaz o por un microbio.

El Brasil no cuenta con aportaciones indígenas de relieve en su formación cultural. Todos los esfuerzos que se han hecho para darle valor a la contribución del indio en la sustancia brasileña carecen de fundamento. El indio que le ha correspondido al Brasil se mueve dentro de una órbita reducida, como un insecto que se refugia en un grano de polvo con miedo de la inmensidad que le rodea. Es una víctima del espacio. Y en miles de años no ha logrado romper aún la cáscara primitiva donde se ha clausurado en su primitivo sopor. Esas artes menores de la pluma y del barro, que le divierten la pereza, pueden llegar a ser un aliciente folklórico pero no constituyen una cultura. Cuando se considere que estos indios fueron un día contemporáneos de los incas y de los mayas y se quedaron perplejos en su Edad de Piedra, insensibles a las tentaciones de la inteligencia, sin apetito que los llevase a descifrar un enigma o a provocar una cosecha o a edificar un templo, se comprende por qué estos indios sin calendario ni sal no tienen entrada en los laberintos celestiales de la cultura. Su encanto radica en esa gracia primitiva, intacta, que no ha sido contaminada por la malicia intelectual. Porque estos indios no se han formulado jamás una pregunta.

Acaso porque viven secuestrados por una hostil naturaleza, que les asalta con temores el ánimo. Si la cultura es el recreo, estos indios, que aun tienen su entendimiento enredado en la angustia forestal de la selva, no han tenido tiempo, en diez millones de años, para recrearse, para redimirse con una nueva creación de aquella naturaleza cósmica del hombre paleolítico, incapaz de perforar el tiempo con una idea. Porque son seres que viven en perpetuo temor, asustados de toda esa vida que los rodea, con miedo de la tempestad y de las crecidas voraces de los ríos y del asedio de las panteras y del veneno sigiloso de las cobras, de la plaga tenaz de los insectos y, sobre todo, temerosos del propio misterio del vivir. En cada tribu se advierte ese terror ancestral del indio, su recelo conmovedor ante las cosas. Estos hombres sienten pavor del universo, un miedo muy antiguo que les cohíbe la voluntad y les paraliza el ánimo. Por eso están llenas de pavor sus ceremonias y hay tantos gritos de lamentos en sus oficios sacerdotales; de aquí provienen los gestos angustiosos de sus danzas, su mímica infernal, para asustar a su propio miedo. No es la suya una mágica de alabanza a los dioses propicios, sino de gemidos y súplicas que aplaquen a los dioses terribles. El hechicero de la tribu no glorifica una divinidad, sino que expulsa y ahuyenta a un demonio; su poder es de defensa y de conjura. En unas *Relaciones de Marañón*, escritas en 1608, el padre Luiz Figueira nos habla de unos indios que, al despertarse cada día, tomaban como primera providencia el levantar sus manos al cielo para implorar del firmamento que no se desplomase sobre ellos durante la jornada. Esta es la imagen del estado permanente de angustia en que vive el hombre de la selva. Y sería prolijo enumerar aquí todos los monstruos que asoman su facha horrible en la mitología del indio brasileño para poblarle de sobresaltos la vida: ese *Jarupari*, el demonio indígena de que nos habla Guillermo Freyre, tiene sobrecogida, desde hace veinte mil años, la mirada del indio. Y sería por eso injusto hacerles ahora un reproche porque, al vernos llegar a su tribu, huyan de nosotros y se pierdan por la selva adentro en sus abismos vegetales.

Cuando llegamos al campamento de los indios camaiurá sólo hallamos en él a las mujeres. Los hombres salieron a pescar y no estarán de vuelta hasta que no cambie de postura la luna. La pesquería de los indios camaiurá no es un deporte, sino una matanza. Ellos salen a pescar para abastecerse y matan al pez sin paliativos de destreza. Con troncos de árbol hacen unas represas en el río y, metidos en el agua hasta la cintura, maceran la corteza de una planta trepadora, cuya sustancia alcaloide, diluída en el agua, aturde a los peces. Durante la noche, y al ritmo de una canción unánime, que les acompasa la faena—como los cantares de siega en Castilla—, los indios golpean la planta venenosa; luego, al amanecer, recogen a puñados su cosecha de peces muertos, que flotan sobre el agua.

No son frecuentes los viajeros en estas regiones del Alto Xingú. Y el indio se conserva en ellas más hermético, sin ofrecerle a la presencia del hombre blanco la insinuación de un gesto amigo ni hostil. Se diría que la naturaleza humana se hace insensible a estas alturas. Así hallamos, ajenas a nosotros, a estas indias camaiurá, que permanecen donde estaban, sin inmutarse, sentadas en grupo bajo un árbol. Sentadas a medias, porque los indios desconocen el valor etimológico de la palabra posesión como «posse sedere», facultad de poderse sentar sobre las cosas, y jamás toman asiento en la tierra: los hombres, como si temieran contaminarse de cosmos, permanecen en cuclillas, y las mujeres llegan a sentarse en el suelo, pero conservan una pierna recogida. Y así las vemos esta mañana, «semisentadas», bajo un árbol patriarcal.

Estas indias son de una belleza reposada, en estado de siesta placentera. Como todos los indios del Alto Xingú, se depilan con ceniza caliente y untan con la roja semilla del *urucún* su desnudez absoluta para saturarse la piel de una color bermeja que tiene la virtud de serle odiosa a los mosquitos. A estas mujeres les cuelgan hijos por todas partes; cada india es un racimo de maternidad. Y, por lo visto, la tribu camaiurá no tiene todavía la intención de desfallecer. Procuro congraciarme con una india a base de agasajar al hijo que lleva montado en sus anchas caderas; pero el niño se corresponde con el silencio de la madre y permanece insensible a mis halagos. Ni el guiño de un espejo que pongo en sus manos consigue conmoverle la expresión. ¿A qué aguardan estos niños para llorar? Y estas mujeres, ¿cómo irían a referirle luego a sus maridos nuestra visita y qué imagen les harán del hombre blanco que llegó volando a sus *malocas*? ¿Qué pensarán ellas de nuestra indumentaria, de nuestros gestos y actitudes? Porque a lo largo de la Historia nos ha importado muy poco saber lo que pensaba de nosotros el indio americano. Nos hemos limitado a registrar lo que nosotros pensábamos de él sin parar mientes en que la versión que el hombre primitivo podría darnos de nosotros mismos ofrecía un interés fabuloso. Sabemos que aquellos primeros hombres llegados a América fueron tomados por los indios como llovidos del cielo; eran los *caraibas*, partículas desprendidas de la divinidad. Fray Vicente de San Salvador así lo dice en el año 1600: «*Os tiveram por divinos e mais que homens. E assim chamavannos de caraibas, que quer dizer na sua lingua cousa divina.*» pero es difícil hallar alguna crónica minuciosa en que los indios, aquellos indios cultos capaces de escribir crónicas, dieran *su versión* de nosotros. Sólo he hallado en un libro de Ortega Ricaurte sobre el Amazonas la narración que un indio jíbaro hacía de una misa rezada por el padre misionero:

«Asistí muchas veces a los rezos y cantos que nos enseñaba, y vi entonces que nada comía ni bebía ni antes ni después de levantarse de la cama, sino vestía más bien tarachi blanco hermosamente bordado por las hijas de los cristianos, y poncho largo riquísimo, que a veces era blanco como el plumaje de la cigüeña, a veces rojo como el gallo de la peña y a veces verde y pintado como el del loro. Leía en un gran libro, alzaba sobre la cabeza un pan redondo más blanco que la yuca y se lo comía. Alzaba igualmente una copa grande de oro, linda y magnífica, que resplandecía con los rayos del sol mucho más que el brillante vientre de la cucuya, y en ella tomaba un licor semejante a chicha de chontaruro. Después el padre quedaba atontado, no miraba a nadie, no hablaba palabra, quitábase presto poncho y tarachi y caía de rodillas al suelo completamente borracho, apoyaba la cabeza, que no podía sostenerse por sí misma, sobre los brazos, precisamente a la manera que nosotros caemos borrachos y adormecidos cuando tomamos la natema. Después de gran rato volvía en sí, levantábase y pedía de comer...»

Yo me temo que las versiones que nosotros hacemos del indio se correspondan con ésta y suenen en sus oídos con tal gracia. Por eso me abstuve de dar en estas crónicas una «interpretación» del indio brasileño, y he limitado mi propósito a las noticias que recogí al pasar en un viaje de mayor ventura que aventura por estas cuatro tribus del Brasil. Son páginas que dedico al hombre perdido en el cosmos. Y Dios me valga para que sirvan ellas de capítulo en el estudio que algún día quiero dedicarle a este país, al que todavía hoy, conociéndole bien, amo más que conozco.

UN FABULOSO VUELO POR AMERICA

(Viene de la pág. 19) barco alguno y la costa queda a nuestra izquierda, a unas 50 millas. El sol comienza a iluminar el mar cada vez con más intensidad, «mientras la hélice canta la oración del espacio», según el verso de Cristina de Arteaga, que yo gustaba recordar. Empecé a sentir, cada vez más intensamente, nuestra soledad, pues recibía la sensación de que tierra y mar estaban como deshabitados, sensación derivada de la falta de comunicación con los demás seres humanos. Instintivamente elevaba mis ojos y mi alma al cielo, buscando en él la mano protectora que nos condujera hasta el término del viaje. Pronto divisamos a lo lejos, a estribor, entre cendales de nubes, la mancha blanquecina de San Luis del Senegal. Una hora después alcanzábamos Cabo Verde. El mar estaba salpicado de penachos blancos. Pasamos sobre la ciudad de Dakar a una altitud de 500 metros, para que puedan dar noticias de nuestro paso, y, sin vacilar, nos «zambullimos» decididamente en pleno océano, rumbo a Pernambuco, del que nos separan 3.185 km.

Muchas veces, repasando las notas de mi cuaderno de navegación, he buscado en ellas lo que no encontré nunca: mi constante impresión de habernos quedado solos sobre un planeta deshabitado. Y ahora me doy cuenta de que tal sensación se derivaba de la falta de un transmisor-receptor de radio que nos permitiera el diálogo con otros seres, pues en los vuelos que hoy se realizan, la constante comunicación radiotelegráfica y por fonía con numerosas estaciones puebla el aire de voces amigas, que, aunque invisibles, dan la sensación de caminar por rutas llenas de gente que habla y transmite sus cuitas oficiales o privadas incesantemente.

A las trece horas treinta minutos, nuestro recorrido era de 400 millas desde Dakar y llevábamos volando ya veinte horas. El motor seguía marchando con perfecta regularidad, y el avión, aligerado casi de la mitad de su carga de combustible, parecía correr por el espacio con más ligereza. Por mi parte, todavía no notaba cansancio, aunque sí el entumecimiento lógico de las piernas, por la inmovilidad a que nos condenaba lo reducido de nuestros puestos y el continuo trabajo de los cálculos sobre las rodillas, aunque la natural tensión de nervios me hacía olvidar esta gran incomodidad. Además, eran tantas las horas de vuelo que nos faltaban todavía, antes de alcanzar nuestra meta, que era mejor no pensar en ello. La constante visión del mar inacabable y de una línea de horizonte siempre inaccesible producía impaciencia y desasosiego. Ansiábamos ver algún signo vida sobre esta superficie infinita y desolada, pero seguíamos sin divisar barco alguno. Todavía contábamos con 1.880 litros de gasolina en los depósitos, lo que nos confirmaba las posibilidades de conseguir nuestro objetivo. Pero temíamos que los alisios dejaran de ayudarnos.

Y así fué, en efecto. Poco después de las catorce horas y media comenzaron grandes nimbos a llenar el cielo, hasta cubrirlo casi por completo. El mar adquirió tonalidades sombrías, de un verde grisáceo, hasta semejar una inmensa plancha de acero. Ante el temor de que se nos cerrase por completo este camino bajo el techo nuboso, decidimos remontarlo para volar sobre sus movedizas montañas; nos convenía mucho asegurarnos la visión de la bóveda celeste al comenzar la segunda noche para poder realizar las observaciones astronómicas con el sextante. El camino hasta alcanzar las blancas cumbres de las nubes duró varias horas, pues cada vez se elevaban más hacia el cielo. Nos encontrábamos en pleno *pot au noir*, con que los franceses designan esta faja ecuatorial atlántica, zona de calmas, en la que casi siempre se originan lluvias torrenciales, y que deseábamos evitar a toda costa, aunque en muchos momentos no pudimos eludir el meternos entre las barrancadas y desfiladeros de las nubes, que nos acosaban por todas partes. Así alcanzamos los 2.000 metros, altura que mantuvimos durante casi una hora y que nuevamente hubimos de superar para librarnos de nuevas avalanchas nubosas, hasta alcanzar cerca de los 2.300 metros. El sol estaba ya próximo al horizonte. Nos encontrábamos en medio del Atlántico, asombrados de haber llegado hasta aquí sin que el motor presentase síntomas de cansancio.

La noche había caído, y nuevamente masas informes de nubes parecieron cerrarnos el paso. Subimos otra vez hasta los 2.500 metros, y con ligeros descensos alternativos continuamos durante cuatro horas más a esta altura, hasta media noche, en que descendimos cerca de los 400 metros, porque ansiábamos divisar la costa, y estas últimas horas no se nos hacen ya interminables. Pero nada podemos ver... La noche está cerrada por todas partes. Volamos ahora metidos de lleno en las nubes. Llueve con fuerza, sin que veamos un boquete por donde escapar de esta masa de agua que viene del mar, del cielo. Navegamos sólo con la brújula y entre dos capas nubosas. En la superior, varias descargas eléctricas se suceden ante nuestra proa.

Durante hora y media trepamos de nuevo, siempre bajo el latigazo de la lluvia, hasta alcanzar los 3.000 metros, en busca de los faros celestes. Nos quedaban hasta la costa poco más de 300 millas en esa dirección, pero la escasa velocidad obtenida en las últimas horas, sin duda por vientos contrarios que me fué imposible medir, y el ansia de alcanzar la tierra firme lo antes posible, nos decidió a poner rumbo a Natal. Con él acortaríamos el tiempo para alcanzar el Brasil y evitábamos el peligro de continuar hacia Pernambuco, dada la turbulencia reinante, que abarcaba un área extraordinariamente grande. El sueño, además, si bien no había llegado a dominarnos por completo, trataba de apoderarse de nosotros.

Decidido por ambos el cambio de rumbo, Jiménez dejó que pilotara yo el avión, y se recostó sobre su asiento para descansar el tiempo indispensable. Yo estaba completamente seguro de mi nuevo rumbo, y hasta me pareció sentir que unas fuerzas ocultas, sobrenaturales—las de mi ángel tutelar—, dirigían las mías, manteniendo la brújula en la dirección elegida, de la que no me aparté ni un solo instante. Transcurrió una hora o quizá algo más, cuando de repente divisamos unas extrañas luces móviles en nuestra propia dirección. Pronto llegamos hacia ellas, siempre bajo la lluvia. Era un barco pequeño, sin duda de cabotaje, en el que, por la escasa altura a que volábamos, pudimos ver algunos hombres que corrían por la cubierta, tratando de hacer señales con faroles. El cielo estaba muy ennegrecido y la visibilidad era escasa; pero esto ya no podía importarnos; era una señal inequívoca de nuestra proximidad a tierra americana. Transcurrieron cuarenta o cincuenta minutos más, durante los cuales mantuve firmemente el rumbo que me había trazado. Y, por fin, taladrando el negro horizonte con mis ojos, descubrí unos destellos de luz que aparecían y desaparecían. ¡Era el faro de NATAL! Nos faltaban, pues, sólo ocho millas para alcanzar la costa. Llamé a Jiménez a gritos y le abandoné los mandos. Sentí una extraña sensación de lasitud inmensa, e instintivamente di gracias al cielo, que nos había guiado. Descendimos aún más para pasar por la ciudad de Natal a escasa altura y a fin de que percibieran nuestra arribada, que pronto comunicarían todas las radios de América. Jiménez metió los gases a fondo, con el fin de que el ruido del motor con toda su potencia fuera como la sirena anunciadora de nuestra llegada a puerto. Y seguimos hacia el sur, con la oscura mancha verdosa de la costa bajo nuestras plantas, que nos aseguraba ya el aterrizaje en cualquier momento. Eran las cinco y media de la madrugada. Acabábamos de lograr nuestro primer y fundamental objetivo: la unión directa de España con el continente americano. ¡Y seguiríamos volando hasta agotar la gasolina!

Corregí el rumbo para seguir desde aquí la ruta directa hasta Bahía, de la que nos separaban 874 kilómetros. Con la sensación de la tierra bajo nuestras plantas todo nos parecía fácil, y seguimos volando bajo, a 400 ó 500 metros de altura. Poco a poco, y dominado por la fatiga, rota la tensión nerviosa producida por las muchas horas de vuelo sobre el mar, sentí que el sueño me invadía y dejé a Jiménez que continuara solo la ruta hacia Bahía. Me despertó el sol, que asomaba por entre altos círculos, sobre los que volábamos. Seguíamos el mismo rumbo, y ya sólo preocupados de la distancia que se podría recorrer con la gasolina que nos quedaba en los depósitos, que marcaban unos 590 litros. Continuamos el vuelo llenos de fe, a la vez que con ansia irresistible de tocar tierra cuanto antes. Era ya muy acusado el dolor en las rodillas ante la inmovilidad a que habían estado sometidas tantas horas. Aunque durante bastante tiempo no vimos la costa, no tenía casi fuerzas para observaciones del sol con el sextante. Hicimos nuestro frugal desayuno, rociado con buenos sorbos de coñac, que nos reanimaron un tanto. Jiménez iba constantemente pendiente de la gasolina que nos quedaba, pues era preciso a toda costa asegurarnos el aterrizaje en aeródromo o campo que permitiera ejecutarlo sin peligro alguno para el avión, ya que el primordial objetivo, después de salvar el Atlántico, y batido o no el *record* de distancia, era la continuidad del viaje, con la visita proyectada a cada una de las repúblicas americanas fijadas en nuestro proyecto y que el Gobierno había aprobado. Este objetivo constituía, en cierto modo, nuestra principal obsesión después del vuelo sobre el océano, y a él supeditábamos todo lo demás.

El viaje estaba prácticamente terminado cuando llegaron a quedarnos en los depósitos menos de los 100 litros de gasolina. Esto nos decidió a aterrizar en el aeródromo de Cassamary, cerca de Bahía, que alcanzamos, aproximadamente, a la una de la tarde cuando ya sólo nos quedaban unos 50 litros de gasolina. Habíamos volado un número de horas superior al calculado, pero la enorme fuerza del viento contrario nos había restado mucha velocidad. Afortunadamente, la ciudad de Bahía y el aeródromo de Cassamary estaban despejados y bajo un sol tropical, aunque con aguaceros intermitentes. Nos dirigimos decididamente hacia el campo; allí, con la pericia habitual en Jiménez, se posó el *Jesús del Gran Poder* después de cuarenta y tres horas y cincuenta minutos de vuelo continuo desde el aeródromo de Tablada. Eran las trece horas veinticinco minutos—hora de Greenwich—del martes 26.

* * *

Después, recorrido triunfal de más de 15.000 kilómetros, cumplidos sin el menor contratiempo. Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Santiago... No puedo olvidar que en esta ciudad se nos concedió el alto honor de ser portadores del documento que ultimaba definitivamente la cuestión de Tacna y Arica, y que entregamos a nuestra llegada a la capital peruana. Con ello, nuestra misión de ser portadores del saludo y recuerdo de la patria al mayor número posible de lugares y gentes hispánicas tomaba aún una más honda significación. Valparaíso, Arica, Lima, Payta, Colón, Managua, Guatemala...; nuestro vuelo siguió recogiendo en todas partes el más entusiasta recibimiento. El día 17, finalmente, partíamos para La Habana, donde terminó el vuelo de saludo por la América hispana, la que «aun reza a Jesucristo y aun habla en español», como cantó el poeta de América, tras un recorrido de 22.000 kilómetros, realizado en ciento veintiuna horas de vuelo. Y aunque no se nos autorizó para continuar hasta Wáshington y Nueva York, ni para intentar, desde aquí, el regreso en vuelo directo hasta España, volvimos satisfechos, a bordo del *Almirante Cervera*, que zarpó el día 26 de mayo, con esa satisfacción interior que, para nosotros, militares, representaba el deber cumplido.

LA MODA EN MADRID

(Viene de la pág. 50.) **grandes y pequeños». Pedro Rodríguez ha traducido el típico bolero español a una nueva forma de pequeño chaquetón reversible que termina encima del cinturón. Los colores predominantes, además del blanco y el negro, son el rojo y el verde. Hay trajes que recuerdan el campo levantino; otros, de algodón negro, bordados con flores verdes y rojas, parecen haber brotado de un mágico jardín. En los trajes de noche Pedro Rodríguez ha acumulado el ambiente de las fiestas del sur; con magníficos bordados, que determinan jubilosas cascadas de color contra un sencillo fondo blanco y negro. Hay también algunos trajes cuya idea parte de los vestidos flamencos, con largas faldas de cola, cuerpo estrecho y cuello ovalado. Después de ver esta espléndida colección he charlado un momento con Pedro Rodríguez sobre la posible relación de la moda española con los países de Hispanoamérica. «Debido a los lazos tan estrechos que unen a España con aquellos países—me ha dicho—, la influencia mutua es considerable. Es un detalle muy expresivo el que una gran parte de nuestra clientela viene de Sudamérica. La gran ventaja de la costura española en comparación con la de todos los demás países creadores está en el nivel de los precios, que, simplemente, no admite competencia. Por razones intrínsecas de la economía nacional, ciertos trabajos, como especialmente los bordados, que han constituído siempre una de las características más típicas de la creación española, se pueden realizar a precios que se mueven dentro de los límites de lo asequible.»**

La colección de Asunción Bastida tiene un aire audaz, joven y moderno, que le presta un singular atractivo, muy estimado por los profesionales norteamericanos. Esta creadora española conoce América turística y comercialmente y ha logrado recientemente un acusado éxito en la Semana de la Moda de Santiago de Chile. Asunción me explica el entusiasmo que sus modelos producen en cuantos países se han presentado.

Los creadores españoles de alta costura son ya muchos y destacados internacionalmente. Pertegaz, Vargas, Marbel, son los nombres de algunas de estas firmas, cuyo estudio sería inacabable. Existe en Madrid otra figura de la alta costura que en pocos años va adquiriendo primerísimo relieve. Se trata de Enrique Caruncho, mantenedor de una creación de muy depurada elegancia y máxima sencillez. Sus trajes sastre son famosos ya incluso entre la más alta sociedad francesa. Su inteligentísimo punto de vista sobre el vigor y el porvenir de la costura española se basa en los valores tradicionales de la artesanía ibérica y también en el sentido selectivo y señorial propio de las esferas sociales más destacadas de este país, las cuales van colaborando directamente en la estética de la moda, como lo prueba la intervención en esta actividad del propio Caruncho. En su estudio no sólo se depuran y crean los modelos de gran estilo, sino que se completa el toque de gracia de la elegancia femenina con cuantos accesorios exige la alta costura. La simple visión de este panorama español revela la certeza de que el meridiano de la moda pasa por Madrid.

GIBRALTAR LLAVE DE ESPAÑA

(Viene de la pág. 15.) a la plaza para que se le rinda y para que le rinda a él, pleito homenaje.

Pero la ciudad estaba mal defendida; había en ella sólo quinientos soldados y seis mil y pico habitantes; Gibraltar resistió ocho horas de cañoneo. Su gobernador, un viejo capitán español, don Diego de Salinas, prefirió, para evitar una matanza horrenda entre la población civil, acogerse a los términos de la capitulación.

Para que tampoco exista la menor sombra de duda sobre lo que esta capitulación significó, he aquí el texto del artículo 5.° de la misma: *«A la ciudad, moradores y soldados y oficiales de ella que quieran quedarse, se les conceden los mismos privilegios que tenían en tiempos de Carlos II. La religión y todos los tribunales quedarán intactos y sin conmoción, supuesto que se haga el juramento de fidelidad a la Majestad de Carlos III como su legítimo señor y rey de las Españas.»*

El 4 de agosto de 1704 la ciudad de Gibraltar pasó, pues, a poder de quien se consideraba su legítimo dueño y señor, Carlos III de Austria.

Se ha dicho con reiteración por algunos historiadores que, sin embargo, el almirante Rooke discrepó del gesto de Landgrave y mandó izar su bandera en los baluartes de la fortaleza, diciendo que la ciudad se acogía al pabellón y soberanía de su reina Ana. Pero, en cambio, se han olvidado de un hecho importantísimo. La rendición de Gibraltar ocurrió el 4 de agosto de 1704; pues bien, en julio de 1705, un año después, en plena guerra de Sucesión todavía, ¿sabéis quién tomó posesión oficial de Gibraltar? El propio archiduque Carlos III de Austria, que pasaba a la sazón por allí con una flota angloholandesa, y bajó a hacerse cargo de la ciudad y fortaleza, haciéndolo como rey legítimo de España.

FRANCIA ENTREGA GIBRALTAR

Pero la guerra siguió sus avatares; ocurrieron una serie de contratiempos por uno y otro lado; Luis XIV fué derrotado en casi todas sus batallas de Flandes, y Felipe el Animoso seguía luchando con singular empeño por la causa de su trono en España. La guerra de Sucesión, que duró doce años largos, se precipitó a su fin por un hecho fortuito: la muerte del Emperador. Cuando la Gran Bretaña y sus aliados vieron que el empeño suyo, de evitar el predominio y la hegemonía en Europa de una dinastía, fuera la de Austria o la de Borbón, se iba de todas maneras a convertir en que la corona de Austria recayera sobre la misma persona, el archiduque Carlos, que iba a ser también rey de España, la Gran Bretaña se separó de la alianza, y en la gestación de esta separación tuvo una parte decisiva la corte de Versalles. Y aquí (otro de los aspectos que no se han tratado y se han investigado documentalmente a fondo) viene la gran sorpresa. De lo que yo he podido estudiar y conocer en los archivos españoles, el tratado de Utrecht, que se firma en 1713, se negocia directamente entre la corte de Versalles y la corte de la reina Ana, y es Luis XIV quien, a través de su primer ministro, el marqués de Torcy, sobrino del famoso Colbert, ofrece a Lord Bolingbroke, canciller de la reina Ana, la entrega de la plaza de Gibraltar, como uno de los alicientes para que se separe de la alianza del Emperador. Es decir, que la corte de Francia, a espaldas de España—y sin autorización de la corte de Madrid, sin que España, desde luego, tuviera ni voz ni voto en ello—, entrega Gibraltar en las negociaciones, para que la Gran Bretaña acuerde con Francia la paz que a Francia y a Inglaterra conviene.

EL TRATADO DE UTRECHT NO ENAJENA GIBRALTAR

Esta es la historia íntima, contada a grandes rasgos, de cómo se perdió Gibraltar. Pero queda por hacer un breve comentario a la forma en que esta pérdida o entrega se redactó. El tratado de Utrecht contiene una porción de cláusulas, tiene una porción de aspectos, el político, el dinástico, el económico, el mercantil. Y el artículo 10 del tratado de Utrecht es aquel del que parecen dimanar todos los derechos de la ocupación británica. Pues bien; *el artículo 10 del tratado de Utrecht dice terminantemente que España no enajena la jurisdicción territorial sobre el Peñón de Gibraltar.* Tan cierto es esto que digo, que en una memorable ocasión un político español, discutiendo con el embajador de la Gran Bretaña, que le preguntaba qué se podía hacer en el problema de Gibraltar, contestó: «Que se cumpla a la letra el tratado de Utrecht; no pedimos ni más ni menos.» Esto, que parece una paradoja, es absolutamente exacto. El párrafo del tratado de Utrecht dice así: *«El Rey Católico, por sí y por todos sus sucesores, cede por este tratado a la Corona de la Gran Bretaña la plena y entera propiedad de la ciudad y castillo de Gibraltar, juntamente con su puerto y las defensas y fortalezas que le pertenecen...; pero para evitar los abusos y fraudes que podía haber en la introducción de las mercaderías, quiere el Rey Católico, y supone que se entiende así, que la dicha propiedad se cede a la Gran Bretaña sin jurisdicción alguna territorial...»*

Muchos profesores de Derecho Internacional se han asomado a este sensacional texto, que yace olvidado en los archivos de las cancillerías; pero todos han convenido en que en una época en que se confundía frecuentemente soberanía y propiedad, la cesión de una propiedad *sin jurisdicción territorial* es simplemente el uso y el goce de aquella cosa que se ha cedido, es decir, que la posición legal de Inglaterra en Gibraltar era la del uso, el goce y el disfrute de la ciudad, del castillo y de las fortalezas. Ni la tierra, ni el suelo, ni el Peñón, ni toda la costa del lado Este se hallan incluídas en esta cesión. Ni un solo tratadista, político o diplomático inglés, ha podido jamás desmentir esta tesis, que es la estrictamente legal y verdadera.

Pero es más: esta limitación terminante que contiene la entrega de Gibraltar, que es pura y simplemente el uso de una cosa, tiene toda una serie de condiciones además:

Se cede, en efecto, dicha propiedad sin comunicación alguna abierta con la región circunvecina de parte de tierra.

Su Majestad británica consiente y conviene en que no se permita por motivo alguno que ni judíos ni moros habiten ni tengan domicilio en la ciudad de Gibraltar.

Consiente también la Reina de la Gran Bretaña que a los habitantes de la dicha ciudad de Gibraltar se les concederá el uso libre de la religión católica.

Si en algún tiempo a la Corona de la Gran Bretaña le pareciera conveniente dar, vender, enajenar, la propiedad de la ciudad, se dará a la Corona de España la primera opción para redimirla.

La Gran Bretaña se compromete asimismo a prohibir el contrabando desde la plaza a las costas españolas.

Esto es lo esencial del famoso artículo 10 del tratado de Utrecht, que una inconcebible actitud de inhibición española durante decenios ha podido hacer que sea desconocido de la opinión pública.

VIOLACION DEL TRATADO

El artículo 10 del tratado de Utrecht fué vulnerado unilateralmente, desde el mismo día en que se firmó, por la Gran Bretaña.

La Gran Bretaña llevó a cabo actos de soberanía cuando no tenía derecho alguno a realizarlos, porque era simplemente un ocupante usufructuario.

La Gran Bretaña hizo comunicaciones por la parte de tierra, y las tiene abiertas, y por ellas circulan al día más de 10.000 obreros españoles. La Gran Bretaña hace que residan todos los judíos y moros que deseen hacerlo en la ciudad de Gibraltar. Gibraltar es un permanente y conocido foco internacional de contrabando. La Gran Bretaña, finalmente, desde el primer día, puso todas las trabas imaginables al libre ejercicio de la religión católica por los moradores españoles que quedaron en ella.

Rota unilateralmente la Convención de Utrecht por uno de los firmantes, yo no tengo inconveniente en afirmar que para nosotros, españoles de 1954, el tratado de Utrecht, en su artículo 10, por violación unilateral de uno de los firmantes, es sencillamente un papel mojado.

Pero para que los argumentos se escuchen por los dos lados, hay que ver lo que en 1939 decía una prestigiosa autoridad de la política internacional británica, el publicista Mr. G. T. Garrat, en un libro que fué muy comentado en la época y que se titula *Gibraltar y el Mediterráneo*. Mr. Garrat escribe estas palabras: *«La base legal de nuestra ocupación de Gibraltar sigue siendo totalmente incierta y hay gran número de problemas que están sin resolver. Es costumbre en los textos y en los libros de historia basar el derecho inglés sobre Gibraltar en el artículo 10 del tratado de Utrecht; pero sería difícil justificar una ocupación tan larga solamente con la cláusula vaga y confusa que se refiere a dicha fortaleza. Por otra parte, en el siglo* XVIII *hay frecuentes guerras y disputas sobre la propiedad del Peñón. Sería más exacto, pues, decir que Inglaterra, en 1815, al terminar la guerra de Independencia española, posee Gibraltar por la fuerza de las armas frente a España. Este es nuestro único título legítimo. Fué un error y una lástima no haber aprovechado el Congreso de Viena para resolver definitiva y satisfactoriamente el derecho y la soberanía ingleses sobre Gibraltar, hoy en precario.»* Este texto está publicado en 1939.

Lo que ocurrió después del tratado de Utrecht no voy a historiarlo. Que el artículo 10 no está vigente porque uno de los firmantes lo ha violado unilateralmente es una opinión común, no solamente de España, sino, como veis, también en el Reino Unido, aunque, hasta la fecha, nadie la haya suscitado oficialmente.

UN GIBRALTAR FUERTE EN FUNCION DE UNA ESPAÑA DEBIL

Gibraltar inglés fué la primera base naval británica del Mediterráneo, fué el primer eslabón de la cadena imperial, fué el punto de apoyo desde el cual la Inglaterra imperial y luego la Inglaterra victoriana se extendió por el mar Mediterráneo; ocupó luego Malta, Chipre, Córcega, Corfú, las islas Jónicas, el canal de Suez, Egipto, y después de 1859 atravesó Suez y se instaló en Aden, hasta establecer el camino a la India, a Borneo, a Malasia, Hong-Kong y a sus dominios de Australia y de Nueva Zelanda. Pero como la geopolítica tiene sus leyes mecánicas, que arrastran fatalmente a quien las desconoce, ocurrió este hecho singular: la ocupación británica de Gibraltar obligó a la clase dirigente inglesa a hacer del sometimiento español, de la debilidad española, de la división interna de los españoles, un punto de apoyo fundamental de su política exterior. Si no hubiese habido el Gibraltar inglés, nuestra relación con la Gran Bretaña hubiese sido liquidada en 1815, después de nuestra común lucha contra Napoleón, en términos normalmente amistosos. *Porque existía un Gibraltar inglés, la clase dirigente de la Gran Bretaña se dió a pensar que un Gibraltar fuerte solamente lo era en función de una España débil*; que un punto de apoyo militar en la entrada del Mediterráneo sólo tenía valor si las costas de enfrente y las costas de alrededor, es decir, España y el norte de Marruecos, estaban desartilladas. Se dió a pensar que solamente una España dividida, que no tuviera fortaleza militar, ni unidad política, ni poder propio diplomático, podía ser necesaria y útil para el servicio del gran Imperio inglés, que se apoyaba en el Gibraltar británico.

Y esto que escribo aquí lo escribo con inmenso dolor. Porque la civilización occidental se haya hoy en trance de unidad necesaria y todo lo que sea perpetuar la discordia entre pueblos cristianos es un pecado de lesa civilización. Pero es un hecho cierto. Gibraltar empieza a ser una obsesión para los dirigentes de Londres cuando la artillería empieza a tener largo alcance, cuando se convencen de que la fortaleza es un reducto vulnerable, y entonces a todo lo largo del siglo XIX empiezan a surgir en el propio seno de la opinión pública inglesa unas tesis que apuntan a la necesidad de que España sea o un país débil y mal defendido o un país que dé garantías de indefensión. Y en 1899, cuando apenas hace un año habíamos perdido los últimos restos del Imperio en América y en Filipinas, creyó la política inglesa encontrar la oportunidad, y lord Lansdowne, el ministro de Asuntos Exteriores, dijo a nuestro representante que por qué no hacíamos un pacto en que nosotros garantizáramos a Inglaterra la indefensión perpetua de la Sierra Carbonera y el no artillado de las costas de Tarifa, y el no artillado de Ceuta, y el que fuéramos en ese sentido un país no neutral, sino neutralizado. Y esa actitud, esa presión, esa tremenda imposición inglesa fué tan brutal, que aun los más débiles, aun los más pusilánimes, aun los más mediocres de nuestros políticos de aquella época, la resistieron como pudieron.

CACERIAS INGLESAS DE OBSERVACION

El escritor francés René Pinaud escribió un libro que se titulaba *El Imperio británico y el Mediterráneo*, y en ese libro he encontrado esta frase, que reproduzco, porque realmente invita a la meditación y, si se quiere, un poco al regocijo. Dice así: «Los ingleses tienen en Gibraltar numerosos mulos y artillería de montaña que no necesitan para defender la fortaleza. ¿Para qué serán? Se destinan a planes operativos que están preparados desde hace largo tiempo. Su propósito es, en caso de dificultades con España, atacar por sorpresa a los alrededores, ocupar militarmente toda esa zona montañosa que rodea al Peñón y que se supone ha de hallarse totalmente indefendida por parte de España. Los oficiales y los jefes de la guarnición visitan con frecuencia, con pretextos de caza con su *Royal Calpe Hunt*, Algeciras, Tarifa, los vericuetos de Sierra Carbonera, etc.; en sus excursiones y alegres *pick-nicks* y en sus cacerías nunca se olvidan de la cámara fotográfica, del aparato de medida y del mapa detallado del terreno para controlar con certeza la inexistencia absoluta de defensas por parte de España.»

POSTURA INGLESA ANTE LA GUERRA DE ESPAÑA

En 1936 empieza la guerra española de Liberación. Inmediatamente salta la noticia a primera plana de los periódicos del mundo entero, por la trascendencia, no solamente española, sino europea y mundial del episodio. Y en ese momento, con rara unanimidad, se producen comentarios en Inglaterra, no sobre la guerra española, sino sobre de qué lado debía estar la simpatía de la opinión pública inglesa. Y diréis: la izquierda estaba del lado de los rojos; la derecha, del lado nacional. Pues bien; voy a repetir simplemente lo que entonces se publicó. Son cuatro opiniones, no cogidas al azar, sino cogidas intencionadamente, que confirman totalmente lo que os decía respecto a que el hecho del Gibraltar inglés obligaba a tomar una posición contraria a la grandeza y a la fortaleza de España. Mrs. Elisabeth Monroe, por ejemplo, escritora de política internacional, escribió entonces un libro importante que se llama *La política en el Mediterráneo*, publicado en Oxford en 1938. He aquí uno de sus textos: *«Durante generaciones la política de Inglaterra ha consistido en hacer de España una nación débil, manejable y neutral.»*

SE CUENTAN POR MILES LOS UNIVERSITARIOS DE PAISES HISPANICOS QUE CURSAN ESTUDIOS EN ESPAÑA

ES ALEGRE SERVIR A UNA CULTURA QUE POR TENER AUN ZONAS VIRGENES ENCIERRA LA PROMESA DE SER CADA DIA MAS FERTIL

(Texto íntegro del discurso pronunciado por el ministro de Asuntos Exteriores español, señor Martín Artajo, en la inauguración del nuevo Colegio Mayor «Nuestra Señora de Guadalupe»)

Señor: Como Presidente del Instituto de Cultura Hispánica, me cabe la satisfacción de ofreceros uno de sus frutos maduros, una de sus obras en marcha: este Colegio Mayor Hispanoamericano de Nuestra Señora de Guadalupe, que hoy, día de Santo Tomás de Aquino, fiesta del Estudiante, inaugura, bajo vuestra Presidencia, su sede definitiva y estable.

Este Colegio, señor, es obra vuestra. Porque es obra del régimen que encarnáis el Instituto de Cultura Hispánica, que lo funda, y lo son, en su fórmula moderna, estos centros ejemplares llamados Colegios Mayores, nueva realización que revitaliza lo que fué un tiempo el hogar universitario, donde se forjaron las generaciones que hicieron grande a nuestra Patria. El Colegio de Guadalupe es obra vuestra, porque es la confluencia feliz de vuestra acertada política educacional y de vuestra venturosa política americanista.

No es del caso encomiar las excelencias de los Colegios Mayores universitarios. Están a la vista; son de todos conocidos y empieza la sociedad española a beneficiarse de sus frutos. Son los Colegios Mayores el complemento de las aulas. A la instrucción, a la enseñanza, a la labor pedagógica y docente propiamente dicha, que emana de la cátedra universitaria, suman ellos, como complemento indispensable, la obra educativa, la tarea formadora, la que no tanto se dirige a nutrir el intelecto de los escolares como a modelar su corazón, a educar sus sentimientos, a disciplinar su voluntad. La vida religiosa, la educación artística, el cultivo de los deportes, la convivencia escolar, los afanes sociales de un Colegio, son el complemento precioso de la lección y el estudio. De aquí la extraordinaria importancia, la trascendencia grande, de esta política de fundación de Colegios Mayores. Porque el Colegio completa la personalidad, forma al hombre.

POLITICA AMERICANISTA

Es también esta Institución, que hoy se consolida, obra de vuestra acertada política americanista. Con toda razón, con toda justicia, habéis prestado preferente atención, entre vuestros empeños de política exterior, a la relación cultural con los pueblos hermanos, hijos, como la España actual, de aquella grande y fecunda España de nuestros comunes antepasados. Y era natural que recibieseis gozoso a sus juventudes a convivir con las nuestras, a fin de que se eduque en común lo mejor de las generaciones futuras de la Hispanidad.

Vuestra Excelencia, que abrió generosamente las puertas de la Universidad española a todos nuestros hermanos de estirpe de allende los mares, no conforme con otorgarles análogos derechos que los españoles a sus títulos y diplomas, quiso también abrirles las puertas de estos hogares académicos que son los Colegios Mayores, a fin de que suplieran con ellos de algún modo al que ellos sacrificaron al dejar su Patria propia para completar su educación en la Madre Patria.

Ellos, señor, lo habéis oído, os lo agradecen. Os lo agradecen a vos, y en vuestra persona—esto os gustará más todavía—se lo agradecen a nuestra España. Si a mí me permitís tomar la voz de vuestro Gobierno para corresponder a su gratitud con una palabra, esta palabra será de complacencia. Tengo que decirles a estos estudiantes, a los colegiales de hoy y a los colegiales de ayer, que han pasado por este Colegio durante siete cursos, que estamos satisfechos de su comportamiento, que estamos contentos de su correspondencia. Prueba de ello es que la empresa está lograda, porque el Colegio sin su cooperación hubiera sido imposible. Al inaugurar hoy la sede propia de este Colegio, entre estos muros nuevos viene a alojarse no un ente creado en el papel, sino una corporación viva y pujante, con un alma suya, con un espíritu propio, con un modo de ser peculiar, todo lo cual se cobija con un nombre, asimismo privativo, que tiene un significado exacto, bajo el patrocinio de la Madre de Dios en su advocación, tan española y tan americana, de Nuestra Señora de Guadalupe.

COLABORACION DE LOS GOBIERNOS HISPANOAMERICANOS

Los estudiantes—repito—merecen nuestros plácemes. Se han conducido bien, con disciplina, con estudio afanoso, con empeño. Como se están conduciendo ejemplarmente los antiguos colegiales al reintegrarse, ya diplomados, a sus Patrias de América. Ya lo habéis oído. En la corta relación de los que fueron ex colegiales figuran no sólo licenciados y doctores; los hay ya profesores, catedráticos, escritores, hombres de gobierno. Casi medio millar de ellos han salido ya de estas aulas, y ellos llevan en su corazón el amor a España.

Debo una palabra, también de gratitud, a los Gobiernos de estos países hermanos, tan dignamente representados en este acto inaugural por sus ilustres embajadores. Estos Gobiernos, señor, han colaborado eficacísimamente en nuestro empeño y en nuestra empresa. Todos, enviando lo mejor de sus universidades, la flor de su escolanía; algunos, cooperando en la fundación y dotación de becas; tres de ellos, reservando zonas de terrenos en esta propia Ciudad Universitaria para levantar en ellas Colegios propios para sus nacionales en convivencia con los estudiantes españoles.

Por último, señor, tengo que decir una palabra de insatisfacción respecto de nuestras ambiciones. Porque, con ser grande nuestra alegría al inaugurar una Institución como ésta, si miramos lo que queda por hacer, no podremos sentirnos satisfechos. Son doscientos, a lo más, los estudiantes hispanoamericanos que se alojarán en esta casa. Y, sin embargo, ¿sabéis, señoras y señores, que solamente de una de estas naciones, de Colombia, alcanza a más de quinientos la cifra de los estudiantes que se encuentran en España? ¿Sabéis que otros tantos son los puertorriqueños que viven con nosotros? ¿Sabéis que sólo de Panamá hay tantos escolares estudiando en Madrid como pudieran caber en el Guadalupe? ¿Sabéis que se cuentan, afortunadamente, por miles, ya casi por decenas de miles, los universitarios de países hispánicos que cursan sus estudios en las diversas universidades de España?

RESURGIR DE NUESTRA CULTURA

Comprenderéis por ello que no es posible resolver con un Colegio, ni siquiera abriendo las puertas de los demás, como están también generosamente abiertas a ellos, el problema de la afluencia creciente de escolares ultramarinos a nuestra Patria. De aquí nuestra insatisfacción y de aquí también nuestro propósito y nuestro compromiso de no descansar hasta que consigamos albergar en nuestros Colegios, digna y decorosamente, a cuantos hermanos de allende los mares quieran estudiar en cátedras españolas.

Tenemos conciencia de que ponemos con ellos los medios, los mejores, los más eficaces, para este noble empeño de unir en un haz apretado los esfuerzos para la obra cultural común de nuestros pueblos.

Escribía el sabio Ramón y Cajal a principios de siglo que de la cultura española, de la ciencia española, se podría decir todo menos que fuera decadente. Se podría pensar que no estaba a la sazón bastante desarrollada, que la investigación sufría de infantilismo; pero nunca que hubiera llegado a agotar su potencia creadora. Por eso pensaba con optimismo y alacridad en el mañana de nuestra cultura hispánica, pues lo triste es pertenecer a una generación en decadencia, como es alegre, en cambio, servir a una cultura que, por tener aún zonas vírgenes, encierra la promesa de ser cada día más fértil, cada vez más fecunda. El propio Ramón y Cajal estaba lejos de suponer que sus palabras eran un augurio profético. Porque, andando el tiempo, la investigación española—otra de las realizaciones egregias de nuestro régimen, de nuestro Caudillo—habría de encontrar la protección y el apoyo que ha encontrado hoy en el Estado español. A este resurgir de nuestra cultura queremos asociar, señores, a todos los pueblos de nuestra estirpe, para levantarla juntos, como obra colectiva de nuestro mundo hispánico. Y queremos que seáis precisamente vosotros, las jóvenes promociones hispanoamericanas que hoy se forman en los Colegios Mayores de las Universidades españolas; seréis vosotros—repito—protagonistas del mañana en esta obra ingente de levantar en común esta cultura hispánica, siempre al servicio de nuestra civilización cristiana.

El general A. C. Temperey, uno de los más reputados críticos militares de la Gran Bretaña, en el *Daily Telegraph*, en 1938, escribía lo siguiente: «*No necesito entrar en el estudio de las operaciones de la guerra civil española; pero diré lo que pienso en una sola frase: una España débil es lo que más nos conviene desde el punto de vista político y estratégico.*»

Hilaire Belloc, que no creo sea sospechoso para nadie, una de las mentalidades más poderosas del pensamiento inglés contemporáneo, escribía un artículo en la *Weekly Review*, en febrero de 1938, que empezaba así: «*La idea de que España debe ser siempre un enemigo débil y un subalterno despreciado forma parte, queramos o no, de la historia oficial de nuestro país. La idea de que la flaqueza de España debe ser acentuada y prolongada forma parte también de nuestra política internacional.*»

Y, en resumen, para terminar, he aquí lo que Winston Churchill, el gran político inglés, declaró al periodista español, corresponsal de *A B C*, Luis Calvo, en una interviú en *La Nación*, de Buenos Aires, el día 14 de agosto de 1938: «*Franco tiene toda la razón porque ama a su Patria*—decía Churchill—; *Franco defiende, además, a Europa del peligro comunista; pero yo, que soy inglés, prefiere el triunfo de la mala causa, prefiero el triunfo de los otros, porque Franco puede ser un trastorno y una amenaza para los intereses británicos en el Mediterráneo. Y los rojos, no.*»

Creo que este resumen es suficiente para exponer mi pensamiento en sus líneas generales. No trato de echar leña al fuego ni de culpar a nadie. Pero sí de exponer en su serena objetividad cuál es la posición española y cuál es el foco purulento que envenena las relaciones entre España e Inglaterra, que yo, como el que más, querría ver llevadas al tono y al plano de la cordial y absoluta y entera amistad.

Hay que buscar, pues, un entendimiento para sentar las bases de una solución del problema de Gibraltar. El Caudillo de España, al que muchos británicos acusan de fomentar artificialmente esta cuestión—«recurso de las dictaduras», dicen, como si la viril protesta contra las injusticias internacionales fuera monopolio de los regímenes de autoridad—, ha sido, no obstante, el que con más serena ponderación ha lanzado una sugerencia de concordia en su famosa entrevista con Mr. Edic Salter hace algunos años. Pedía Franco para España la soberanía—lo que se desprende del tratado de Utrecht—sobre el Peñón y la ciudad y ofrecía un arrendamiento a largo plazo de las instalaciones portuarias y de las bases navales a la Gran Bretaña. *Deus caecat qui multus perdere.* ¿Hasta dónde llegará la torpe incidencia de quienes perpetúan esta querella de lesa cristiandad?

Millones de documentos en el Archivo de Simancas

(Viene de la pág. 44.) una fama universal, y su nombre va ligado a obras modernas de fundamental interés histórico. La etapa de la más brillante vida española, de la que alcanzó más amplia proyección, vive allí, en las grandes salas silenciosas abiertas a los llanos de Castilla.

—El número de legajos que hoy se guardan aquí—cuenta don Ricardo Magdaleno—es, aproximadamente, de setenta y cinco mil. En consecuencia, el número de documentos puede contarse por millones.

LA DOCUMENTACION DE LA CASA DE AUSTRIA

Toda esa documentación es de un extraordinario interés, no sólo para la historia de España, sino para la de Europa, por los vínculos que en los siglos XVI y XVII ligaban a nuestro país con otros del mundo. Empieza, en realidad, con los Reyes Católicos y termina con el siglo XVIII.

—Son escasos—dice el director del Archivo—los documentos correspondientes a la Edad Media, limitada al grupo «Mercedes Antiguas», que forma parte de la sección «Patronato Real», y a algunos privilegios y mercedes que se guardan en «Escribanía Mayor de Rentas». Es, en cambio, extensísima la documentación correspondiente a los Reyes Católicos, tanto en lo internacional como en lo nacional.

Salas y salas, labor en silencio, vida secreta de papeles antiguos. El director del Archivo mira amorosamente todos aquellos legajos, que son latidos de la vieja vida de España.

—La importancia de Simancas—afirma ahora—está en que se guarda aquí, completa, la documentación de la Casa de Austria, especialmente la de los reinados del emperador Carlos I y de su hijo, Felipe II. Es ésa la época de la hegemonía española en el mundo, y nuestra historia se liga entonces estrechamente con la historia de otros países. Las varias series de la sección de «Estado» han sido consultadas por cuantos investigadores trataron de hacer un trabajo serio, documentado y solvente. De modo rotundo puede afirmarse que todo estudio histórico en torno a los siglos XVI y XVII no será completo si antes no se ha consultado la documentación simanquina.

—¿Y en cuanto a la Casa de Borbón?

—No es menos importante el fondo de esta época, principalmente en las series de «Estado», «Guerra», «Marina» y «Hacienda». Mas, a diferencia de lo que ocurre con lo relativo a la Casa de Austria, el fondo de la época borbónica está compartido con el Archivo Histórico Nacional, de Madrid.

AMERICA, EN SIMANCAS

—¿Es interesante la parte referente a América?

—Cuando Carlos III creó el Archivo de Indias, Simancas envió a Sevilla la documentación americana que aquí se conservaba, y que en la actualidad constituye uno de los grupos más valiosos del Archivo hispalense. Sin embargo, en el siglo XIX, se remite a Simancas documentación procedente del Ministerio de la Guerra y de la Dirección General del Tesoro, y entre esos papeles hay muchos que afectan a los países americanos. Dichos documentos han sido atendidos preferentemente en las labores de catalogación, y hoy están terminados, próximos ya a la publicación, el «Indice de hojas de servicios militares en los regimientos de América» y el «Catálogo de títulos de Indias», que comprende, ordenados por virreinatos, capitanías generales, audiencias y distritos, todos los títulos de carácter gubernativo, eclesiástico, judicial, militar y administrativo, con relación a América, expedidos durante el siglo XVIII y primeros años del XIX. En la publicación de estos catálogos se halla muy interesado el selecto grupo de historiadores americanos que reside actualmente en España.

LAS VEINTICINCO SECCIONES DEL ARCHIVO

Toda la documentación está distribuída en cincuenta y dos salas. Y las secciones de que consta el Archivo son las siguientes: I, «Patronato Real»; II, «Patronato Eclesiástico»; III, «Casa y Personas Reales»; IV, «Cámara de Castilla»; V, «Consejo Real de Castilla»; VI, «Secretaría de Estado»; VII, «Secretaría de Gracia y Justicia»; VIII, «Guerra y Marina» (hasta el siglo XVIII); IX, «Secretaría de Guerra» (siglo XVIII); X, «Secretaría de Marina»; XI, «Consejo Antiguo de Hacienda»; XII, «Contaduría de Cruzada»; XIII, «Contaduría Mayor»; XIV, «Contaduría del Sueldo»; XV, «Contaduría de Mercedes»; XVI, «Contaduría General de Rentas; XVII, Dirección General del Tesoro»; XVIII, «Contadurías Generales»; XIX, «Expedientes de Hacienda»; XX, «Escribanía Mayor de Rentas»; XXI, «Secretaría de Hacienda»; XXII, «Superintendencia de Hacienda»; XXIII, «Tribunal Mayor de Cuentas»; XXIV, «Secretarías Provinciales» (Portugal, Nápoles, Sicilia, Milán y Flandes); XXV, «Visitas de Italia».

EL MUNDO INVESTIGA EN SIMANCAS

A mediados del siglo XIX, el Archivo de Simancas quedó a cargo del Cuerpo de Archiveros del Estado. Fué, en consecuencia, abierto a la investigación. Investigadores ilustres de España y del extranjero pasaron por allí. Entre ellos, M. Gachard, que estudió la documentación para sus magníficas publicaciones sobre la política española en Flandes, y G. A. Bergenroth, que estudió papeles relacionados con Inglaterra. Recientemente han sido muchos los trabajos, de verdadera importancia, que fueron hechos utilizando documentación simanquina. Por ejemplo, los publicados sobre precios por el profesor de Economía de la Universidad de Chicago Mr. Hamilton, los libros sobre el conde-duque de Olivares y Antonio Pérez, del doctor Marañón; el «Carlos V y sus banqueros», de Ramón Carande; el libro sobre Isabel de Valois del académico Agustín González de Amezúa. Luis Astrana Marín ha utilizado también numerosa documentación simanquina para su «Vida de Miguel de Cervantes».

Es larga e interesante la lista de investigadores que, aparte de los ya citados, han realizado estudios en Simancas durante estos últimos años. Allí han estado una misión de catedráticos italianos, integrada por los señores Egidi, Di Tocco, Cortesse y Chabot; Miss Alice B. Gould, doctísima en el tema de los Reyes Católicos y del descubrimiento de América; don Luis de Rúa y Ursúa, con sus investigaciones sobre Chile; el profesor Pala-Atard, que investigó sobre el Tercer Pacto de Familia; el padre Jesuíta Constancio Gutiérrez, que prepara una obra sobre el Concilio de Trento; el diplomático Orestes Ferrara, que ha trabajado sobre Isabel la Católica y los derechos de la Beltraneja; Antonio Marichalar, marqués de Montesa, sobre Martín de Gaztelu; Amancio Portabales, sobre Herrera y El Escorial; Rumeu de Armas, sobre piratería en las islas Canarias; el diplomático sueco Ernest Yuse, sobre relaciones entre Suecia y Rusia; el profesor Pérez Villanueva, sobre las Indias en la política española del siglo XVI; María Luisa Caturla, sobre Zurbarán; la misión irlandesa integrada por Mr. Healy, P. Canice Money y, posteriormente, Miss M. O'Brien, sobre historia de Irlanda, que estudiaron en nuestro Archivo comisionados por la Biblioteca de Dublín; el franciscano padre Sarasola, sobre los Reyes Católicos y Vizcaya; el profesor Richard Konetzke, sobre el Río de la Plata; el profesor James A. Llorens, sobre Hacienda en los siglos XV y XVI; el doctor Sven Ingemar Olofsson, sobre Cristina de Suecia; la historiadora inglesa Mary Coate, sobre Inglaterra en 1601; el profesor portugués Mendes da Luz, sobre el Consejo de Indias de Portugal; los profesores de la Universidad de California Engel Sluiter, sobre holandeses e hispanoportugueses en América, y George P. Hammond, sobre México y California; el inglés Helmut-Koenigsberger, sobre Sicilia en el reinado de Felipe II... Y los padres Beltrán de Heredia, Buenaventura Carrocera, Miguel de la Pinta Llorente, Jenaro Fernández, monseñor Hubert Jedin, monseñor Eduino Henson, el profesor Mario Gasparini y Olga Turner... Todos estos investigadores trabajaron en el Archivo de Simancas durante un crecido número de días. Hubo, naturalmente, otros muchos cuyo tránsito por el Archivo fué mucho más breve.

LOS «AMIGOS DE SIMANCAS»

Los trabajos de investigación pueden hoy efectuarse en excelentes condiciones, ya que a diario hay servicio de automóviles que comunican Simancas con Valladolid. Muchos investigadores, en la época estival, gustan de residir en Simancas. En relación con ello, se trata ahora de dar término a la residencia, cuya construcción se inició en los días en que el general Primo de Rivera gobernó a España. En ello trabaja activamente la Sociedad «Amigos de Simancas», creada merced a la iniciativa y la gestión de los profesores Pérez Villanueva, catedrático de Historia Moderna en la Universidad de Valladolid; Carande Thovar, autor del gran libro «Carlos V y sus banqueros», y Aurelio Viñas, director adjunto del Instituto Hispánico de París. Este grupo se propone reunir a cuantas personalidades han trabajado en Simancas mediante la publicación de un anuario con temas de historia moderna.

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA AL SERVICIO DE «BUSCAS»

—La Real Academia de la Historia—dice ahora don Ricardo Magdaleno—, que sabe el extraordinario valor que para la verdad sobre España supone la publicación documental de nuestros archivos, ha acordado reanudar la «Colección de documentos inéditos para la Historia de España». Para ello, nuestro ministro de Educación Nacional ha consignado en el presupuesto la cantidad conveniente. Y la Academia reanudará esa publicación con los documentos de Simancas, para lo cual se desplazó a nuestro archivo el académico don Miguel Gómez del Campillo, quien ha seleccionado los papeles de los embajadores de España en Francia durante el reinado de Felipe II. Esta documentación será la que se publique en los inmediatos volúmenes de la serie que ahora se reanuda.

Habla el director del Archivo con noble entusiasmo del magnífico papel que corresponde a Simancas en la obra de afirmar la verdad de la historia española. Simancas es un foco vivo de trabajo, un centro de investigación y de pasión.

—...Cita aparte merece la labor que realiza el Seminario de Historia Moderna «Simancas», de la Universidad de Valladolid. Dicho Seminario constituye una Sección del Instituto Jerónimo de Zurita, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se realizan en él constantes trabajos de investigación por catedráticos y licenciados. Preparan éstos sus tesis a base de papeles guardados en los legajos de Simancas. Dichas tesis doctorales han merecido, ante el tribunal de la Universidad de Madrid, la calificación de sobresaliente y algunas el premio extraordinario.

—He oído hablar de la excelencia del Servicio de «Buscas».

—Sí. Es, efectivamente, de una gran eficacia. De todas las partes del mundo se reciben consultas sobre los fondos diversos del Archivo; esas consultas son contestadas después de hecho el trabajo de busca. Y en Secretaría queda constituído un expediente, del que se obtienen dos papeletas: una, para el índice de peticionarios, y otra, para el de temas. En estos ficheros se encuentran ya referencias a contestaciones redactadas en el siglo XVI.

Caminamos por las salas del Archivo, bajo un gran silencio. Duerme, con callados latidos, la vieja y gran historia de España en aquellos millares de documentos allí guardados. Fuera, al otro lado de los muros del castillo, es la serena majestad del atardecer en la llanura.

MAS ALLA DEL RIO DE LAS MUERTES

(Viene de la pág. 56.) un cordón de fibra que tiene la virtud de franquear la entrada en todos los poblados de su tribu. Es el salvoconducto xavante, que nos hace inmunes a las flechas. Pero aprieta el nudo con tal fuerza, que uno teme ser estrangulado con el salvoconducto.

La raza xavante ofrece una fisonomía peculiar, un tipo físico y moral diferente del de las otras tribus. Si no se adorna la vida ni se adereza el hambre, tampoco descompone con grandes aspavientos el silencio que crea la muerte: el xavante respeta a los muertos y se aparta de ellos, sin tocarlos. Otros indios de sonrisa más fácil abrazan al cadáver y lo devoran luego, según las circunstancias; pero no hay la menor sospecha de que los temibles xavantes sean antropófagos. Su ferocidad concluye con la vida de su enemigo, sin solazarse por la muerte adentro ni dejarse tentar por alguna de las intenciones que aducen otras tribus para devorar a sus prisioneros. El tema del indio que come indio—y el obispo de Labrea, allá en el Alto Amazonas, me hablaba de unos indios que no gustan de comer hombre blanco porque dicen que su carne les sabe a tabaco—prolongaría demasiado mi crónica. Baste decir ahora que por estas regiones de la selva todavía se percibe de vez en vez un tufillo a hombre asado. Paul Rodin, en su libro sobre «Los indios de América del Sur», nos elimina muchos escrúpulos al explicar cómo algunas tribus devoran al enemigo que luchó con bravura para asumir así su valentía y contagiarse de su noble naturaleza. Es una manera de comulgar con las virtudes del muerto.

Más de una vez me he preguntado de dónde proceden las causas que distinguen a unas tribus de otras, quién ha diferenciado con trazos tan fuertes a estos indios xavantes de sus vecinos los umutina o los camaiurá; qué mano ha dibujado, sobre el fondo común y el sentido común y el lugar común de esta selva, esa línea suelta de «lo peculiar» que distingue a cada tribu con caracteres tan profundos. Yo bien sé que una parte la dibuja el medio vital en que se mueven; pero sobre estas leyes que impone la naturaleza, el «hacedor» de una tribu es su hechicero, el primer indio que asomó su cerebro por encima o por debajo de la comunidad para interpretar la alegoría de un sueño o traducir al idioma de su tribu la oscura voluntad de algún dios invisible. Es él quien hechiza y conduce a los demás hombres, los hechizados, para darles forma, un estilo de ser que equivale a una marca de grupo. Y el hechicero es siempre un anormal, un hombre que desborda con su mágica el sentido común y decide si una tribu debe recortar sus cabellos para congraciarse con un pájaro o grabarse en la piel unos signos para conjurar una tormenta. Todas las tribus poseen su hechicero, su intermediario entre cielo y tierra, entre el jaguar y el ángel. Pero el mágico poder que mana de estos hombres tiene también sus fronteras en esas leyes comunes a todos los grupos, en los principios inmutables que gobiernan de norte a sur la selva, imponiendo una conducta unánime, que identifica en ciertos casos a indios de razas y lenguajes muy diversos. Y entre esos trazos generales hay uno que vale la pena de recoger aquí: el signo doloroso que señala al hombre primitivo su tránsito a la pubertad. Todos los indios, cualesquiera que sean su tribu y su alegoría, entran en su mayor edad pagando este tributo al dolor con que se afligen voluntariamente sus primeros pasos de hombre; el niño pasa a ser adulto por esta puerta inexorable del sufrimiento, como queriendo prepararse así, penosamente, para el ejercicio de la vida. Unas tribus laceran el cuerpo del mozo aplicándole nidos de hormigas voraces, que le muerden la piel; otros lo martirizan con azotes o sangrándole con uñas de pantera o abandonándolo a su argucia en el interior de la selva, lejos del poblado. Nunca olvidaré la ceremonia de los ticumas, que arrancaban a tirones los cabellos de una joven india para darle así entrada solemne en la pubertad. Ya no basta nacer con dolor, sino que procuran también entrar con dolor en la vida consciente, probando así que ya son aptos para el ejercicio de vivir. Esta sutura dolorosa entre la infancia y la mayor edad, este trance de angustia a que se somete el hombre primitivo, no tiene réplica en la cultura occidental, que ha eliminado los trámites para que nuestros jóvenes puedan transitar libremente de la infancia a la hombría sin reparos de angustia. Hoy a los mozos civilizados no se les aplica otra mortificación que la de estudiar el Bachillerato o algo por el estilo; es el único vestigio que conservamos de nuestra naturaleza primitiva.

Pero ya se ve que un campamento de xavantes no es lugar adecuado para estas reflexiones; tres indios se acercan a nosotros y nos escupen. En el idioma xavante, esto quiere decir que están cansados de nuestra presencia y que nos invitan a retirarnos. De nada vale ya el cordón que nos ató al cuello el capitán Apoena; el salvoconducto ha caducado. Nos escupen sin rabia, sin querer humillarnos con su saliva, como quien expresa buenamente su voluntad de que nos marchemos de allí.

LA GAMA CIEGA

(Viene de la pág. 37.) *la cabeza y oler el viento, para sentir el olor del tigre.*

IV

Cuando se come pasto del suelo, hay que mirar siempre entre los yuyos para ver si hay víboras.

Este es el padrenuestro de los venados chicos. Cuando la gamita lo hubo aprendido bien, su madre la dejó andar sola.

Una tarde, sin embargo, mientras la gamita recorría el monte comiendo las hojitas tiernas, vió de pronto ante ella, en el hueco de un árbol que estaba podrido, muchas bolitas juntas que colgaban. Tenían un color oscuro, como el de las pizarras.

¿Qué sería? Ella tenía también un poco de miedo; pero, como era muy traviesa, dió un cabezazo a aquellas cosas, y disparó.

Vió entonces que las bolitas se habían rajado y que caían gotas. Habían salido también muchas mosquitas rubias de cintura muy fina, que caminaban apuradas por encima.

La gama se acercó, y las mosquitas no la picaron. Despacito, entonces, muy despacito, probó una gota con la punta de la lengua, y se relamió con gran placer: aquellas gotas eran miel, y miel riquísima, porque las bolas de color pizarra eran una colmena de abejitas, que no picaban porque no tenían aguijón. Hay abejas así.

En dos minutos la gamita se tomó toda la miel, y loca de contento fué a contarle a su mamá. Pero la mamá la reprendió seriamente.

—Ten mucho cuidado, mi hija—le dijo—, con los nidos de abejas. La miel es una cosa muy rica, pero es muy peligroso ir a sacarla. Nunca te metas con los nidos que veas.

La gamita gritó contenta:

—¡Pero no pican, mamá! Los tábanos y las uras sí pican; las abejas, no.

—Estás equivocada, mi hija—continuó la madre—. Hoy has tenido suerte, nada más. Hay abejas y avispas muy malas. Cuidado, mi hija, porque me vas a dar un gran disgusto.

—¡Sí, mamá! ¡Sí, mamá!—respondió la gamita.

Pero lo primero que hizo a la mañana siguiente fué seguir los senderos que habían abierto los hombres en el monte, para ver con más facilidad los nidos de abejas.

Hasta que al fin halló uno. Esta vez el nido tenía abejas oscuras, con una fajita amarilla en la cintura, que caminaban por encima del nido. El nido también era distinto; pero la gamita pensó que, puesto que estas abejas eran más grandes, la miel debía ser más rica.

Se acordó asimismo de la recomendación de su mamá; mas creyó que su mamá exageraba, como exageran siempre las madres de las gamitas. Entonces le dió un gran cabezazo al nido.

¡Ojalá nunca lo hubiera hecho! Salieron en seguida cientos de avispas, miles de avispas, que la picaron en todo el cuerpo, le llenaron todo el cuerpo de picaduras, en la cabeza, en la barriga, en la cola, y, lo que es mucho peor, en los mismos ojos. La picaron más de diez en los ojos.

La gamita, loca de dolor, corrió y corrió gritando, hasta que de repente tuvo que pararse porque no veía más; estaba ciega, ciega del todo.

Los ojos se le habían hinchado enormemente, y no veía más. Se quedó quieta entonces, temblando de dolor y miedo, y sólo podía llorar desesperadamente:

—¡Mamá!..., ¡mamá!...

Su madre, que había salido a buscarla porque tardaba mucho, la halló al fin y se desesperó también con su gamita, que estaba ciega. La llevó paso a paso hasta su cubil, con la cabeza de su hija recostada en su pescuezo, y los bichos del monte que encontraban en el camino se acercaban todos a mirar los ojos de la infeliz gamita.

La madre no sabía qué hacer. ¿Qué remedios podía hacerle ella? Ella sabía bien que en el pueblo que estaba del otro lado del monte vivía un hombre que tenía remedios. El hombre era cazador, y cazaba también venados, pero era un hombre bueno.

La madre tenía miedo, sin embargo, de llevar su hija a un hombre que cazaba gamas. Como estaba desesperada, se decidió a hacerlo. Pero antes quiso ir a pedir una carta de recomendación al oso hormiguero, que era gran amigo del hombre.

Subió, pues, después de dejar a la gamita bien oculta, y atravesó corriendo el monte, donde el tigre casi la alcanza. Cuando llegó a la guarida de su amigo, no podía dar un paso más de cansancio.

Este amigo era, como se ha dicho, un oso hormiguero; pero de una especie pequeña, cuyos individuos tienen un color amarillo, y por encima del color amarillo una especie de camiseta negra sujeta por dos cintas que pasan por encima de los hombros. Tienen también la cola prehensil, porque viven siempre en los árboles y se cuelgan de la cola.

¿De dónde provenía la amistad estrecha entre el oso hormiguero y el cazador? Nadie lo sabía en el monte; pero alguna vez ha de llegar el motivo a nuestros oídos.

La pobre madre, pues, llegó hasta el cubil del oso hormiguero.

«¡Tan, tan, tan!», llamó jadeante.

—¿Quién es?—respondió el oso hormiguero.

—¡Soy yo, la gama!

—¡Ah, bueno! ¿Qué quiere la gama?

—Vengo a pedirle una tarjeta de recomendación para el cazador. La gamita, mi hija, está ciega.

—¡Ah, la gamita!—respondió el oso hormiguero—. Es una buena persona. Si es por ella, sí le doy lo que quiere. Pero no necesita nada escrito... Muéstrele esto, y la atenderá.

Y con el extremo de la cola, el oso hormiguero le extendió a la gama una cabeza seca de víbora, completamente seca, que tenía aún los colmillos venenosos.

—Muéstrele esto—dijo aún el cazador de hormigas—. No se precisa más.

—¡Gracias, oso hormiguero!—respondió contenta la gama—. Usted también es una buena persona.

Y salió corriendo, porque era muy tarde y pronto iba a amanecer.

Al pasar por su cubil recogió a su hija, que se quejaba siempre, y juntas llegaron por fin al pueblo, donde tuvieron que caminar muy despacito y arrimarse a las paredes, para que los perros no las sintieran.

Ya estaban ante la puerta del cazador.

«¡Tan, tan, tan!», golpearon.

—¿Qué hay?—respondió una voz de hombre desde adentro.

—¡Somos las gamas!... ¡Tenemos la cabeza de víbora!

La madre se apuró al decir esto, para que el hombre supiera bien que ellas eran amigas del oso hormiguero.

—¡Ah, ah!—dijo el hombre, abriendo la puerta—. ¿Qué pasa?

—Venimos para que cure a mi hija, la gamita, que está ciega.

Y contó al cazador toda la historia de las abejas.

—¡Hum!... Vamos a ver qué tiene esta señorita—dijo el cazador.

Y volviendo a entrar en la casa, salió de nuevo con una sillita alta e hizo sentar en ella a la gamita para poderle ver bien los ojos sin agacharse mucho. Le examinó así los ojos, bien de cerca, con un vidrio redondo muy grande, mientras la mamá alumbraba con el farol de viento colgado de su cuello.

—Esto no es gran cosa—dijo por fin el cazador, ayudando a bajar a la gamita—. Pero hay que tener mucha paciencia. Póngale esta pomada en los ojos todas las noches y téngala veinte días en la oscuridad. Después póngale estos lentes amarillos, y se curará.

—¡Muchas gracias, cazador!—respondió la madre, muy contenta y agradecida—. ¿Cuánto le debo?

—No es nada—respondió sonriendo el cazador—. Pero tenga mucho cuidado con los perros, porque en la otra cuadra vive precisamente un hombre que tiene perros para seguir el rastro de los venados.

Las gamas tuvieron gran miedo; apenas pisaban y se detenían a cada momento. Y con todo, los perros las olfatearon y las corrieron media legua dentro del monte. Corrían por una picada muy ancha, y delante la gamita iba balando.

Tal como lo dijo el cazador, se efectuó la curación. Pero sólo la gama supo cuánto le costó tener encerrada a la gamita en el hueco de un gran árbol, durante veinte días interminables. Adentro no se veía nada. Por fin, una mañana la madre apartó con la cabeza el gran montón de ramas que había arrimado al hueco del árbol para que no entrara luz, y la gamita, con sus lentes amarillos, salió corriendo y gritando:

—¡Veo, mamá! ¡Ya veo todo!

Y la gama, recostando la cabeza en una rama, lloraba también de alegría al ver curada a su gamita.

Y se curó del todo. Pero, aunque curada y sana y contenta, la gamita tenía un secreto que la entristecía. Y el secreto era éste: ella quería a toda costa pagarle al hombre que tan bueno había sido con ella y no sabía cómo.

Hasta que un día creyó haber encontrado el medio. Se puso a recorrer la orilla de las lagunas y bañados, buscando plumas de garzas para llevarle al cazador. El cazador, por su parte, se acordaba a veces de aquella gamita ciega que él había curado.

Y una noche de lluvia estaba el hombre leyendo en su cuarto, muy contento porque acababa de componer el techo de paja, que ahora no se llovía más; estaba leyendo cuando oyó que llamaban. Abrió la puerta y vió a la gamita que le traía un atadito, un plumerito todo mojado de plumas de garza.

El cazador se puso a reír, y la gamita, avergonzada porque creía que el cazador se reía de su pobre regalo, se fué muy triste. Buscó entonces plumas muy grandes, bien secas y limpias, y una semana después volvió con ellas; y esta vez el hombre, que se había reído la vez anterior de cariño, no se rió, porque la gamita no comprendía la risa. Pero en cambio le regaló un tubo de tacuara lleno de miel, que la gamita tomó loca de contento.

Desde entonces la gamita y el cazador fueron grandes amigos. Ella se empeñaba siempre en llevarle plumas de garza, que valen mucho dinero, y se quedaba las horas charlando con el hombre. El ponía siempre en la mesa un jarro enlozado lleno de miel y arrimaba la sillita alta para su amiga. A veces le daba también cigarros, que las gamas comen con gran gusto, y no les hace mal. Pasaban así el tiempo, mirando la llama, porque el hombre tenía una estufa de leña mientras afuera el viento y la lluvia sacudían el alero de paja del rancho.

Por temor a los perros, la gamita no iba sino en las noches de tormenta. Y cuando caía la tarde y empezaba a llover, el cazador colocaba en la mesa el jarro con miel y la servilleta, mientras él tomaba café y leía, esperando en la puerta el ¡tan-tan! bien conocido de su amiga la gamita.

UN VIAJE GRATIS A HISPANOAMÉRICA



UN VIAJE GRATIS A ESPAÑA

CLUB DE AMIGOS DE «MVNDO HISPANICO»

MVNDO HISPANICO abre un excepcional concurso entre sus lectores y simpatizantes, con arreglo a las siguientes bases:

Base 1.ª Todo lector de MVNDO HISPANICO que nos envíe CINCO suscripciones por un año a nuestra revista será considerado como socio del Club de Amigos de MVNDO HISPANICO.

Base 2.ª Se entrará a formar parte del Club de Amigos de MVNDO HISPANICO con cinco puntos por las primeras suscripciones, y a cada nueva suscripción que el mismo socio nos envíe se le hará acreedor de un punto más.

Base 3.ª El día último de septiembre de 1954, y ya en lo sucesivo al finalizar el mes de septiembre de cada año, se hará un recuento de las suscripciones enviadas por los socios del Club, contándose los puntos que cada uno haya obtenido en el año para otorgar los premios correspondientes.

Base 4.ª El socio del Club de Amigos de MVNDO HISPANICO que haya obtenido mayor número de suscripciones dentro del año será acreedor a un

PRIMER PREMIO

consistente en un viaje a un país de Hispanoamérica si el socio es español, y a España si el beneficiario es de algún país de Hispanoamérica o Filipinas. El viaje, en avión, podrá realizarse desde Madrid a cualquiera de las poblaciones de Hispanoamérica donde tengan estación las líneas de Air France, o desde estas mismas poblaciones a Madrid si el ganador es hispanoamericano. El viaje será de ida y vuelta, y la estancia de veinte días.

Se otorgará un

SEGUNDO PREMIO

consistente en 5.000 pesetas en un lote de libros, que el interesado seleccionará entre los catálogos de las editoras españolas.

Y a éste seguirán los

TERCEROS PREMIOS

consistentes en 2.000 pesetas en libros de entre los editados por Ediciones Cultura Hispánica.

Base 5.ª Se concederán otros premios a los socios que hayan enviado más suscripciones y que no hayan obtenido ninguno de los tres primeros premios, y además cada año se harán beneficiosos sorteos entre todos los socios del Club.

Base 6.ª Se entrará a formar parte del Club desde el momento en que llegue a nuestra Administración el importe de las suscripciones conseguidas por el socio. Y mientras una sola de las suscripciones enviadas por el socio esté vigente, él seguirá formando parte del Club.

Base 7.ª Al socio se le dará cuenta de su inclusión en el Club de Amigos de MVNDO HISPANICO, así como de los puntos que vaya obteniendo en su ficha, para que pueda llevar un control paralelo al nuestro.

Base 8.ª En caso de empate, se celebrará sorteo en la Administración de MVNDO HISPANICO, invitándose al acto a diversos agregados culturales y de Prensa de los países hispanoamericanos y filipinos.

Nombre y apellidos del nuevo suscriptor ....
Dirección: *Calle/Plaza* ...., *Barrio/Pueblo* ....
ciudad ...., *departamento* ...., *nación* ....
Forma en que se hará el pago ....
(Por cheque o giro postal)

Envía la suscripción D. ....
que vive en .... *y que entrará a formar parte del «Club Mvndo Hispánico» una vez que se reciba el importe de la suscripción que ha gestionado.*

(Firma del nuevo socio)

Remítase a:
Sr. Administrador de «Mvndo Hispánico». Alcalá Galiano, 4 - Madrid.

Para formar parte del CLUB MVNDO HISPANICO formalice este boletín, cortándolo o copiándolo en una cuartilla.



VESTIDO ANDALUZ

ANDALUCIA SE PREPARA PARA SUS FERIAS DE PRIMAVERA. MIENTRAS EN UNOS TALLERES HABRA MANOS AFANANDOSE EN EL RITUAL VESTUARIO DE LA SEMANA SANTA, EN OTROS CORRERA YA LA AGUJA POR LUNARES Y VOLANTES CONFECCIONANDO ESOS GRACILES VESTIDOS PARA LA MUJER EN FIESTAS.

VEA AMPLIA INFORMACION GRAFICA EN LAS PAGINAS 29 A 3